



SE TRATA DE TI

DANIEL DIAZ

Se trata de Ti

Dedicatoria:
A la mujer en cuestión.

“Pero que hermoso es que alguien pueda hacer tu corazón latir tan rápido, incluso cuando no quieres que lata en lo absoluto” M.S.

Antes del primer beso.

“Solo digamos que por alguna pequeña razón debo acercarme a vos, porque quiero abrazarte, porque debo despedirme o solo porque los dos queremos estar a centímetros del otro. Me dejarías rodear tu cintura y vos rodeas mi cuello. Puedo sentirte respirar y me encanta, puedes ver mi expresión de felicidad y te gusta. Logro rozar mi sien con la tuya, mi mejilla con la tuya, respiras mi colonia mientras yo me pierdo en la sensación de bienestar. Te peino, no porque haga falta, sino porque me encanta jugar con tu cabello, estamos tan cerca por eternos segundos, es casi agonizante, porque es demasiado agradable para sentirse real.

Finalmente con mi mano derecha, como siempre lo hice, sostengo tu bellísimo rostro, para besarte, despacio, porque no hay prisa, porque tus labios son tan suaves, porque no quiero despertar del ensueño... te beso y ya no puedo... perdón, no quiero parar. Y todo el mundo deja de existir, solo queda lo bueno y hermoso o quizá solo quedamos vos y yo... y es todo lo que necesitamos.”

“Y entonces si buscases lentamente hundir tu mano en mi cabello, rodeando mi cuello, como encantado por el calor de mi mirada. Me pregunto, nada más: ¿Qué pasaría? Evidentemente evitaría dejar escapar ese ser que habita dentro de sí, que arde en deseo por poseerme. Y yo por el contrario temblaría como una niña que no sabe lo que hace, aunque por dentro ardiente como una estrella perdida y llena de vigor podría sentir el calor de los labios. ¿Y si nos mordemos? El dolor sería dulce. ¿Y si nos ahogamos en un breve y terrible absorber simultaneo del aliento? Esa instantánea muerte es bella, que te embriaga en ese viaje del corazón que se quiere salir y explotar en sentimiento.”

1

Pensé que esto solo sucedía en las películas, es algo un poco ridículo, siempre supe que el olvido era un alivio, una clemencia, pero esto, esto raya en lo absurdo. ¿A quién se le podría ocurrir que un mal golpe en la cabeza puede hacerte olvidar partes de tu vida? Partes esenciales, es como una mala broma. Siento que soy yo mismo, pero ¿Cómo puedo estar seguro? Las experiencias definen a una persona, la fortalecen le enseñan a reaccionar a los próximos devenires, yo solo tengo la incertidumbre de mi identidad, aunque me parece que siempre tuve esa lección pendiente.

Supongo que se preguntan: ¿Qué sucedió? No es que me quiera demorar demasiado en esta burda historia, la escribo, primero para paliar mi angustia, después como una esperanza para recordar. Escribir, creo que siempre tuve esa costumbre, como esta tarea requiere disciplina y organización de ideas siempre me gustó, eso quiero pensar, así que religiosamente en los ratos de ocio y en la cama del hospital, aun con las interrupciones, que debo bañarme, que debo comer, que debo hablar y ver personas que dudo en gran medida conociese aún antes del incidente (¿Cómo saber si conoces a alguien realmente?) , sigo escribiendo, aunque aún no he recuperado nada de mi vida con esa manía.

Lo que sucedió fue hace tan solo 26 días, son 26 días de enojo, de vergüenza y de impotencia. Nunca me considere alguien vengativo, pero cabe la ínfima posibilidad de que lo haya sido toda mi vida. Mis hermanos a quienes recuerdo a cabalidad, (¿Cómo olvidar toda una infancia de convivir hostilmente?), al preguntarles el porqué de mi enojo, responden:

-Es normal, Jo, Cualquiera lo estaría...

-No pareces tan molesto, siempre fuiste bueno controlando el enojo, no te recuerdo molesto, casi nunca.

Y ellos no mienten, pero la duda recae en mi puño cerrado todo el tiempo, en mis nudillos de los cuales nunca se cerró la herida, porque nunca les di la oportunidad de sanarse. Ellos no mienten, los recuerdo. Me es, en gran medida, fácil recordar aquellos con los que he peleado toda una vida, aquellos a quienes tuve recelo, aquellos a los que les oculte mi opinión y recuerdo saber cuándo mienten y cuando no.

Y quizá un poco más que enojado, me siento inútil. 26 días equivalen a casi 624 horas de estar en cama, mis piernas se enflaquecen, mis brazos ya no se perciben, mi clavícula es notoria y en el dorso ya puedo ver un poco mis costillas. No tengo úlceras, como las tienen algunos de mis cohabitantes tan solo porque no paro de moverme, aun cuando las enfermeras informan a los doctores de mi obstinación y estos por su parte me dan sus recomendaciones que trato de seguir, pero la desobediencia siempre tuvo un atractivo para mí, o al menos eso me gusta creer.

Como si toda mi fuerza se hubiese ido con la recuperación, como si toda la comida fuese insuficiente además de insípida y escasa. Quizá es que no la ingiero con avidez, me ordenan comer, me dictan los horarios de baño, me prohíben moverme, “¡Y nada de actividad física!, no aún...” y me tratan como un niño en mis mal vividos 23 años, con todo ello, me dicen que avanzo bien, el progreso es acorde y satisfactorio, que estoy fuerte cuando más débil e impotente me he sentido en mi vida... creo...

Pero el reto físico queda en segundo plano, la verdadera lucha es tratar de recuperar parte de mi memoria, parte de quien soy.

Amnesia post trauma, así le he escuchado nombrar, simplemente es la pérdida de memoria, en mi caso, parcial por un gran golpe en la cabeza.

Me debo disculpar, se supone que aclare que sucedió desde hace ya algunas líneas.

A las seis de la tarde en la canícula, todavía se pueden ver rayos del sol, su color púrpura difuminado en el rosa, esa tonalidad que siempre me pregunte si era por polución, sería una belleza genocida. Corría, como al parecer era mi costumbre cuando estaba enojado conmigo mismo, corría por el campus de la universidad, por lo general, o al menos en esa ocasión iba concentrado en mi respiración, en el dolor en las costillas, en la idea de lastimar mi cuerpo para

fortalecerlo, o solo por maquillar un dolor del alma. “¡Corre!” me decía a mí mismo, cada vez que me faltaba el aire, cada vez que mermaba el ritmo, “¡Corre! debe doler más o lo estás haciendo mal”, “¡Corre! Aunque los músculos quieran desistir”, “¡Corre! Hasta que el ácido queme en cada centímetro cuadrado”, “¡Corre! Que el corazón es joven y aguanta”, “¡Corre más rápido!”.

Por lo general a un ritmo extenuante solía soportar escasos minutos (ahora, postrado en cama se me asemejan a una cantidad sobrehumana) y al final me encontraba doblgado y apoyado en mis rodillas luchando por respirar, luciendo ridículamente débil. Más lo único que verdaderamente importa es olvidar el enojo, es algo irónico que ahora no recordar porque estaba tan alterado y como no saberlo me irrita.

Mientras recuperaba el aliento en esa desesperada posición, el viento trajo a mi oído derecho un ladrido de perro exasperado, era rabioso el registro de ese lamentar, no era demasiado lejos pues pude escucharle con claridad. Miré a mí alrededor como lo dicta el sentido común, me encontraba justo al lado de un terreno de arena para voleibol, rodeada por unos árboles madereros altos y maduros, justo después de ellos una pequeña pendiente para dar paso a adoquines en los cuales usualmente se parquean los autos de los estudiantes. Si algo malo sucedía al can, los árboles y la pendiente me lo impedían ver. En ese momento mi orgullo, o quizá solo mi ego se sentía herido, incluso con el pasar del tiempo nunca supe con claridad a que se debía, pero algo era seguro, cualquier sufrimiento ajeno que yo pudiese aliviar me ayudaría a sentir mejor y ¿qué animal más noble que el canino?, le mejor amigo del hombre, desde luego que no podía permitir su maltrato. Así que, aún con el descontrol de la ira exacerbado por el lamento del animal me dirigí rápidamente a donde creí era el lugar de origen; Pensé que me equivocaba porque al cruzar el corto tramo de los árboles que, como una barrera, no dejaban ver más allá de dos metros al frente y al salir a la pequeña pendiente no logré divisar nada, pero lo escuche de nuevo un poco más fuerte el ladrido pero más débil el perro, y algo más se agregó al último ladrido, un grito...

Un grito ahogado, ya no se trataba solo de la integridad de una mascota, sino que también alguien corría peligro, mis hermanos dicen que siempre tuve un complejo de superhéroe y que todos apostaban un día me ganaría un problema por ello, era dinero metafórico seguro.

De un brinco bajé la pendiente pero tuve que rodar por el piso para amortiguar

el impacto de la caída, en aquellos tiempos mi cuerpo me escuchaba y obedecía complaciente, ahora se niega a seguir mis órdenes. Corrí pocos metros buscando entre los autos, la correa roja de un perro sobresalía al ras del suelo tan solo un poco al lado de la llanta de un auto estacionado, lo suficiente con su color vivo para atrapar mi vista por un segundo y hacerme correr hacia ella directamente, fue algo triste, si, “triste” es la palabra que se puede utilizar; encontré al perro de costado, totalmente muerto, nadando en su propia sangre, aún con los dientes blancos sobresaliendo, aún con el lomo erizado. A lo largo de mi vida, creo, me he encargado del trabajo sucio con algunos animales, en ocasiones porque debíamos comerles, en otras por conmiseración y acabar con la muerte enfermiza y lenta de un desafortunado animal, mas aquello era una brutalidad, parece que la única manera de reducir al perro, que era de un tamaño considerable, fue golpearlo con un objeto contundente, no sé si lo hizo varias veces, no sé si en una sola ocasión con una fuerza desmedida, pero fue letal y sin compasión, tampoco sabía que alguien podía ser capaz de una atrocidad de esa magnitud, debí tomarlo como un muy mal presagio.

No podía quedarme ahí mucho tiempo, algo verdaderamente atroz sucedía y no podía ver aquella escena ya más, el cráneo estaba totalmente expuesto y los ojos vacíos. Corrí por instinto lejos de la sangre, mirando a todas partes, salí del parqueo para encontrarme en una zona verde por donde salían correr muchas personas y volví a escuchar el grito, pero una vez más, nadie alrededor, aun así, como era inevitable, como me gusta pensar que estaba escrito, iba a encontrarles, inexorablemente. En medio de unos bambúes que crecen en pequeñas zonas y forman pequeñas cúpulas con su longitud, refugio de borrachos, drogadictos y amantes furtivos, esos pequeños claros no me gustaban, o ahora no me gustan bajo buenas razones. Dos hombres de una contextura media y altura media cargaban a una mujer, desaliñada por la lucha, de pelo largo y castaño que le cubría la cara que ya estaba un poco hinchada por agresiones. Bajo un instinto me lancé corriendo hacia ellos, si tan solo lograba que la soltaran, ella podía correr y pedir ayuda, yo también podía correr después de auxiliarle, aunque cansado de piernas y sentía el ardor característico del ácido láctico en los muslos y las pantorrillas, pero en mi mente no cabía la posibilidad de retirarme, tenía que hacer algo, era testigo de un crimen bárbaro, no actuar era igual a deshonar todo lo bueno, además sonaba como un plan sensato y que podía funcionar, asustar y correr, solo debían soltarle por un par de minutos, mientras ella corría desahogada y yo les

insulto para distraerlos y ganarle tiempo y quizás que corrieran en mi persecución. No planeaba patadas voladoras ni golpes mortales, eran dos tipos más grandes y fuertes... el único error en el plan... es que no eran solo dos tipos, había otro, un tercer tipo.

Ahora, que hago recuento de aquel fatídico día, debí deducir que no eran solo dos agresores, el pobre animal que vi antes fue agredido con un objeto, ningunas manos pueden hacer tanto daño y con fuerza desalmada, ninguno de los dos tipos que reducían a la muchacha tenía un arma en sus manos y no había nada en el suelo, la mujer no había sido golpeada con nada que no fuese un puño.

En el momento que quedaban pocos metros para llegar a ellos, me intercepto una masa oscura, le escuche silbar en el aire y después no escuché nada. Un bate me impactó justo en la frente, fue un milagro que no me matase, es un milagro aún más grande que no haya sido tan grave, una fractura de cráneo, el cerebro hinchado y la hospitalización del coma inducido, parece que gracias a la misma fractura no morí, pues dio oportunidad al cerebro de hincharse y el espacio para que la presión no fuese letal, tuve suerte, se podría decir.

Al parecer un tercer hombre, más grande y armado con el bate, me vio correr hacia sus cómplices y me intercepto, a ninguno le vi la cara, no escuche sus voces, solo vi rojo y negro... ¿dolor?... no, inmediatamente estaba inconsciente, incluso antes de tocar el suelo, el impacto fue fuerte, me dolería la cabeza por meses, hay ocasiones en las que me toco la sien, siento el dolor y me pregunto: “¿a qué se debe?” Como olvidando que casi muero del mismo golpe.

Apenas desperté pedí un periódico donde pudiese leer los detalles de lo que sucedió, aunque me costaba enfocar la vista, quería saber todo, quienes eran y que pena van a pagar, pero ni siquiera hubo una noticia acerca del incidente en la universidad. No fue tan importante o se vio camuflado por desgracias mayores, sea como sea, no se sabe quiénes fueron, no se sabe porque y en definitiva no han pagado por ello. Le conté mi versión al organismo de investigación judicial, la cual solo logró confirmar que a la mujer igualmente la violaron, que a mí me patearon inconsciente en el suelo y que el perro al parecer era de la joven.

-Dime ¡¿Cómo podría no estar lleno de rabia?!... es casi humillante.

-Pero no piense en ello joven- dice la enfermera- nosotros lo vamos a referir a

psicología para que hable con un doctor, hasta entonces no insista en hacerse daño con esos pensamientos y recuerdos.

Me río levemente, muchas veces en mi vida había considerado visitar a un especialista de la salud mental, por relaciones conflictivas con mujeres, ¿Por qué otra razón válida habría, un joven sin problemas de autoestima, de visitar a un psicólogo? Alguna mujer dejo una huella ígnea de la cual no se despega con facilidad. Hasta entonces era para mí la única razón coherente y en la misma medida la razón misma por la cual nunca concretaba la cita, después de todo siempre llegaría otra mujer a dejarme peor que la anterior, era como el consuelo en medio de la necia manía de apegarse a las ideas que representaba esa o aquella mujer, un eterno enamorado, como si amor fuera sinónimo de crisis y sé bien que no es así, aunque hace ya años que no hablo de amor con nadie.

-Doc.... nunca me considere rencoroso pero en este punto no saber ni siquiera quienes son me tiene lleno de rabia, el hecho de no poder si quiera empujar lejos a uno de ellos, no salvar a la mujer... ¡vaya! Desconocer partes de mí y de mi vida por culpa de ellos, no sé si lo que está herido es el ego, una idea machista de héroe, o por miedo, incluso podría ser estrés post traumático... solo sé que no me he sentido como yo mismo últimamente, mucho menos con esta amnesia necia.

- ¿Entiende usted que no era su responsabilidad salvarla? ¿Cierto?

- Pero ¡¿Qué se supone que debía hacer?!

-Llamar a la policía, gritar, cualquier cosa que los asustase y obligará a salir corriendo.

-No se piensa en esas situaciones y usted lo sabe, no se asustaron con ver a un tipo correr hacia ellos, no se van a asustar con facilidad.

-Olvida que nunca llego hasta ellos, estoy segura que de haberlo hecho y golpeado a alguno hubiese sido más que suficiente para verles correr.

-¡Pero no los golpee, no logré acercarme y la muchacha debe estar traumada de esa experiencia!

- ¿Sabe?... ella lo visitó.

-Si lo sabía, pero en ninguna de las ocasiones estaba consciente y además si la viese no sabría quién es, no es solo que no le vi la cara, es que no recuerdo muchas cosas aún... ¿Cuándo cree usted que mi memoria volverá?

-No hay manera de saberlo, he hablado con el neurólogo que le vio y este dice

que puede ser tan repentino como despertar y recordarlo todo o nunca, quizá una vez adulto mayor, he sabido de casos en los que sucede.

- No me gustaría que tardase tanto- dije con una calma que sorprendió un poco a la doctora, como si tuviera la seguridad de que mi memoria volvería sin dilatarse demasiado- recordar las cosas una vez que el pelo ya es blanco, puede dar la sensación de tiempo perdido, que tal si debo disculparme con alguien, que si olvido a un gran amigo o peor un pequeño amor, sería doloroso olvidar cual es mi música favorita para siempre, si las canciones que sabía en piano nunca vuelven a mi... olvidar quien era.

- Ella... la muchacha, ¿Sabe cómo se llama?

- El agente de la policía lo menciona... pero no lo recuerdo, es estudiante de esa universidad, edad 22 años, estatura... -la psicóloga me interrumpió-

- ¿No ha vuelto a visitar?

- No... pero no me conocía, ella debe preocuparse por ella misma, no por mí.

- Mas usted se preocupa por ella.

- Porque le fallé en gran medida, si hubiese podido hacer algo ella no hubiese sido...

- Ella estuvo en terapia conmigo, por todo el tiempo que estuviste inconsciente, poco más de un mes, hablábamos todos los días, en ocasiones me llamaba por la noche, la enviaron de vuelta a su casa en la zona norte, no quería quedarse en el campus... -esta vez yo la interrumpí-

- No podía dormir...

- No quería hacerlo.

- Pobre, seguramente pesadillas... ¡Rayos!

- Todos los días me preguntaba por su estado, incluso cuando le visitaba, quería averiguar más información acerca de su salud.

- Es buena persona supongo

- ¿De verdad nunca le vio?

- No, de verdad.

- Ella se preocupaba mucho por usted, pero no ha vuelto a las sesiones, por eso pregunto.

Estas terapias me hacen sentir raro, al principio acepte porque pensaba que me ayudaría a recordar, o si la doctora podía leerme con facilidad podría decirme como o quien soy. Pero no siento que la necesite, la terapia en sí, solo estoy enojado y sé que con el tiempo se me pasara, pienso en la joven que... y creo que ella si debe necesitarlo, necesita alguien con quien hablar, ojala tenga con

quien.

2

Hay días en los que despierto débil, el doctor dice que no sabe a qué se debe, yo con mis estudios de medicina, deduzco que es psicosomático, quiero estar energético, pero mi mente me traiciona y el cuerpo escucha a ese pensamiento que dice: “¿Para qué?” Otros días, incluso contra las indicaciones de las enfermeras, camino todo el día incansable, debe ser el mismo ofuscamiento, pero mi mente está fragmentada, deambulo como autómatas y me pierdo en el mismo hospital donde he vivido por dos meses ya, me gustaría correr, pero probablemente dejarían ir a algún asistente de enfermería a buscarme, rendido en alguna banca, pues no... me equivoque, fue mucho peor que eso.

Un día que no me sentía particularmente energético, me forcé a caminar, “¡Camina Jo!”, me repito como solía repetirme cuando salía a correr, como cuando estaba enojado conmigo mismo, quizá ese día en el hospital también lo estaba, molesto, con algo, conmigo mismo. Siempre que lo que se podría llamar un factor externo puede provocar la ira de alguien, he notado, por lo menos en mi efímera pero intensa experiencia en el hospital, que las personas tienden a exteriorizar su malestar, lo expresan abiertamente, lo cual no parece mala idea, al guardar una inconformidad esta puede agrandarse, acumularse para luego explotar, mas lo que no me resulta ameno es esa costumbre de culpar a lo que fuese que sucedió y a sus involucrados para tener un chivo expiatorio del enojo, del error, de la culpa. Lo he visto en el médico, que atribuye a otro la muerte de un paciente, culpan al sistema de seguros cuando alguien sufre injustamente, culpan al clima por un accidente fatal, culpan a la vida misma cuando alguien consciente o en medio de su ciclo REM (como en su mayoría suelen andar los empleados) se come una galleta que guardaron por horas. Y todo debemos enterarnos, el médico que llena un formulario se

detiene explosivo y golpea la hoja con el mismo lapicero, la arruga, se molesta por arrugarla, por ensuciarla de tinta, por tener que empezar de cero, por la sensación vergonzosa que se genera de la mirada extrañada de una paciente y todo porque recordó la galleta de la nada. Yo nunca he podido comprender o compartir ese afán de culpar a alguien o algo más que no sea yo mismo, siempre asumí la responsabilidad de cualquier error, por leve que fuera mi interacción en el caso. No creo lo hiciera de una manera enfermiza, es tan solo que si me convencía a mí mismo de que el error, el accidente o el evento era de mi propiedad, asumir esa responsabilidad lograba darme la calma que me permitía aprender del mismo, incluso si en ocasiones era irreparable. Debe ser por esta vieja costumbre que cuando estaba enojado por lo sucedido, el enojo se retraía en mí, lo digería, aunque este en un principio me comiera vivo, por esto corría, me lastimaba a través de la actividad física, buscaba el cansancio físico como alivio, estar extenuado no me permite pensar demasiado, además del placer de la endorfina y la adrenalina del ejercicio. Me forcé a caminar, yo no sufría más que de dolores en la cabeza, no dolores de espalda o de pies, así que no había nada que me evitara el caminar, pero siempre estaba de por medio la indisposición mental, luchando contra esta misma, me forzaba a caminar, débil y delgado, estaba harto de sentirme inválido.

La mañana era soleada, como esas que se prometen los amantes, pero esto para mi piel que se aclaró bastante y mis flacas piernas por los casi dos meses de postración en cama, era un sol agobiante y pesado, “Así que será por los corredores de la UCI” pensé, no hay enfermeras, está el tipo que por alguna razón me odia y escupe en su bacinilla cada vez que yo paso, pero es amplio y a nadie más parece molestar mi transitar. Salgo de la habitación que comparto con cinco camas donde vienen y van pobres diablos como yo, dobló a la izquierda es un corredor largo, blanco y bien iluminado, “Es un buen hospital o al menos es muy nuevo”. Camino pegado a la pared como único apoyo, porque soy muy joven para un bastón y muy vanidoso para una andadera, o quizá solo muy necio para ambos, por lo general me movilizo en una silla de ruedas y con ella me divierto pero esa no es la idea de este ejercicio, ya pronto saldré de este hospital y no quiero salir en condiciones que dan lastima, tengo que valerme por mí mismo, como lo he intentado aquí y como según me cuentan mis hermanos lo he querido hacer toda la vida.

Camino, me ven pasar a través de las puertas lento, pero con la mirada llena

de furor, no es ese ímpetu como de joven enamorado, era un brío como de quien decide no morir en vida. Tardé diez minutos en cruzar un solo corredor, ya lo había hecho antes, esta vez lo hice con mayor rapidez, esto me deja un buen sabor de boca y con la mirada me encontré con los ascensores y a su lado las escaleras, cada minuto que pasaba podía sentir como mi cuerpo dejaba de lado el atrofio, al menos por el momento, pasos cortos y arrastrados, así debe sentirse ser viejo y es tan malditamente exasperante, por eso solo con la paz de la tercera edad o su fatalismo parece que es acorde ese tipo de movimiento. Justo al lado de los ascensores están las escaleras, así que tengo dos posibilidades, devolverme por el corredor o averiguar hacia donde llevan esas escaleras y estas se apreciaban tan tentadoras como para saber que, incluso si regreso a mi cama me levantaré y vendré a ellas, así que me acerque y ahora era otra decisión... subir o bajar. Y en ese punto, camuflado por una sonrisa sardónica, me pregunté: “¿Cuándo mi vida se convirtió en una toma de decisiones tan trivial y tan importante?” Me alegró un poco esa idea y decidí bajar porque sabía que, aquella cantidad de escalones que baje deberé subir a la fuerza o morir (dramáticamente) en uno de ellos y eso nunca sería una opción.

La Torre del hospital era de escasos pisos, cuando iba por la segunda serie de escaleras, es decir dos pisos más abajo empecé a sentir el cansancio y supe que era hora de volver, si seguía a delante corría el riesgo de no subir del todo y extrañamente no encontraba los ascensores, no les podía ver ni a la derecha ni a la izquierda y esas eran las únicas posibilidades. Parece que para ese momento ya estaba tocando el punto de desubicación característico de la fatiga extrema, sudoroso, la desesperada respiración era insuficiente para funcionar apropiadamente. Veinte escalones subiendo, los conté por la manía de contar en otros idiomas, pero el número veintiuno nunca llegó a ser, sin lograr poner la planta en la superficie, la sandalia que usaba golpeo su flexible punta con el borde y mi pie cedió ante el leve rebote, justo en el mismo momento que cae al escalón anterior mis fuerzas vacilan, las rodillas se doblan y mis brazos se niegan a responder, a defender mi torso de la caída. Lo último que vi fue la imagen de una gota de sudor caer al suelo, desde mi nariz a su fin, mi rostro le siguió, golpeando sin resistencia pero suavemente el suelo.

Fue estrepitoso, el golpe, el ruido, el rodar, no se cuento tiempo estuve en el suelo... ¿dolor?... Sí, claro, pero no demasiado, me sentía más bien tonto. Después de un rato, espero no demasiado largo pero no tengo manera de

saberlo, un asistente de paciente me encontró y sin mucha algarabía me levanto y me llevo a mi cama, reclamando a las compañeras que me pusieran más atención. Por supuesto que pensé que no era culpa de ellas, era mi testaruda costumbre de probarme a mí mismo, además como estudiante de medicina, siempre fui de los peores pacientes.

Creo recordar, como un amigo solía decir que la vida tiene un pésimo sentido del humor, aunque no recuerdo quien exactamente, y su manera de decirlo se viene a mi mente por esta ironía, en busca de escapar de la cama me veo forzado a quedarme en ella, con dos o tres costillas rotas, cuando ya empezaba a recuperar un poco de todo el peso perdido. Aunque la vida tiene esa costumbre de hacer contigo lo que más gracia le dé, y esto no necesariamente nos divierte a nosotros, decidí reírme con ella. Es importante recordar que nos damos demasiada importancia, cierto es que somos una maravilla de la natura, la manera en que nuestro sistema funciona es una obra maestra y que nuestra composición es digna de admirarse, que la manera en la que funciona nuestra mente es irrepetible pero al fin y al cabo no dejamos de ser simples organismos buscando adaptarse, a merced del descontrol ¿Cómo podríamos considerarnos lo más importante en la vida de alguien? Nadie es indispensable, si somos efímeros, pequeños cuando se nos compara con la línea de tiempo o con el tamaño del universo. Sería fútil tomarnos demasiado en serio.

Así que dejándome llevar por la mala obra que estaba representando mi vida en ese momento, me reí con ella, me reí de mí mismo, reía del dolor, todo parecía un mal chiste, como suele hacer el devenir con nuestra vida, como si no importase nada.

-Joseph... Joseph... ¡Vaya, amigo! Buen golpe te diste.-me dice el medico con todo sardónico.

- Debió ver como quedo la escalera, se necesitaron de cuatro personas para dejarla decente...

El doctor se ríe levemente, parece que entiende mi sentido del humor, un poco raro.-Por este incidente en la escalera, parece que te salió cara la broma, tres costillas rotas, por suerte no hay daño en el pulmón...

-No lo hice adrede, si alguien me pregunta me hubiese gustado no caerme...-rio tontamente pero solo.

Fuera del médico, nadie se preocupó por la caída, no mis hermanos o conocidos, menos las enfermeras, tampoco la psicóloga.

- ¿Cómo te sientes?

-Físicamente bien, anímicamente bien, quizá un poco molesto conmigo mismo, pero eso ya es costumbre.

- ¿Por qué estas molesto contigo, otra vez?

-Por buscar fortalecer mis piernas, me veo obligado a quedarme en cama, vendado, con dolor abdominal y cuando decido ir al baño debo ir en silla de ruedas, no porque lo necesite, sino para evitar que camine lejos de nuevo, debería sentirme afortunado lo sé, pero no puedo evitar sentirme molesto por la ironía, además realmente quería terminar esa ruta... -dije como otro mal chiste- Quizá por ello recurro al humor... como defensa ante la frustración- dije como quien tiene una epifanía y la doctora no se dignó si quiera a apuntarlo.

- Sabe que ni esa caída, ni otro accidente le detendrá, así como lo saben sus hermanos y las personas que cuidan de usted.

- Quizá por eso son tan indiferentes al respecto... tampoco es que pida atención, no me hace falta.

- Lo sé

Y eso fue todo lo que mencionó al respecto, de igual manera la noticia viajo por el hospital gracias a su comunicativo personal, los guardias de seguridad se reían al verme avanzar con la silla y los médicos me miraban andar: “Ese es el idiota que se cayó en las escaleras” ¿Cómo un accidente puede dar paso al adjetivo idiota?, parece que no es muy difícil, solo se debe ser terco y necio, cuanto sea necesario para intentarlo en una ocasión más, eventualmente. Una semana después de la caída, cerca del tercer mes de internado, parece que el segmento más peligroso de la recuperación iba pasando, los dolores de cabeza iban mermando, los huesos iban soldando, quedarían más fuertes mis costillas acorde al médico y sin duda alguna soy un tipo con suerte. La unidad de cuidados intensivos ya no era la adecuada, mientras mis compañeros de sala batallaban por respirar, o debían ser drogados para aliviar su dolor, yo estaba en solo un peligro, desvanecerme de pronto y morir, pero sabemos que una hierba mala, nunca muere, así que me dedicaba relajadamente a pasear en la silla, jugar con mis vendajes, leer todo lo encontrado con intervalos de sueño, me parecía injusto cuando contemplaba a mi derredor y ver algunos sufriendo mientras mi alma se daba el lujo de lastimarse cayendo por las escaleras y poder reírse al respecto, cuando vino el medico en su ronda rutinaria pregunté:

-Doc. ¿Será posible que se me traslade a alguna otra sala? ¿O quizá algún otro lugar del hospital?

- ¿Para qué?- dijo con un dejo de desconfianza

- Es solo que no tengo con quien hablar- logré decir por ocultar la verdadera razón, señalé a mis cohabitantes y seguidamente me golpee el pecho, para presentar un poco más claramente lo que quise decir.

El medico pareció entender.

- Déjame consultar con el neurólogo y veremos si te podemos mandar a “observación” Ahí podrás encontrar alguien con quien... hablar.

Al día siguiente antes de darme la oportunidad de preguntar, la enfermera con su habitual mal humor, se encargó de llevarme a otra ala del hospital, sin decirme nada, sin responder a mis preguntas pero con el obvio alivio de librarse de mí.

Con el mal sabor de boca por ser trasladado en la misma camilla sin la oportunidad si quiera de utilizar la silla de ruedas, mucho menos caminar por mi cuenta, intenté levantarme en la misma camilla, con sus sabanas limpias y frescas cual niño que va de paseo y se emociona por ello, alegre porque parecía que mi observación era válida, ese ya no era mi lugar, después de todo mis estudios de medicina y mi internado estaban llenando mi mente de lo que debía aprender para un futuro, así que era noble mi alegría, una parte mi traslado a una unidad menos grave y fatídica y la segunda mi acertada observación clínica.

Casi sentado, en los giros de la camilla y las rectas de sus corredores, como si fuera una carrera de NASCAR, ya la emoción era altamente evidente, la enfermera con su mano regordeta pero firme me obliga a recostarme, me dice que me calme, no es buena idea que un torrente de sangre fluya con intensidad en mí, acaso un vaso sanguíneo cede, en mi maltratado cerebro, para ir a la sala de operaciones o a la morgue, lo que sea más conveniente.

Una vez recostado en la almohada blanca, el aire cambio su tonalidad y su olor, sonreí con todos los dientes. Ahí, justo en un giro leve, estaba ella, la razón de todo, el futuro incierto, las madrugadas sin ir a dormir de la manera más maravillosa y las más perniciosas. Tan bella, tan injustamente bella, con su cabello lacio y rubio, entre rayos de su color natural, con sus ojos cafés de cachorro perdido, o quizá así los pude ver en medio de su sonrisa más torpe aún que la mía y su expresión alegre e ingenua al mismo tiempo, jamás podría imaginarme que llegaría a ver tantas expresiones en su rostro para un

día conocerle a cabalidad, saber con solo una mirada rápida cuando estaba triste, cargada de pasión y feliz. También llegué a conocer el odio de parte de ella...

Estaba de pie con sus zapatos abierto y altos que delataban sus mal pintadas uñas de rojo, pero pies lindos y limpios, un pantalón que aunque holgado no podía ocultar la anchura de sus caderas y lo atractivo de sus piernas, para dar paso a una blusa colorida con estampado de flores en un fondo negro que ocultaba unos pechos pequeños y bien formados, todo esto lo noté por mirarla de pies a cabeza, todo en un segundo para perderme el resto del tiempo en su cabello y en su rostro...

¿Dónde la he visto antes? ¿Acaso le conozco y no le recuerdo? ¿Acaso fue en un sueño?

En el último instante, con esas cavilaciones en mi cabeza, ella cruzo su mirada con la mía, pero esta fue una mirada asustada al principio para dar paso a la lástima. Poco después pude ver mi reflejo en la puerta metálica de un elevador y entendí porque su expresión nunca fue amable, mi cabello ya un tanto largo, sucio y desaliñado, mi mal nacida barba con su incongruencia, mi aspecto cadavérico, ojeras que se difuminaban en mis salidos pómulos y mi piel aclarada por la falta de sol, se podrían agregar a mi expresión perdida y rara al verla, verla como quien ve a un ángel.

Me hizo enojar un poco, era injusto verle tan linda, tan idílica y yo por mi parte digno de ser trasladado al cementerio en lugar de “Observación”, al menos en el cementerio lograría congeniar con la lúgubres. Pero nada de esto importaba al final, lo que importó fue verle, lo he dicho mil veces, aquellos que han estado enamorados tendrían al menos una vaga idea, en vestigios, de la emoción que me llegaría a abarcar. Quería verle de nuevo, lo antes posible, preguntar quién es y qué hace aquí. Ella me recordó con tanta facilidad que todavía hay razones para vivir. Pasando por las ventanas grandes de los corredores que conectan las alas del hospital, me encuentro con un cielo celeste vivo, con exuberantes nubes de mil formas, trenes, flores, capas, relojes y comején. Casi cegado, sonrió del dolor en los ojos, era exactamente la misma sensación que sentí con ella. Supongo que en medio de una agonía alguien puede llegar impetuoso a acelerar el pulso, aun cuando lo dabas por eternamente débil. Ella... ¡cómo me gustaría tener un nombre para ella...!

3

No tardó mucho en la llegar la respuesta a esa incógnita, ¿Su nombre? Marcela, lo investigué levemente, de origen latino, se escribe igual en italiano, el apellido también era del viejo continente, así que definitivamente era de ese origen, siempre me volvieron loco las italianas de pelo castaño, es solo que ella lo oculto en un tinte rubio y en su campechana actitud.

Nunca hubo duda, siempre fui un eterno enamorado, pero ¿Cómo no serlo de ella?, pasaron las semanas sin que le volviese a ver, semanas en las que los recuerdos venían en tropel o como una gotera tortuosamente paciente y lenta. Ya caminar resultaba un poco más fácil, como si romperme las costillas hubiese ayudado, solo me quejo del dolor de cabeza para conmigo mismo, leve y constante. En medio de las revisiones rutinarias se revelo porque:

- Puede ser falta de vitamina A o B o quizá porque siempre que te veo no despegas la cara de los libros y cuadernos y eso te cansa la vista y hace que te duela la cabeza- el medico ya me trata con familiaridad, después de un par de semanas nos vemos para decirme que mejoro pero no me puedo ir- “Te vamos a referir al optometrista”- termina diciendo.

- ok- pero la cuestión de los dolores de cabeza continuaron por meses.

-Fuera de eso todo parece estar bien. –Dice alegremente.

-Entonces... ¿Por qué no me puedo ir?

- Cuando nosotros decimos que estas fuerte y mejorando, lo hacemos en relación con otros pacientes o por la buena fortuna comparada como deberías evolucionar pero si te comparamos con las personas sanas que encontraras en la calle estas débil y siempre está el riesgo de que te desvanezcas o desmayes sin poder despertar, o que te duermas y no despiertes, estuviste en coma por algún tiempo, con asistencia vital, es algo bueno que hables sin problemas, has visto como al principio te costaba caminar, pues no era el atrofia miento solamente, muchas neuronas sufrieron daño y más murieron, hay que darle tiempo a tu organismo para que se adecue o para que se regenere, lo que él decida e incluso llevarte a terapia- dijo con un aire bastante más serio.

-Entiendo, es solo que es altamente aburrido estar aquí y a cualquier edad el aburrimiento es peligroso, puede llevar a la depresión.

-Encuentra que hacer...

- No hay mucho que pueda hacer aquí, si tan solo pudiera hablar con ella, dije con fatalismo.

-¿Quién?

- ¿Ah?... ella... una chica que hace sea difícil expresarse, más de lo que un golpe en la cabeza con un bate puede lograr.

-Seguramente.

Los médicos tienden a perder el interés con facilidad y rapidez cuando son asuntos del corazón, sentimentalismos quiero decir, no de la aorta o vena cava.

Mi cuerpo lentamente, muy lentamente me da esperanzas de funcionar apropiadamente, tiene razón el médico, me cuesta cerrar la mano y esta tiembla con demasiada frecuencia, las piernas nunca responden a la velocidad deseada, pero siempre acredite este inconveniente a la debilidad y la flaqueza de lo que se solían llamar músculos, estoy harto de ello, me canso de verme casi imperceptible entre sabanas, me enoja pero no hay nada que pueda hacer,

la última vez que decidí entrenarme casi me mata un grada de escalera, “entrenar” es un término que queda un poco grande.

Algunas ocasiones en el amanecer la debilidad me abarca por completo, no me quiero mover y me dedico a leer en cama todo el día y la silla de ruedas me acompaña en los traslados obligatorios al baño, porque incluso la comida se le lleva a la cama a los pacientes, esos son días eternos, donde dormir o más bien la modorra solo ayuda a la pesadez de mis miembros. Pensé que con pasarme de lugar, alguien más podría ser un poco más vivaz pero nadie parece tener interés en conversar de algo más que no sea su propio sufrimiento. Como estudiante de medicina nunca tuve problemas con escuchar al que estaba en cama o del otro lado del escritorio, pero como paciente no quiero pensar en todo lo que mi cuerpo trata de contrarrestar, los efectos secundarios el tiempo internado, ni el tiempo que aún debo permanecer aquí, ¿Cómo podría escuchar y cargarme también con el padecer ajeno? Ciertamente es que cuando me concentro en ayudar a alguien más, con gran facilidad me olvido de mis problemas y hasta de mí mismo, no llega a importar nada más y la satisfacción que se siente no tiene igual pero ¿qué puedo hacer? Cuando a duras penas lucho por no tener lastima por mí, por lucir fuerte frente a mis hermanos, amigos y conocidos que me visitan, ante los médicos para que no me dopen ya más, lo siento pero no podría, al menos no aún.

Están en las camas señores bastante mayores que mi pero no ancianos aunque si los hay uno o dos, tenemos accidentes laborales, recuperación de una cirugía, accidentados en motocicleta y auto, a todos los conozco por el nombre y en ocasiones el número de expediente, de todos he escuchado el caso, en su gran mayoría se han salvado, es un buen hospital, algunos han muerto en cama, en la ducha o complicándose para salir entre médico y auxiliares para no volver más. Es deprimente este ambiente de hospital, al menos cuando se le ve desde otra perspectiva. No desde la perspectiva de un estudiante en el comienzo de su misión de salvar vidas, con la alegría en el corazón y la intensidad de cada medida aséptica en la cabeza, con todo lo que abarca cumplir el sueño de toda una vida, ahora no, desde una cama y una silla de ruedas el derredor pinta algo un poco grotesco, como la celda vieja y húmeda de un presidiario, cumpliendo una pena por un crimen inconcluso. En una de las camas que están en la habitación, se encuentra este tipo que tiene una ulcera enorme en la pierna, nunca me supo decir como la obtuvo, siempre me dijo: “Es por correr mucho, yo siempre corrí mucho, eso fue lo que me

jodió” Nunca tuve la oportunidad de ojear su expediente, asumí que era diabético; Toño, diminutivo de Antonio, siempre fue colaborador con las enfermeras con una inocencia de niño.

“Hay que hacer caso a lo que dicen los médicos, si uno se quiere curar tiene que ser buen paciente... y esperar también, ser paciente de médico y paciente de paciencia” Por esto me agradaba en buena medida, todos le saludaban porque sabían que se sentía solo y por todo el tiempo que llevaba en el hospital, sin embargo pocos podían entender su sencillez no se logra entender que pasa por su cabeza. Conmigo habla mucho, por mucho tiempo pero solo para contarme historias de su pueblo natal, entre las playas más hermosas del país.

“¡Un día vamos! Ahí la playa queda a media hora corriendo, nos llevamos una gallinita arreglada y un poquito de arroz, porque lo que llena es el arroz, si uno se come solo la gallina rapidito tiene hambre”

Un día para interrumpir sus relatos de todos los kilómetros que recorrió en sus tenis de suela alta, le pregunté:

- Toño ¿Por qué dice usted que debemos hacer caso con tanta convicción?

-¡Jajaja!- se ríe con los ojos muy abiertos y viendo a media distancia el suelo- lo que pasa es que hace unos... 15 años, me llevaron al hospital y me dijeron que me iban a operar, que me tenían que sacar la apéndice y ¡eso sí que no, yo no me iba a dejar que me rajaran la panza y me escape!

-¿Cómo?... ¿se escapó?- dije con genuina sorpresa, el tipo que nunca fue tosco con las desdeñosas enfermeras- ¡¿Por qué?!

- Es que me dio miedo- dice sin ningún tipo de pena

-¿Miedo?

- Si yo me escape, ahí mismo con la bata puesta, vi la puerta y me salí, no había nadie, era mi oportunidad...

-Pero usted debía estar bajo mucho dolor.- Respondí esperando una explicación, me parecía tan inaudito, como un chiste.

- Si claro, casi me desmayo del dolor ¡JAJAJA!, por eso fue que me devolví y entonces si me operaron, porque ya no aguantaba, pero vieras la regañada que me metió la enfermera, ¡Jajaja!- sigue riendo con su expresión perdida, recuerda claramente, ahora también río yo aplaudiendo al aire.

Lo entendí entonces, bajo su buen comportamiento, solo quería evitar sospechas, evitar algún tipo de procedimiento serio como si fueran un castigo, ¿Quién sabe? Quizá hasta planeaba escapar, bajo el buen comportamiento

ocultaba su naturaleza renuente cobarde para con los hospitales. Por fortuna parecía que solo las limpiezas casi diarias de sus vendajes eran el tratamiento a seguir, hasta que las úlceras sanen, pude verlas varias veces, eran del tamaño de una palma, rosadas y blancas, perfectamente limpias pero lentas en su curación, algún día volvería a caminar sin muletas, pero correr... mejor no. Y a él, que tanto le gusta correr, era lo único que hacía, sin estudio y sin trabajo viviendo de quien sabe que antes y ahora de una pensión aprobada por su invalidez, se dedicaba a correr, primero en las madrugadas frías, luego en el calor del medio día, en ocasiones en el ocaso fresco, pero siempre sin falta en las noches ventosas. No tenía donde ir, perfectamente podría ser parte de un programa de visitas a domicilio para las curaciones, después de todo las camas y las noches en el hospital son de un precio considerable, pero no hay casa a la cual volver, ni familia cercana que le pueda reclamar, nadie que vaya a dejarle a un pueblo donde no se sabe si será bienvenido. Toño o Tony como en ocasiones me gustaba decirle, siempre con algo en su mente, era imposible adivinar que era, tomaba todo esto con un buen humor pero una clara melancolía. Fue el tipo más duro en esta sala, siempre pensé que yo llegaría a visitarle donde sea que los dos nos encontráramos después de salir de ahí, del hospital, pero al tiempo fue trasladado y nadie pudo decir claramente donde estaría, algunos ni le recordaban como si nunca hubiese estado ahí con su risa sonora y su continuo saludar.

Había otro tipo, sumamente inteligente, para consuelo de mi ego era médico, pero su conocimiento no se limitaba a solo anatomía, fisiología, química y demás sino que conocía de astronomía, agricultura, electricidad, un sin fin de empíricas aplicaciones y ciencias, por su naturaleza demasiado curiosa para un postrado en cama, se llamaba Fernando. Estaba en el apogeo de su vida, una esposa voluptuosamente hermosa, un hijo en camino, iniciando su carrera como el mejor de su generación, claramente joven y ambicioso, con un dejo de orgullo evidente, pero tenía su derecho a serlo, le conocían todos los médicos que visitaban la sala, estudiantes y profesores, era irónico para ellos, encontrar al mejor de todos como paciente. Fernando era taciturno pero gustoso de hablar de documentales y curiosidades como sirenas del mar, extraterrestres y demás fenómenos paranormales, esas conversaciones no me eran muy amenas pero para hablar de medicina era menester pasar por esos temas primero, además después de todo él solo tomaba en cuenta las teorías

con cierta lógica, aunque realmente carentes de base científica, me hacía suponer que todos tenemos a un excéntrico dentro de nosotros.

La razón por la cual está hospitalizado y debo decir altamente deprimido y enojado (a su lado mi ira, frustración y tristeza eran el problema de un adolescente necio) era algo así como un accidente con el auto, me lo contó con su voz grave y calma:

-Íbamos subiendo el Cerro de la Muerte en carro, la neblina aunque evidente no representaba un peligro demasiado grande, lo peligroso eran esas curvas, de igual manera debimos reducir la velocidad. Subiendo y subiendo lentamente, yo soy prudente, no vale la pena matarse por llegar más temprano, mi amigo que iba al lado del pasajero quería que acelerara pero me rehusé, al rato nos quedábamos varados, en media cuesta y con esa neblina era muy peligroso que otro auto nos chocará por detrás. De nada me valió porque al poco rato de decirle: “Vamos lento para no quemar el motor” como sabiendo que iba a pasar, la aguja de temperatura del motor entro en la zona peligrosa y un ruido muy fuerte se escuchaba en el motor, como si algo se hubiera roto, en definitiva algo estaba roto, no tuve tiempo para apagarlo, con la pendiente y el fallo del motor, solo metí el freno de mano y puse las luces de emergencia. Entonces, aunque era un riesgo desmesurado, porque no había ningún chaleco de seguridad, salí y le dije a mi amigo que se quedará en el auto, en ese momento pensé que los médicos compartimos ese sentido de preocupación por la integridad ajena, mientras daba los pocos pasos hacia al motor todavía se escuchaba como al motor algo le estaba pasando, yo pensé que era la banda, que suena muy feo cuando anda como suelta y tal vez el cambio de clima y temperatura pudo aflojar el materia de la misma, pero no sonaba de la manera particular de este problema sino algo un tanto diferente, más metálico- en este punto del relato guardo silencio, para ser un hombre valiente y frío aun le costaba hablar del accidente, después de todo era muy reciente, se detenía para suspirar ampliamente como para obligar a las lágrimas a quedarse del lado correcto de sus ojos, adentro y continuaba un poco más calmo- Sé que no debí bajarme, pero tenía que ver que sucedía, había la posibilidad de que podría arreglarlo, al rato solo necesitaba agua, o darle un tiempo para que se enfriara y ponerle atención el resto del camino, podía ser solo el esfuerzo que estaba haciendo... no debí bajarme... pero lo hice...

En el momento que él abrió la tapa, en el mismo y preciso instante que la abertura fue lo suficientemente amplia para ver a cabalidad el motor, el aspa

de un ventilador del motor salió hecha pedazos, el pedazo grande y afilado por la fracción, se incrustó en el ojo derecho de Fernando, no debió salir, no debió abrir la tapa, como tampoco debió sacar el pedazo de metal de su rostro pero fue un reflejo, solo una reacción, como quien saca algo que duele de la piel, solo que esta vez... de verdad no debió hacerlo.

Al sacar el aspa con fuerza como respuesta al dolor, en medio de un grito corto, jalando con ambas manos y echando su cabeza hacia atrás, saco junto con el metal su ojo derecho, eso fue más de lo que el cuerpo pudo soportar, como defensa ante el dolor el cerebro se desconectó, apago todas las luces y Fernando cayó desmayado, no sin antes ver con su ojo restante como el ojo derecho explotaba en frente de él al ser sacado.

El amigo solo se alertó al escuchar el grito, por supuesto que llamo a la ambulancia, cuando lo cargaban en la camilla, recupero levemente el conocimiento solo para decir a los paramédicos: “No vayan al Hospital del Sur ahí no hay oftalmólogo”. Por supuesto que tenía razón, no había especialista que le viese, así como también acertó al confesar que no tenía caso intentar salvar el ojo, estaba perdido. Como médico supo que esto significaba dejar su especialidad favorita, la cirugía, no sin antes tan solo colaborar en la cirugía de corazón abierto para el neonato de su hijo, que por una desatención de un médico que recetó a su esposa embarazada un medicamento que provoca deficiencia cardíaca y malformaciones en los embarazos, el hijo nació con un soplo cardíaco severo y un oído que no se formó completamente siendo prácticamente inútil. Pero fuera de esa cirugía, ya no hubo oportunidad, todavía quedaban otras opciones, sin fin de especialidades, o quizá ser el mejor médico general del país, pero el orgullo era evidente, Cirujano o nada. Poco le importó el ojo de vidrio, poco le importó las cicatrices en el rostro, que se hundían en el pómulos y la frente, lo único que importaba era ser cirujano de renombre, pero ya no era posible.

- Ahora en lo que debo concentrarme es en la recuperación, fuera de ahí nada importa- me decía o se decía a si mismo con el afán de ocultar la preocupación por su esposa embarazada, el niño del cual no sé sabía aún que tendría aquellos problemas de salud y también para ocultar su orgullo herido, la inmensa tristeza de no ser lo que toda la vida quiso ser, para lo cual estudio como nadie, tampoco sabía aún que el golpe sería tan crítico, que no volvería a ejercer medicina, pasaría por varios trabajos para los que estaba sobrecalificado, como cortador de queso bañado en suero, trabajos informales en

instalaciones eléctricas, hasta dedicarse por cuenta propia a cualquier tipo de trabajo que pueda dejar paga, el divorcio llegó por la escases de dinero, aún con todo ello nunca se apartó de su hijo, que logré ver crecer con sus complejos pero fuerte y lleno de vitalidad, siempre se río de mis malos chistes y las imitaciones de viejo que solía hacer. Fernando con todo, nunca olvidó una mínima de todo lo aprendido, su mente era demasiado brillante para olvidar y esto lo defendía con su carácter orgulloso: “Eso nadie me lo quita, lo que aprendí nadie me lo podrá quitar nunca, aunque no ejerza” Seguía con sus conversaciones de sirenas y “aliens”, con su caja de herramientas en el cajón del auto, con un gran sentido del humor y una buena relación con su exesposa. Todo esto lo conocí con el pasar de los años y la amistad que entablamos, pero en aquel entonces yo solo miraba a un tipo cerca de sus 30 años con la mitad de la cara vendada que lloraba solo por las noches, cuando creía que nadie le podía escuchar, mientras por los días se negaba a comer bien y no hacía más que mirar el techo de la habitación con el único ojo que le quedaba. Salí de un lugar huyendo de su aire lúgubre y pesado, aquí me encuentro un ambiente triste, donde los pacientes son conscientes de su desdicha, con sus planes para escapar los unos y su orgullo de médico los otros.

4

Mientras me debatía en recordar toda una vida y entre todas las experiencias nuevas en el hospital, en medio de Ella y con mi curiosidad médica carcomiéndome, tenía que dar paso a mi mejoría. ¿La vista? Era muy simple, debía usar lentes.

-¿Lentes? ¿Por qué?

- No es nada, son tan solo para descansar la vista, la luz blanca de la habitación, el golpe que te diste, su costumbre de leer como desquiciado, y la falta de absorción apropiada de algunos nutrientes, todo esto hace un conjunto de problemas que cansan el ojo, quizá con el tiempo y la mejoría no deba usarlos más que para leer, pero por ahora úselos todo el tiempo, por el reflejo de las luces.

-¿Todo el tiempo?

Me mira con desdén, como quien juzga a alguien que le importa demasiado

como luce, pero tiene de frente a un tipo que pesa poco más de 55 kilos, tiene un bigote tupido pero mal distribuido y no se diferencia donde inicia el corte de cabello y donde el vello facial, todavía mantenía una buena dentadura, pero ¿Qué tan difícil es cepillarse tres veces al día?, máxime en un lugar donde hay lavatorios por doquier.

Una semana después, algo así como un mes después del incidente en las escaleras me dieron unos lentes, genéricos, cuadrados, de marco negro pero discreto, bastante flexible en sus patillas; al ponerlos la sensación fue muy agradable, era molesto en la parte trasera de mis orejas pero la vista se sintió genial, la luz dejo de ser molesta, la nitidez aumento considerablemente y aunque a la distancia podía ver lo mismo, lo hacía con mayor facilidad. Me los puse y los quite varias veces, el primer día, como haciéndome a la idea de que tengo algo justo en la cara. Muy rápidamente note que, donde va el apoyo sobre la nariz, estaban los puntos de apoyo verdaderamente desiguales, siempre tuve una nariz grande pero este detalle llamó mi atención. Me acerque a un espejo que estaba al final de la habitación, era uno de esos días donde a nadie le importa lo que los demás hagan, solo quieren dormir plácidamente. Y noté que mi nariz además de ser más grande, como si estuviese hinchada, era desigual, torcida hacia la izquierda, desde la base hasta la punta, era la primera vez que lo notaba, nunca había contemplado el detalle, un batazo en la cara podía dejarme mejor, pero este no era el caso. Sabía que no fue necesaria una cirugía reconstructiva pero pensé que decidieron omitirla debido a que estaba demasiado débil y no valía la pena correr un riesgo tan innecesario. Siguió siendo innecesario a esas alturas de la recuperación, se notaba, sí, pero no importaba, no. Me puse los lentes y me dirigí a mi cama a leer gustoso de poder ver como si fueran completamente nuevos mis ojos, frescos y descansados.

Después de hundir mi cara en las páginas amarillas y olorosas de un libro de Hesse, de pronto como un asalto ella llega a mi mente.

¿Su nombre? Fue muy fácil averiguarlo, muchas personas quedan impresionadas con su belleza, eso lo noté cuando al preguntar y describirle todos sabían de quien hablaba, aunque pocos sabían su nombre; esa mujer misteriosa, que se debatía entre ser madura y ser niña, notable puesto que bailaba por los pasillos con los ojos cerrados para abrirlos y sorprenderse a sí misma observada por alguien con una expresión de extrañeza muy evidente e inmediatamente saludar con formalidad y caminar con la cabeza alta

fingiendo aplomo, después de descubrir su nombre, me dediqué a descubrir que hacía en el Hospital, cada semana, con ropa deportiva y aunque nadie me pudo dar esa información, claro que solo pregunté a un guarda de seguridad despistado, algo morboso y satírico, apenas la describí no pudo contener una expresión de lujuria sucia (siempre me causaron gracia estos tipos, ven a una mujer hermosa y no se pueden contener, alguna estupidez piensan o dicen, como haciendo más explícita su imposibilidad de alguna vez estar con una mujer de cierto “calibre”) logro indicarme: “Se llama Marcela, viene aquí de cuando en cuando, pero cuando viene yo no me lo pierdo, siempre trae ropa deportiva, aunque a veces se cambia, de igual manera se ve apetecible” y una enfermera atareada: “Oh sí, yo sé de quién está hablando” mientras agitaba sus brazos en ademanes de cumplimiento de tareas.

-¿Sabe porque trae ropa deportiva siempre? – era la pista que me dejó el guarda de protuberante abdomen. Pero al enfermera solo levanto los hombros dando a entender que desconocía la razón...

-¿Marcela?... ¿Marce?... Me gusta ese nombre, es particular, es diferente...- sin darme cuenta desde los primeros momentos me estaba envolviendo en un sortilegio por ella. ¿Tiene eso explicación? ¿Es posible para alguien más entender que no es amor a primera vista pero como no me la puedo sacar de la cabeza? Es de necios creer que las eventualidades están completamente atadas a un destino inexorable, mas ¿Por qué se siente tan oportuno e idóneo? No hablo de verle por un instante, no hablo solo de saber su nombre sino del pasar del tiempo, relacionarse, de las risas ¿Cómo es posible disfrutar tanto de la compañía de alguien? ¿Es así como debe sentirse el enamoramiento? ¿Dónde están los límites? ¿Por qué no aparecen? Y se difuminan...

Marcela... que hermoso nombre.

Siempre me consideré un tipo afortunado, excluyendo la contusión severa, y esta vez no fue la excepción, como parte de mi recuperación me enviaron a un gimnasio terapéutico en el hospital donde me encontré con ella, mi primera reacción fue la aceleración del corazón, inmediatamente decidí levantarme de la silla de ruedas sabiendo que podría caminar con algo de ayuda de alguna pared clemente, me encontré con una habitación rodeada de espejos (como si no fuera suficiente verle a ella sola, ahora tenía infinidad de reflejos), al dar unos pasos firmes pero cortos vi mi reflejo en el espejo más amplio, demacrado era consciente que lo estaba, pero ver mi cabello graso y

demasiado largo, la pueril barba, con un uniforme celeste acuoso que me ha prestado un enfermero para ir al gimnasio, era absurdo la imagen ridícula que daba, mi aspecto descuidado agravaba, de primera vista, mi estado, “La próxima vez iré acicalado” pensé. Mi crisis superficial no tuvo mucho tiempo para desarrollarse, ella prontamente partió, dejándome solo con una instructora de piernas tan voluminosas como las de un fisicoculturista. Primero lo básico, mover las articulaciones para una lubricación sinovial, después estiramientos leves y fáciles, parcamente iría recuperando la fuerza y movilidad. Me quedé en esa habitación poco menos de dos horas, estar en un lugar diferente y activo me sentaba bien, además mi indignación era un incentivo para fortalecerme o lastimarme lo que sucediese primero.

Apenas salí de ahí contacte a mi hermano mayor, le pedí me trajera ropa deportiva que abundaba en mi armario viejo y descuidado ya, espuma de afeitar, y una máquina de cortar cabello ya que los enfermeros solo me la prestarían si me animaba a cortar todo el cabello en totalidad y quedar calvo como para ser operado, entre broma y con grado de veracidad me lo decían entre risas. Sabía que al día siguiente debía volver y rogaba porque ella también, y una vez más, soy un tipo con suerte.

Sin espera alguna para mis vehementes ganas de verle al día siguiente nos encontramos en el mismo lugar, parece que en esta ocasión si fui digno de su atención, quizá solo notó algo diferente en mí. El cabello quedo corto y bien delimitado, además de aseado con esmero, la torpe barba dio paso a una piel lisa y algo aclarada, la ropa ahora en contraste con la anterior portada era oscura y bastante menos holgada. Le mire justo a los ojos, pudiendo notar que la primera vez que le vi un sortilegio me atrapó para hacerme creer que era la mujer más hermosa que había visto, ahora de frente y con un tiempo considerable para verle me di cuenta de que esto no era tan extremo, bellísima es sin duda alguna, pero no perfecta, tenía el rostro fatigado aunque natural, una mirada algo pueril pero pura, los labios irregulares pero atrayentes, es una belleza natural escasa en tiempo modernos, una combinación simbiótica entre afabilidad y sobria imperfección.

Nunca olvidare las primeras palabras que me dirigió:

- Me gusta el de fresa- hablaba del yogurt , como si no hiciera falta ningún tipo de introducción entre nosotros y nunca fue necesaria, siguió hablando bajo y calma con una tierna timidez mientras yo me perdía en ella, una parte de mí, la más virtuosa supo de inmediato que ella podría ser la razón de muchas

venturas, la musa de las canciones, la mujer acreedora de un sentimentalismo noble y su dualidad, una parte primitiva y pasional que vio una mujer adictiva, bella de la manera más obvia, digna de locuras de joven, de un amor lúdico. Mientras hablaba, mi mente y cuerpo divagaban entre su sonrisa y sus ojos que buscaban en el derredor algo que nunca aparecía. Yo debía tener cara de idiota, siempre fue así incluso después cuando pasó el tiempo y tuve la fortuna de verle con frecuencia, siempre me encontraba a mí mismo admirándole con una expresión boba que le divertía en grande.

Cerca de la décima sesión de terapia juntos ella me acompañó a mi habitación, fue la primera vez en la cual fue obvio ver que disfrutaba de nuestra convivencia, ese día en particular me parecía un poco triste, como impulsada por algo desconocido iba a mi lado, mientras yo en son de broma le presentaba las paredes, las puertas y los elevadores como si fueran mi mansión personal, con un entusiasmo jocoso, pronto me di cuenta que su risa auténtica y ahogada era también mi medicina y que haría lo que fuese por verle y escucharle reír libremente.

- He aquí la pared en la cual, en mis ratos libres, me apoyo a recobrar el aliento, esta es pintura blanca traída de la ciudad, no se encuentra con facilidad, le tengo un gran aprecio a esta pared, me ha apoyado... quiero decir, me he apoyado en muchas ocasiones...

Entre mis malos chistes ella ríe, me pregunto ¿Por qué? Al poco tiempo pude comprobar que se debía a su alma de niña, que se debatía entre buena y traviesa, llego a ser tan traviesa que en ocasiones me cuestiono si la conocí verazmente. Me tomaba de la mano, no como quien ayuda a un desahuciado, sino como quien busca un guía, como quien gusta de una compañía.

Siempre me resultará dificultoso expresar todo lo que ella es y todo lo que puede abarcar, es maravillosamente infinita y solo en su compañía podría entenderse lo que un mal escrito quiere decir.

5

En una ocasión debido a mi psicósomática parálisis no asistí a la terapia a la hora concordada, Marcela vino después de terminar su sesión. Con un aspecto mañanero en plena tarde lluviosa le recibí en cama, le pido que se quedara y

hablemos, solo por la bendita alegría de hablar y reír. Es curioso como las actividades más cotidianas y ordinarias se convierten en algo vital y altamente ameno junto a una persona que despierta sentimientos de cariño y pasión, se siente vivo aquel que disfruta de esta experiencia, aunque se toquen los temas más triviales, así como es común ver actividades emocionantes por su carácter fortuito o innovador menguadas por el hastío de un acompañante carente de entusiasmo o simple química.

Hablando desde el respaldar de la cama, sin pedírselo, ella toma mi mano y la analiza absorta, desconozco que le maravillaba tanto de una mano tan solo unos centímetros más grande que la propia, dedos rígidos y marcadas de líneas, los tocaba con delicadeza casi llegando a la caricia. Es extraño ver a dos desconocidos congeniar con tanta facilidad a tal grado, pero eso éramos nosotros, dos extraños que se conocen de mucho tiempo, con la emoción implícita en la socialización y la seguridad de la aceptación. Ella solía interrumpir su risa para mirarme justo a los ojos y decir: “¡No sabes cuánto disfruto de tu compañía!” y suspiraba, yo por mi parte miraba hacia abajo con mi sonrisa aún más torcida y con una clara alegría en el corazón. ¿Cómo no enamorarme de ella?

- ¿Por qué vas a terapia física?

- Hace... hace poco más de seis meses tuve un accidente, haciendo deporte.

-Este sitio está lleno de esas historias. ¿Me quieres contar?

-Éramos un grupo de 12, yo y otra muchacha éramos las únicas mujeres. El ejercicio consistía en saltar lo más lejos posible, es decir, largo, no alto.

-Entiendo...

-Y este salto incluía saltar a personas acostadas una junto a la otra, cuando eran siete personas podía saltarlas con cierta facilidad, pero ya cuando eran nueve sentía que no lo podía lograr, la caída era complicada porque no se decía caer sobre los dos pies, de esta manera sería casi imposible, sino que se aterrizaba rodando por el suelo con las manos amortiguando y girando sobre el hombro, es algo difícil...

-¡Vaya! Continua...

- Cuando eran nueve personas pensé en desistir, puesto que en mi mente no parecía ya posible, por mi estatura y demás, pero la muchacha que estaba ahí, saltó y lo logró, a duras penas pero lo logró al fin. Yo siempre he sido muy insistente, nunca me doy por vencida y al ver que ella lo hizo, decidí que no

había razón alguna por la cual no debería poder hacerlo.

Cuando caí fue algo desordenado, no recuerdo bien como pero rodé sin control alguno, quedé boca arriba, todo daba vueltas y no sentía nada de dolor, pero sabía que no me podía mover.

Me preguntaron si estaba bien, recuerdo responder que no, me ayudaron entre dos a sentarme lejos para descansar y dejar a los demás continuar con la rutina, no sé cómo caminé pero después de eso no me volví a levantar, tuvieron que llamar a una ambulancia, me llevaron al hospital regional de la zona pero inmediatamente con el afán de completar una resonancia magnética para descartar daños en la columna me enviaron al hospital central del país, mi madre me acompañó, me doparon para aliviar el dolor que se intensificó rápida e intensamente. Recuerdo que yo solo decía que quería volver a casa y a mi madre refunfuñando que yo no me daba cuenta de la seriedad del caso, de la situación.

Al final se me explico que después de la caída discos de la columna hacían presión sobre un nervio y por eso el dolor era agudo y constante, no sabían que tan grave era la lesión pero temían que fuese lo suficientemente grave como para que yo no volviese a caminar, dijeron que en el mejor de los casos después de meses de terapia podría caminar sin ningún tipo de ayuda.

No sé cómo, pero tan solo en dos meses estaba de pie y caminaba por mí misma, yo no me iba a dejar vencer por una situación así, ya mencioné que nunca me doy por vencida, pero quizá en esta ocasión tuve un poco de ayuda de la providencia.

-¿Cuánto tiempo llevas asistiendo a las sesiones?

-Seis meses, pronto acabaran... espero.

Esta era solo una pincelada de todo lo que su alma guerrera aunque de niña cándida había sobrevivido en un mundo de devenires, con el tiempo y la confianza conocería detalles de una vida vertiginosa y llena de vorágines pero feliz al fin.

Ella llegó para curarme y me gusta pensar que yo retribuía de cierta manera en la misma medida, contarnos los traumas de niños y adolescentes, los miedos y los defectos, todo parecía reducido una vez que las palabras se enfrentaban a la mirada clemente del otro, con ella una de mis mejores versiones surgió, nunca tuve que fingir, retener mis actos ni cambiar de parecer para ser aceptado, ella proporcionaba un seno acogedor, donde contar lo que se fue, lo

que se es y lo que se quiere llegar a ser era válido, es más, era bienvenido.
- Con ella puedo solo... ser, sin ningún tipo de atadura y eso es más que asombroso- me encontré diciéndole a una extraña que compartía una banca del parque, tiempo después, con la necesidad de los enamorados de convencer a los demás que el bello sentimiento si existe y es tan real como nosotros mismos, aunque a los oídos ajenos sea una efímera quimera.

6

Tiempo después, ya algunos meses pasaron, fuera del hospital y la corbata en el cuello Marcela solía jalarme de ella, con sus ademanes conquistadores, era la única persona que tenía permitido halar de la corbata en esa manera tan inapropiada, solía hacerlo en privado, cuando deseaba que le besase como si no hubiese un mañana. Una vez que mis fuerzas volvieron a mis brazos podía tomarla de la breve cintura y levantarle por completo con facilidad, su cuerpo era un reflejo de su alma, siempre ligera y libre, podía sentarle en una mesa, besarle con besos profundos, me pregunto si en alguna ocasión se llenó de tedio por mi insistente besar, de una manera adictiva solía besarle y nunca parecía suficiente. Frecuentemente me encontraba en medio de un cuestionamiento: ¿Y si hacemos el amor aquí mismo? En cualquier lugar, incluso en las horas menos propicias, su libertad era tan atrayente, su alegría tan contagiosa, yo no tenía mucho que ofrecer a cambio, tan solo el placer que pudieran ceder mis labios es su piel perfecta... perfecta, ella solía odiar que

dijeras cosas de ese tipo. “No soy perfecta en ningún sentido” solía decirme, pero lo era de alguna manera, para mí, tenía una realista perfección, cabía preguntarme si yo exageraba, si después de tantos amores fallidos no había aprendido la lección, madurado en el amor, pero era inevitable, siempre mi percepción fue aquella donde el mal no existe y el mundo es bello porque ella estaba ahí.

Estas cavilaciones solían darme recelo, puesto que el idealizar a una persona no suele traer consigo buenas experiencias, además es bien entendido por las personas sabias que los límites de la apreciación deben ser bien trazados o la factura de un amor puede ser usurera, muy cara. Quizá por esto temía tanto enamorarme de ella, porque en cierta medida me era imposible evitarlo y la sensación de no tener control, como quien te roba diez años de vivencias y lecciones, es una sensación algo aterradora. Nunca entendí bien los efectos que ella producía en mí, pero no me cabe duda, hacían que valiera la pena vivir, vivir todo ese mar de emociones.

- Lo siento, lo siento de veras... porque no debí enamorarme de ti.

Ella me mira con clara ternura, las palabras casi no salen de mi boca por la voz ahogada, ¿Por qué habría de disculparme por esto? De igual manera la disculpa nace sincera y creo que ella entiende pero no tiene nada que decir, siempre se guardó para sí misma muchas respuestas, quizá debí yo guardarme algunas.

Eventualmente haríamos el amor en cada oportunidad posible, eventualmente lucharíamos contra la pasión que llenaba la atmosfera al estar juntos, podría decirse que llegamos a ser una buena y linda pareja, al menos por un lapso de tiempo.

Quizá no lo he explicado bien, pero ella con su hipnotizante existir, podía germinar mucho dolor y placer en mí, ella se acerca y se aleja, el conflicto está a la orden del día, mas todo se arregla cuando se queda por un momento conmigo y lo más importante es que ella sea feliz, aunque escoja otro camino... a otro.

En medio de todo el trajín que solíamos ser el uno para el otro, estaban los momentos de infantil convivir, la costumbre de sacar la lengua para burlarse del otro, el nunca despedirnos banalmente, siempre una escena, creo que nunca nos fue posible las despedidas simples, habían tantos besos en ellas que eran incontables... y aun así, aún ahora me parecen tan insuficientes.

Y me encontraba analizando mientras mis pasos me alejaban de ella:
¿Cómo aclarar si es de ti o de una idea, de lo que pudimos ser, de lo bueno únicamente, de solo los recuerdos agradables?, ¿De qué estoy enamorado?, ¿De qué me cuesta despegarme?

Para cuando la despedida fue inevitable y definitiva, tan llena de reclamos y arrepentimientos, el enojo hizo su parte en mis pensamientos:

“¿Sabes que me enferma un poco? Me enferma que decidas estar con él, aunque no lo ames, me enferma que solo porque crees que le debes algún tipo de lealtad o peor aún, que sea solamente por culpa, a él le besas y con él haces el amor, aunque no quieras, aunque él no te entienda, ¿Cómo puedes fingir eso? ¿Puedes fingirlo hasta que se convierta en una realidad? No es ni remotamente justo para ti... ni para él.

No digo que conmigo sería perfecto, pero al menos podrías ser tu misma, tan tu como siempre quisiste. Tan real como debe ser.

Pero no me hagas caso es solo mi ego herido que está enojado contigo, conmigo, con él, con todo.

¿Sabes que me mata?... Verte... ver cómo le sigues, con la cabeza baja y yo que no puedo rogar a alguien que tampoco guarda su dignidad. Me enoja porque tú no eres así, eres una mujer de fuego, que hace lo que desea siempre tratando de hacer lo correcto y quizá por eso me odias, no me hablas, me das esa mirada que es digna de un imbécil, porque crees que es lo correcto, lo que a los ojos de toda una sociedad estúpida es lo adecuado: “Quédate con el novio” “A él le debes la lealtad”, sería lo mejor si él te diese algo que yo no puedo, cualquier beneficio, cualquier cosa, puedo perderte aunque nunca fuiste mía, ya lo he hecho, perder contra un tercero en este juego que debe ser de dos. Pero desconozco que es lo que te hace volver a él, quizá saber lo haría más sencillo de digerir, pero muy probablemente no.

Lo que no soporto es que huyas de mí, como si fuese nocivo para ti, cuando sabes muy bien que lo único nocivo para ti es estar con alguien que no amas, no lo amas, no lo amas y no sé porque estas con él.

Y no es digno que yo aún después de todo este tiempo y lo sucedido, este aquí, de esta manera torturándome... ¿Por qué? ¿Acaso me enamoré de ti? Después de todo, cuando era lo único que no debía hacer... ¿Me enamore de ti? Si ese es el caso, esto también es tu culpa... cabe preguntar si soy el único que sufre. No hay manera de saberlo, pero te veo sonreír, aunque no como lo hacías conmigo, aunque estas fingiendo y cuando me ves llegar se te borra toda

expresión para dar paso a esa mirada de odio. Cuando te hablo no te dignas a responder y cuando después de un silencio incomodo yo insisto solo contestas toscamente cualquier cosa “No Jo...” “¿Qué quieres?” como pidiendo que no te hable, como diciendo “No te quiero ver”, como repitiendo todo lo que dijiste una de las ocasiones en la que hablamos, “Yo no siento nada por usted” “Todo era mentira” “No se me acerque” “Yo a él lo amo” “No supe apreciar lo que tenía” moviendo la cabeza en negación, llorando un poco de puro enojo. Aún lo recuerdo todo cabalmente, el fatídico día donde todo el dolor comenzó, cuando me enseñaste que vivir también puede ser tortuoso. Puede que te haya odiado por ello, odiarte por perder lo que pudimos ser, pero es cansado, me canso a mí mismo de odiarte, de escucharme, es tan clemente, tan dulce y salvadora tu ausencia, porque no sé qué haría si te viese todos los días, como solía ser. No sé tú como lo haces, como ignoras todo lo que tiene que ver conmigo, todo lo que te recuerda a mí o solo aceptas mi existencia para odiarme intensamente.

Lo extraño es que solo en una ocasión me reclamaste, solo en una ocasión escuche de ti una queja clara e hiriente. Me reclamabas como todo fue mentira, cuando sabes muy bien que esa era nuestra única certidumbre, que los dos nos podíamos hacer aún más felices, que existía un cariño noble entre nosotros, aunque siempre tuviste miedo de que fuera efímero, aunque a veces dudaste de mí, lo único seguro éramos lo que el uno para el otro era en realidad, un oasis, un escape, una felicidad de horas, un beso apasionado, ahora no, ahora solo somos todo lo malo del mundo, mentiras, miedo, errores, el recordatorio de que podemos ser cobardes y creer que hay honor en ello. Mi única hipocresía fue darme por vencido, cuando dije que no lo haría, pero no te puedo mendigar palabras, mucho menos cariño, ¿De qué manera? ¿Dónde quedaría el amor propio? ¿O lo saludable del amor que queríamos hacer crecer? Tú lo dijiste no debimos comenzar así... pero era al fin la única oportunidad que teníamos y nunca te pedí nada más que eso, la oportunidad. ¿Con que derecho podría exigir algo más? No tenía ningún privilegio pero ¿No era obvio lo que yo deseaba? Quería que terminaras con él, que te tomaras un tiempo y nos diéramos esa oportunidad y si nunca te lo pedí explícitamente es porque no era mi derecho y tú debías decidirlo. Como un primer beso, yo no podía dártelo, hasta que me pediste hacerlo.

¿Por qué lo hiciste? Recurrir a mi como reemplazo de un novio mediocre,

¿Por qué ahora no respondes a un reclamo o una simple pregunta? ¿Por qué me habrías de descubrir tan fácilmente, cada espacio de mí, de mi alma y de mi memoria para irte así? ¡No es manera de tratar a las personas!, no importa que tanto mal creas que te género, simplemente no supiste jugar y no es tu culpa, es solo que éramos multitud con reglas alteradas. Pero yo soy el que tiene derecho a molestarse, ¿no es cierto?... No lo sé... solo sé que puedo preguntarme si fui usado y con todo ello cuando estábamos juntos a nuestra manera nunca me preocupó, nunca te lo pregunté, no hacía falta, tenía tus besos para cualquier duda, yo no sabía Marce, no sabía de la culpa, nunca me dejaste saber que esta te pesaba tanto. Pero te dije que podías contar conmigo, te demostré que de verdad me importas. ¿Por qué no me hiciste ver que mientras hablabas conmigo en tu mente él aparecía como una incomodidad, como una angustia? No sabías que mi cariño por ti me hacía ciego y solo podía ver felicidad, aun en los momento cuales decías querías alejarte, mas sin lograrlo... parece que al final lo lograste... y ahora te las das de indignada, no tienes el derecho, no lo tienes, ¡no lo tienes!...

“¿Cómo un sentimiento tan hermoso te puede hacer sentir tan terrible?” Me lo preguntaste alguna vez, con una sensación de tardía, pero es tan simple, ¿no lo crees? Animarse a ser feliz, a salir de un mal sueño, para sumirse en otro, nuevo y más benévolo contigo. Ahora sumisa y sosa andas detrás de un tipo, cuando tú lo sabes y yo lo sé, sabemos que... que... que... ya no tiene sentido, que no hay objetivo en todo esto, pero ¿Qué se supone que deba hacer conmigo mismo? Era contigo que podía hablar de todo esto y eras la única que lo entendía, porque de cierta manera eras la única que lo compartía. Otra vez saltan en mi mente la idea clara, que eres una mujer fuerte, llena de ímpetu y que en realidad no te pude perder, o perder tu querer, pero de igual manera te perdí, me pateaste lejos con decires hirientes... tú has perdido también. No a mí, no creo que te sea tan importante, sino que los dos perdimos lo que pudimos ser, perdimos las horas que compartíamos, perdimos todo lo hermoso de un enamoramiento.

Me gustaría que pasara el tiempo y me explicaras porque hiciste lo que hiciste y admitieras que no fue el mejor proceder, sería un consuelo egoísta lo sé y lo siento, pero ¿Qué más podría aliviar este enojo? Ya tus besos no pueden ser la medicina que me acompañó en el Hospital, ya tu voz no resuena en mis oídos para calmarme, ya toda tú no quieres compartir el mismo aire que antes exhalábamos. Aun podríamos vernos y hablar y vivir de la añoranza y ser

felices en la pena... pero... debo recordar que no te conozco completamente, poco me faltó, mas nunca conocí tu lado más herido, el que al final del día tomaba las decisiones. Una parte de ti que quizá nadie conoce.

Ya ha pasado tiempo y me pregunto cómo reaccionaré al verte y que pasará si estas verdaderamente feliz y soy yo el que en medio de su crisis cree que cometiste un error pero en realidad fue tu mejor decisión. ¿Qué pasará si me odias verdaderamente? Y no solo finges ese odiar para hacer más fácil una despedida, puede que no sea solo una máscara, ese odio. Cabe la posibilidad de que sea yo altamente toxico para ti, después de todo me has dicho que gracias a mi te has convertido en algo que repudiaste toda tu vida, que lo sabes y lo detestas porque has estado del otro lado del trío (el lado que fue traicionado).

Pero aquí viene mí antagónico pensar: ¿No entendiste? Que yo era la persona con la que aprendiendo a tu lado, aprenderías a vivir de manera diferente, que escribiría por ti, que, sin quererlo, te querría tan eternamente, probablemente ya no lo recuerdas, ya no recuerdas muchas cosas, me has borrado tan radicalmente que muy seguramente no te importaría que yo muriese de ganas por hablar contigo, encontrarte en un pasillo, ver la mirada de antes. Pero eres buena escondiéndote de mí, aparentemente yo no paso por tu mente en ningún momento y de ser así , quizá solo para reforzar tu desprecio... debes haber borrado mis páginas, mis líneas por ti, hasta las canciones por ti, debes pensar que solo eras un objetivo, un logro o un trofeo, pero no sabes cuan equivoco es ese pensar, no sabes con certeza el tamaño de mis sentimientos, no sabes que esta es la mejor crisis de mí vida, que te lo agradezco, que no cambiaría nada, quizá solo el final, no sabes tampoco lo que me pasa, que me es difícil en gran medida decirle a mi mano que no escriba por ti, que ya es tarde, no sabes que jamás, ni siquiera por una milésima de segundo, fuiste una mujer ordinaria o solo una chica más, porque desde el primer momento supe que si me dabas la oportunidad me enamoraría de ti perdidamente... y así fue como sucedió. ¿Sabes que podría ser peor? Además de que nunca te enteres de todo esto (ya no sé lo que es peor)... Solías decirme que eras feliz conmigo... me pregunto ¿Por qué? Quizás solo era una mentira piadosa.

Hay algo que extraño, tu canto y no lo escucho en las canciones que tengo de ti, me hacen extrañarte demasiado y la ilusión, que es pensar que tengo una dignidad que salvar, me dicta que deje el masoquista ejercicio de extrañarte, por eso no te escucho, aunque daría lo que fuera por volverte a escuchar

cantar. Sin embargo el universo es algo cruel e irónico, una canción aleatoria y es tu voz y mis amigos preguntan quién canta y pienso que debo contarles toda una historia para puedan entender de quien es esa hermosa voz y con ese deseo de desahogar todo mi conflicto me retengo porque ya conozco sus respuestas: “Olvídate de ella, no vale la pena”, claro está que ellos no estuvieron ahí y no sintieron nada de todo esto.

Y en ese punto me doy cuenta de que me molesta un poco sonar como un hombre de poco mundo que ha caído tan inmaduramente en el desamor, pero... por ti... por esto... no encuentro una reacción más adecuada.

Aquí voy, recorriendo a pasos cortos un camino que me aleja de ti, las calles familiares alrededor de mi hogar, las calles donde nos besamos, los lugares donde te abracé, con un torrente de pensares y algunos recuerdos...

recuerdos... recuerdo lo que escribí cuando un indiscreto guarda de seguridad del hospital comentó, como quien no le da ninguna importancia sin saber que cambiaría tan drásticamente mi estado, comentó que un tipo serio y alto te acompañaba a la entrada del hospital y te besaba en los labios para despedirse. Apenas te conocía y de igual manera escribí algo, siempre fue mi manera de desahogarme, ahora lo sé, ahora lo recuerdo, además de sentarme en el suelo por un instante, por recelo de caer con el corazón acelerado, golpear el suelo con los nudillos ya rotos, además de preguntar: “¿Estás seguro?” al sorprendido guardián... escribí:

Ella me dijo que aquello que ignorábamos era en ocasiones un alivio, una bendición, aun así le he escuchado decir: “¡No sé qué sucede!” Y en ese momento cuando las horas se convierten en torturas, la misma práctica de existir es insana, porque aun cuando la incertidumbre es el atractivo de la vida, es en igual medida su angustia.

Ella podía estar en la cima del mundo y un minuto después en el abismo más inclemente. Pero más evidente aún, es que esa condición de vulnerable, está en mí, está en mí por ella.

Las horas tortuosas que tanto se esmeran de dañar, se convierten en minutos perniciosos y los segundos en opresión del pecho y cada respiro en agonía. Y cabe preguntarse ¿Cómo la mujer que con su neta sonrisa, sus muecas de curiosidad, sus ganas de jugar, su candidez, su belleza puede hacer tanto daño? Tan rápido, sin saberlo, sin quererlo.

Y cuando me pregunté con su voz, que podía aliviar cualquier dolor del alma, “¿Qué sucede?” y escuche mi respuesta: “No sé qué sucede”. ¿Cómo podría

explicarle? Tan siquiera decir, que tan cerca estuve de quererle que un resentimiento, tan solo por ser ella misma, me abarca, sería imperdonable, tan solo por ser ella, porque no existe otra razón, válida o lógica, que me permita explicarle. No es ella culpable de ser tan... ella. Y puede ser esto difícil de comprender, pero bastan tan solo 30 minutos para entender que ella es ella, o lo que ella es, lo que representa, lo que puede hacer nacer.

Esos 30 minutos solían ser idílicos, por lo hermoso que es compartir el mismo aire y tiempo, el mismo hastío y la misma emoción, ahora es también doloroso, ahora debo agregar la impotencia de no besarle, de no tener un futuro; ya no es solo la incapacidad de un “nosotros”, sino más bien, un tirano “Ellos”

Supongo que mi error fue asumir que lo ideal puede existir, su perfecta imperfección. Ahora no me queda más consuelo que la estoica decisión o quizá inevitable decisión de seguir, decir algo o no decir nada, ¿Qué diferencia podría haber?

Lo que es infalible es la ponzoñosa acción de imaginar, ¿Quién diría que alguien que te hace tanto bien te haría sentir obligado a lacerarte con ensueños e imágenes improbables o mejor aún las imágenes reales de otro hombre rodeándole con su brazo, estremeciendo sus caderas, hundiéndose en sus ojos y extasiándose de su sonrisa?, son derechos que nunca me pertenecieron, son deberes de otro hombre...

¿Esperanza?... es tan vaga y negligente, es más viable fiarse de la estupidez, mi estupidez, del mal sueño, de la desgracia ajena o el bien común. He ensayado esta obra tantas veces, ya sé que su hermosura siempre está rodeada de pretendientes, ya sé perder contra hombres mejores, ya sé que es ineludible la rivalidad o una partida perdida antes de empezar.

Al parecer, maldecir estará de boga, romper mis nudillos contra cosas inertes que se niegan a sufrir... y me pregunto de nuevo ¿De verdad eres tan patético? Y ¿Qué tan patético es formular esa pregunta?

Todavía tengo oportunidad, no con ella, si con ella, no quiero con ella, quiero con ella, se alivia rápido, vuelve aún más y parte, es la confusión en la máxima expresión.

Quizás sea aquella vieja costumbre de fingir el mejor proceder ahora, pensé que con el tiempo y la falta de práctica la olvidaría, pero parece estar anente y funciona... como un placebo... no sabía que los placebos podían doler, se supone que nos hacen bien sin saberlo, este no, fingir no...

Ella seguirá viniendo en mi búsqueda, como caen gotas del cielo, pero que no son lluvia y solo plantean la incógnita ¿lloverá?, cada vez más persistente pero aun no es lluvia, como quien se quiere comunicar por clave morse, y con esto me calmará para dar paso después a la incertidumbre que es lo único certero. Supongo que... como en todo... el alivio llegará, tan seguro como la próxima crisis.

Encontraste un día esa nota, la leíste con paciencia, ignorando las faltas y en ocasiones el poco sentido que podía tener, al terminar secaste tus lágrimas apenas nacientes, ¿Por qué te afectó? ¿Puede ser que entendieras que se tratará de ti? Recuerdo que te agradecí leerme, te besé en la mejilla lentamente y seguías ensimismada, sin decir nada, solo con una expresión perdida, para ese entonces no te había confesado la atracción que me provocabas, no éramos nada más que dos extraños que se divertían en un hospital cuando todos estaban aburridos, con curiosidad el uno por el otro, para ese momento no sabía lo afortunado que llegaría a ser, el privilegio de ganarme tu aprecio.

7

Ayer por primera vez en meses, lloré, por un tiempo pensé que algo estaba verdaderamente mal con mi cabeza, después del golpe, sentía la ira, sentía la desesperación y nunca una lágrima se asomó. Pensé que algo en mi cerebro se

había dañado pero no tenía manera de saberlo y mi ego es muy vanidoso para preguntar a los médicos: “¿Por qué no puedo llorar?” Ya me es bien sabido que ellos no le dan importancia a los sentimentalismos, de manera inevitable se ven en la necesidad de adormecer esa parte de ellos, la que sufriría con cada paciente desahuciado, con cada persona bajo el dolor, con daño psicológico, cualquier muestra excesiva de empatía puede ser muy caro para ellos, el interés sincero está en algunos, aquellos con mayor vocación que avidéz por dinero o posición. La cuestión es que por primera vez en mucho tiempo se me volvió incontenible el llanto, lo extraño de esto es que no tengo claridad en la razón por la cual las lágrimas rodaron hasta la parte baja de mi rostro. ¿Podía ser el odio? ¿Tal vez la autocompasión nociva de la cual tanto hui por tanto tiempo? ¿Acaso el peso de todo lo acumulado al fin me venció? Impotencia, malestar, conflicto, crisis, recuerdos y añoranzas, ella. Debatiéndome entre el tipo que quiere recordar cosas tan triviales de su vida, sé que son triviales o ¿Por qué otra razón las olvidaría? No olvide a mi familia, a los viejos amigos, tengo un vago recuerdo de la chica del campus, no olvide mi carrera, ni mis sueños, solo el último año de mi vida es borroso y confuso, los últimos meses he sido un cadáver andante, con reminiscencias de quien fui o de lo que era y, está el otro Jo que añora sin saber exactamente que... debe ser de las sensaciones más crueles en la vida de los hombres, no saber que esperar de sí mismo, de la vida que despreocupada sigue su curso. Aquellas lágrimas, eran pesadas, lo curioso es que entre más corrían incontenibles, más ligero me sentía, una inefable sensación me tomó por sorpresa, quizá después de todo no sea más que un niño algo grande que tiene miedo, y que por primera vez es consciente de ello, por alguna razón me sentí desolado, ¿Quién podría acompañarme en la sensación de laberinto? ¿Quién podría entender completamente como me sentía?, no habían amigos en los cuales refugiarse, la familia es una cooperativa en crecimiento que solo piden de ti sobrevivir y ser útil, no que desahogues sus penas en ellos, al menos así nos criaron, Marcela se encontraba lejos, tan lejos como para entender que ella correría a mi como quien rescata a un pobre diablo, pero quizá demasiado lejos como para molestarle con mi momentánea debilidad. Esa misma noche, entre las sabanas bañadas en sudor de la cama donde rodaba buscando alivio físico para un dolor del alma, me encontré con una febrícula cruel, casi llevándome al punto de alucinar, aunque no eran más que malos sueños, discutiendo conmigo mismo en un lenguaje que no era capaz de

entender a cabalidad, como si fuera latín o alguna lengua antigua. Discutiendo de cómo podía ser tan débil y presumir de fortaleza, jactarse de una imagen banal de perfección, si quiera de buen partido como hombre y persona, siendo poco más que un renuente que ha tenido todas las ventajas de la vida. Los sueños eran angustiosos, sabía que estaba en el hospital y sabía que estaba en cama, era anuente también del deseo de no estar ahí, luchando pero me era más claro el hecho de que esa noche me fortalecería internamente, mientras mi cuerpo manifestaría síntomas que los médicos aliviaban con medicamentos genéricos.

Para la mañana siguiente cuando desperté, mis brazos me impulsaron hacia arriba dejándome en una posición de plancha, con un bizarro levantamiento que no era común en mí en esos días, observando la almohada desfigurada y mojada, grité desde mi abdomen de manera que asusté a cinco pacientes y una enfermera, sonó grave, profundo pero breve, como si tuviera un dolor repentino, pero era imposible, mi cabeza, las costillas, incluso la rodilla que siempre se hinchaba sin razón aparente estaban en perfecto estado, era un grito del alma, quizá por ello fue tan espontáneo.

Inmediatamente caí sobre la misma almohada, con la cabeza de lado para un último sueño en la mañana, uno más claro, un sueño agotador.

Con un abrigo negro y algo viejo que me cubría de un leve frío de noche tardía, caminaba lentamente como quien arrastra un grillete, con la cabeza retumbando de dolores viejos y constantes, llegue a una puerta pintada de verde con un discreto llavín que cerraba la pesada puerta, por inercia busque entre los bolsillos de mi pantalón una llave que me parecía familiar, más sin saber de dónde. Sentí sobre la tela del pantalón el juego de llaves, que se reusaba a aparecer con facilidad, sentí el aro que las unía y sentí como si algo le faltará, un adorno quizá, algo que estuvo ahí muy característico de este juego de llaves, que de cierta manera era importante, pero ahora faltaba, con el tiempo descubrí como el ego puede ser golpeado tan fácilmente con pequeñas cosas como esas. Esa sensación de algo faltante me lleno de una tristeza autentica, como lo dije antes, el tiempo me haría saber de qué se trataba, el punto es que al abrir aquella puerta que casi se sale de mis manos por su peso y la ráfaga de viento que la impulsó, dio paso a un cuadro estrecho y oscuro, completamente en la negrura, al entrar en escalón descendía notablemente, por un instante la sensación de caída lleno mis sentidos, por alguna razón no detenía mi avanzar aunque mucho de mi instinto dictaba no

entrar ahí como si no quisiera escuchar o saber lo que ahí se ocultaba.

A los pocos pasos me encontré en medio de la habitación oscura y vacía, sin moverme más solo escuche mi propia voz, tan solo algo más vieja y calma: “Tienes el potencial para cambiar al mundo, cuando este te llame, recurre, para convertirse en alguien significativo en la vida de las demás personas, no debes ser médico, no debes ser ideal, ni si quiera debes ser buen ciudadano, tan solo debes ayudar, ayuda a aquel que lo necesita y aunque no recibas agradecimiento, no obtengas una remuneración inmediata y la sensación de satisfacción merme con el tiempo y los desengaños serás digno de llamarte como quieras llamarte.

Te tomas con seriedad sin darte cuenta que no eres digno de ella y que no debe ser tu ideal, tarde o temprano sucumbirás a la vejez, a la impotencia, a la misma muerte, mientras vives enamorándote y engañándote a ti mismo, espero un día tengas el valor de una introspección más que superficial, el fuero interno será tu consciencia y tu código, pero debes encontrarte a ti mismo antes de conocer este cuerpo de reglas y derechos”

La idea de no ser un eterno enamorado me molesto algo, siempre llegaría una mujer que cambiaría mi mundo al ponerlo de cabeza, era inexorable, así que reclame infantilmente:

- ¿Acaso no me puedo enamorar ahora?! Ella siempre saca la mejor versión de mi...

-Aun ahora rehúsas lo que es verdaderamente importante... una vez más espero que por tu propio bien que encuentres la manera de entender lo que quiero decirte, lo que digo para nosotros mismos.

Entendí que se trataba de una de mis dualidades, siempre fui consciente que dentro de mí se encontraban muchísimos tipos de hombres, por lapsos de tiempo se turnaban para gobernar de la manera que parecía la más adecuada, mas esta era la primera vez que me encontraba en medio de mí mismo. De pronto, como un disparo, una patada en el plexo me lanzó fuera de aquella oscuridad, al húmedo suelo del exterior, súbitamente desperté con la enfermera a mi lado preguntando que me pasaba, con sincero interés.

Parece que ese sueño fue cuestión de pocos segundos en la realidad, mientras cada segundo se sintió como un minuto en mi mente, después de una ducha helada, el cambio de sabanas dormí en el día las horas que me fueron negadas por la noche, recordé un poco de mi antigua vida, la vida antes del hospital. Mi abuelo con su benévola sonrisa, mi abuela con su incansable trajín casero,

mi madre con su estoica crianza, mis hermanos que me recuerdan como somos niños que una vez crecidos nos dedicamos a completar viejas nostalgias. Ahora que mis puños se negaban a seguir mi orden de cerrarse, por puro cansancio, una sonrisa se esbozó en mis labios, ahora recuerdo un poco más, y la imagen de la mujer en cuestión llegaba clara y dadivosa en placer.

8

Recuerdo el día que nos fuimos de viaje, juntos y solos, por primera vez, una ruta de tan solo tres horas, para llegar a la casa de tus padres, una finca estupenda casi irreal, con una granja generosa en ella.

¿Recuerdas ese viaje?

Fue también la primera vez que te pedí algo, siempre me jacte de amar a una mujer clara que me ama sin pedir nada, pero ese día te lo pedí vehemente, seguido de una disculpa:

-Dime que me quieres...

-Te quiero – lo dijiste despacio y mirándome a los ojos, con esa expresión tuya de ternura.

-Dime que no me quieres...

No dijiste nada, ni si quiera te inmutaste, mantuviste tu mirada en mis ojos y con un leve movimiento de la cabeza decías que no.

-Discúlpame, no debí pedirte nada... yo lo sé, tú lo sabes, mi corazón lo sabe, me quieres, es solo que se siente tan bien escucharlo. Siempre te lo he dicho sin esperar nada a cambio, algo verdaderamente nuevo para mí.

“Mientras cante mi amor, intentando alcanzar, las palabras que digan lo demás”- suena en la radio del auto y yo canto quizá con excesivo volumen, es solo que tú estás en todas las canciones.

-Va a ser cansado un viaje conmigo- te dije y como siempre tenías la respuesta correcta para todo, un beso, esta vez en la mejilla.

Volví a verte con mi sonrisa estúpida que tanto te gusta –Quería que me besaras, pero debemos tener cuidado, estoy manejando.

Para dos personas que son increíblemente buenas para arruinar momentos nos pudimos mantener, por largo rato, románticamente cerca, en silencio, con esa certeza de que el mundo si es bueno, contrario a lo que nos dicen las noticias. Quizá seamos incluso los mejores en estar juntos, o al menos más de lo que creímos.

-Sera mejor que te haga reír, se hará largo el viaje si vas con un tipo que no deja de pensar en cosas serias y en cuanto te quiere.

Llegamos, nos recibe el perro que te extraña, me recuerda al perro herido del campus por eso no le puedo ver directamente, me da la sensación de un llanto ahogado, pero es dulce y celebra tu llegada, te extraña en demasía, probablemente más que yo, detrás viene tu hermano menor, que corre, es un niño en su máxima expresión. Se detiene en seco al verme bajar del auto, al perro tampoco le agrado pero se distrae en recibirte, Guillermo, tu hermano, me mira de pies a cabeza, como preguntándose “¿Quién es? y ¿Qué hace aquí?” lo noto en su mirada pero no sé si con celos o quizá mi vestimenta, me lo dijiste, me vestí más formal de lo que debía y el calor es pesado.

Al primer día, tu hermano que no se despega de ti ya me mira con buenos ojos, al perro bastaba rascarle el abdomen. Conozco a toda la familia, son agradables, campechanos, tan fáciles de hablar, porque después de todo crecí entre personas así. Tú adoptas una actitud tan infinitamente feliz, no paras de sonreír, no puedes parar. Estas en el ambiente seguro y familiar que tanto de dolió dejar, al partir a la ciudad. No sabía que podías ser tan feliz sin mí, pero me alegra demasiado, me ignoras por horas pero nunca sentí recelo, podía verte a mi gusto, tan inmensamente feliz, tan cómoda, siendo tan Marcela como podías serlo.

Como partimos algo tarde y el viaje es largo, el primer día de tres se acaba, pero no puedes dormir de feliz, juegas con Guillermo, juegas con los canes, me miras ocasionalmente solo para estar segura de que aún estoy ahí, y me sorprendes en medio de mi observación por tus caderas de mujer jugando pueriles, mi expresión incómodamente rara, estoy feliz porque eres feliz, en momentos así no se le puede pedir nada más a la vida.

Cerca de la media noche, vienes a mí, donde te espere las últimas horas, en un sofá cómodo y silencioso, con el libro de turno, sabes que siempre porto uno en mis cosas. Te sientas en el brazo del sofá, tomas mi mano, no despego aun los ojos de las letras, llegaste en medio de un párrafo, tomas mi mano con

ambas manos, la llevas a tu mejilla derecha, aspiras la colonia que sale de mi muñeca, te gusta tanto, llevas cada dedo por tu boca, lames levemente el índice, besas mis nudillos, como si fuera una vieja costumbre tuya, hace ya unos momentos que te miro en tu rito por quererme y lo primero que pienso es: ¿Cómo es posible que seas tan benditamente hermosa? Es injusto, ¿Cómo no enamorarme de ti? Pero no lo estoy pensando, sino que lo digo en voz alta sin darme cuenta y me regalas la sonrisa perfecta. Sin decirme nada me llevas de la mano a la que será hoy mi recámara, está algo apartada del resto de la casa, justo al final de todo, lejos incluso del baño general, por eso tiene el propio. Es tan típico de los campestres dar todas las comodidades posibles a los invitados. Te digo que voy a tomar una ducha, el calor del día me hizo transpirar, tanto como a ti pero con la mayor negligencia de niña hermosa no te importa y te acuestas plena en la cama mirándome mientras desordenas todo con tus piernas, brazos y caderas. No sé qué pasa en este lugar, tu casa, tu pueblo, pero se te ve tan libre y feliz.

Me desvisto parcialmente al frente tuyo, nunca tuve esa pena, sino más bien ese exhibicionismo.

Te ríes divertida, haces el intento de levantarte un poco para acercarte a mí, pero tomo la toalla con prisa y me dirijo a la ducha, no me tardo mucho, no quiero que te vayas, o que, por esperarme aburrída te quedaras dormida, esa idea no me chocaba tanto, no me parecía tan mala porque siempre te podría despertar o quizá dormir a tu lado pero en definitiva no quería que te fueras. Salgo y aunque algo adormecida, aun me esperas, comienzo a vestirme, algo más fresco será suficiente.

-¿Por qué te pones la ropa?

Te vuelvo a ver con la camiseta entre mis manos.

- ¿No crees que si hacemos algo, se darán cuenta?

-No me importa, dijiste extendiendo tu mano.

Y comienzan los besos, eres tan virtuosa en el arte de besar, no sé si es el sentimentalismo que hay de por medio, pero no hay mejor sensación que tus besos, por lo menos no hasta ese momento. Tú cabello de tan vivo color y tan suave se movía perfecto entre mis dedos, nunca hizo falta controlarle con peinados insistentes pero es que me encanta jugar con él. Te beso, estando sobre ti, vos sobre mí, uno al lado del otro, te detienes para sonreír, para decirme que debes controlarte. Siempre, desde el primer beso hablaste de una estrella que ardía en deseo, que no querías dejar escapar a ese tipo que moría

por poseerte, los dos somos unos románticos.

En lo que descansas para tomar aire y controlar tu ritmo cardiaco, me acerco lentamente a tu cuello, ¡ahí está! el aroma que recordare para toda mi vida, tu. Siempre fui aficionado de besar tu cuello, la primera vez te pedí permiso, porque sabía que ibas a perder el control. Así como podía besar tu mejilla, sin ningún afán, solo porque tenía que hacerlo, despacio y feliz, tan tontamente feliz, o hacía aquello que te encantaba, besar en orden tu frente, nariz perfecta, mejilla izquierda, mejilla derecha, la comisura de tus labios, el labio inferior, ...

Esta vez, tu cuello era mi presa, nunca te mordí, siempre tuvimos cuidado de no dejar marcas en ti.

Podía escucharte susurrar, con esa tu voz calma y lenta: ¡Oh por Dios! Aruñabas mis brazos como pidiendo más, siempre imaginé una expresión de conflicto en ti, como alguien que no desea sentirse tan bien, mirada a lo lejos y la boca entreabierta por falta de aire. Estaba muy equivocado, cerrabas los ojos para girarlos hacia arriba, te mordías el labio inferior para suprimir gemidos, al menos por ahora y la respiración se entrecortaba tanto que podía escucharte luchar por aire.

Pero yo sabía que tu cuello solo era el comienzo de mil maravillas más, la puerta de acceso a placeres más intensos.

Para el momento en que tu blusa estaba abierta pero aun puesta, porque no te podías mover, mis labios centímetros debajo de tu abdomen ya había pasado por tus brazos, tus manos perfectas, tus pechos dulces. Alguien toca la puerta...

Se escucha la voz de Guillermo buscándote.

-¿No es acaso demasiado tarde para que este despierto?- miré el reloj.

- Solo quiere que yo lo acueste- dijiste tranquila mientras te cubrías- ya vuelvo dijiste con tu sonrisa.

A tu salida del cuarto, me acuesto rendido boca abajo, mis labios están casi dormidos e insensibles. Sonrió y cierro los ojos, vuelves rápido, como quien dejo algo urgente pendiente.

Aún tengo mis ojos cerrados, aún tengo la toalla como única protección ante la desnudez, tardas unos segundos en recostarte a mi lado pero al fin te siento, giro hacia ti y extendo mi brazo para rodearte, solo te necesito cerca, es todo lo que importa. Y ahí me di cuenta, como si te quitaras las prendas incluso antes de pasar por la puerta, estabas completamente desnuda y el paraíso

terrenal si existe y sos vos y nadie puede ser más feliz que yo, y ahora ¿quién podrá contenerse? y...

-Quiero que me hagas el amor- susurras con tanta convicción.

Me elevo a un acostado para verte desde un ángulo donde pueda apreciar tus ojos:

- ¿Se puede sentir todo esto?, ¿Es humanamente posible ser tan feliz?, ¿Es así como debe sentirse estar enamorado? Porque da miedo, es aterrador.

-¿Cómo lo haces?

-¿Qué?

-Plantear tus crisis de una manera tan romántica, decir siempre las cosas perfectas, a mí me da miedo eso, que exista alguien tan acertado, sé que no me mientes, pero ¿Quién puede hacer eso? ¿Cuánto tiempo dura? Solo bésame Jo, solo bésame...

Hicimos el amor, recuerdo no recordar nada, todo era borroso, como un estado alterado, como un éxtasis, recuerdo su calor, su sabor, su aroma, pero todo es confuso en la memoria, recuerdo lo que hicimos, como sucedió y sus ruegos vehementes entre detenerme y seguir, pero sé que no hubo orden, no hubo nada de orden solo pasión, de esa pasión que de desborda, que no sabías que existía, hubieron risas y pequeñas muertes, era tanto el placer, ya nuestras cabezas no funcionaban bien, un interminable repertorio de movimientos para recibir placer al darlo. Si el primer beso fue como debe ser un primer beso, hacer el amor por primera vez fue la confirmación, las personas si estamos destinadas a estar juntas, aunque en ocasiones nos separemos.

La madrugada llegó con tan solo un par de horas de sueño, me escuchas levantarme y solo abres levemente un ojo, como tratando de adivinar qué hora es y qué es lo que sucede.

- Tu padre me pidió ayuda con trabajos de la granja, dijimos que empezaríamos a primera hora.

Me escuchas ponerme las botas de hule negras y rígidas, me ves salir más dormida que cualquier otra sensación, aun así sonrías, ahí voy con la camisa a cuadros azules de manga larga para cubrirme del sol, con el chonete que se ve tan fuera de lugar y al mismo tiempo tan acertado en ese pueblo, el pantalón de mezclilla que conquisto todo un continente. Y lo sé y lo sabes, somos felices, satisfechos y soñolientos de la noche anterior, y tú eres más que eso, luces aún

más hermosa, aun mas idílica, ¿Por qué no dejo de pensar que eres perfecta?, tantas veces me he dicho a mí mismo que no me deje llevar por esos pensamientos que dan lugar a amores enfermizos y posesivos, de ellos es que tengo tanto recelo, de la idea necia de un amor eterno, de un amor hollywoodense, es lo único que me pido a mí mismo, no arruinar algo que tanto deseo, te lo dije mil veces antes del primer beso, vamos despacio que no es común, trabajemos en algo saludable, vale la pena, no te puedo prometer la luna, ni si quiera una estrella, pero te prometo quererte lo más humanamente posible, prometo ser sincero y decirte las verdades que camufló a veces con mis palabras cariñosas, prometo intentar no fallarte, prometo intentar estar a la altura de tu mirada.

-Quiero llegar a amarte- lo dije anoche, sin duda alguna, sin certeza de en qué momento, seguido de tu costumbre de besarme para que me calle. Llevo marcas en el cuello, en los hombros y en la espalda, vos estas intacta, aun me quedo esa costumbre de cuando debíamos escondernos. Siempre te gusto ese dolor dulce, siempre quisiste más, me volví experto en dártelo sin dejar huellas.

Pasaste la mañana distraída con los niños de la casa, con tu madre, comiendo el yogurt que tanto te gusta, tomando las fotos, dibujando para tu hermano, mientras tanto trasladándonos a caballo tu padre, el mayor de tus hermanos y yo construimos un gallinero nuevo, demasiado lujoso si me preguntas a mí, pero sabes cómo me gusta trabajar y sabes cómo me gusta el sol con el viento fresco y la compañía de los caballos que anuncian a las serpientes. Todavía podemos ser felices el uno sin el otro, pero con la certeza del cariño que nos espera al encontrarnos, las despedidas en la vida son inevitables mas siempre las soportamos sabiendo que podemos volver a compartir la misma luz, el mismo aire, el mismo espacio. Parece que al final aunque podemos estar separados, es algo que nos gusta más evitar, todos los días me gustaría verte, todos los días escucharte, todos los días saber de ti, a veces es difícil saber cuáles son los límites de los sentimientos y cuando estos cambian quien eres. Saber que puedo sobrevivir a una mañana sin ti me tranquiliza un poco esa inquietud, pero saber que puedo volver a ti cuando guste, eso se me hace feliz.

-Sostenga aquí- me dice tu padre, alguien que hizo toda su fortuna con las tierras que heredó de su padre, con poco de aquello, con un poco de lo otro, pasó por el ganado, la siembra, la venta de tierras y hasta la busca de oro en sus propiedades más adentradas en la montaña. Es un señor algo corto de

estatura para lo robusto que era en sus años mozos, definitivamente de ascendencia inmigrante, con sus cabellos rubios y ojos azules, que tanto le reclamaste no te heredó como a diferencia de todos tus hermanos, eres la única castaña entre 4 rubios pero sabes que toda la vida me gustaron las italianas castañas, de piel clara, por esa la costumbre mecánica de buscar un opuesto.

-Sostenga fuerte- Tengo un tronco sobre mi cabeza con mis brazos casi totalmente extendidos, debo mantenerme así no sé por cuánto tiempo, eso de hacer un gallinero con madera tan fina se me hace algo extraño, pero tu padre aprecia mucho a sus animales, y no dejaría que las serpientes se metan con ellas, en medio de sus gritos delata que aunque no luce como los autóctonos de esta región, es tan arraigado a esta tierra como lo son los árboles que tanto admira, me recuerda en cierta medida a un tío, hombre de pies descalzos que le encanta trabajar, sin entender porque, solo no pueden parar, aún enfermos, aún cansado, aún ya viejos, si el sol se levanta ellos también.

Terminaron con la zanja que querían hacer, dejó caer el tronco pero no con demasiado descontrol, no queremos deformar nada en el suelo. Era algo pesado, sonrío con el sudor de las cienes al comprobar que en ocasiones soy más fuerte de lo que imagino o de lo que imaginé llegaría a ser mientras estaba en la cama del hospital. Tu padre con su mano pesada, me golpea el hombro y me saca de mi equilibrio, él también se alegra de que yo esté ahí probando fuerza. Su hijo mayor que está con nosotros, sabe lo que hace y es sumamente agradable como compañía, pero no es afanoso en el trabajo ni tan diligente como debería, lo cual está bien, tu padre siempre le mostro el amor que se le da al hijo varón que tanto esperó.

Hacemos la zanja en la tierra, el primero de los troncos está casi enterrado, así se evita que las culebras encuentren manera de entrar, es un cuadro grande, para hacer espacioso el gallinero, lo demás debemos fijarlo con clavos grandes, y la malla que será gran parte de las paredes ira clavada a columnas angostas pero gruesas de una madera muy bien cuidada, aún me pregunto de que será el techo porque no veo con que lo cubriremos.

No estamos muy distanciados de todo, pero es inevitable andar a caballo, además ayudan a cargar muchas cosas. Todo es verde menos el cielo y las nubes, pero es un mar verde que alcanza hasta donde da la vista, cientos de veces pensé en esa mañana en montar el caballo a galope y sentir esa libertad que solo el presidiario que escapa y siente el viento en la frente puede describir apropiadamente.

La hierba es alta, se mueve en olas con el viento abundante, los árboles son generosos en ramas y sombra, los ruidos interminables y el sol brillante en demasía.

- ¡Yo tengo hambre!- dice tu hermano, tu padre resopla de risa, el caballo lo imita como respondiendo, yo miro atento esperando instrucciones, así es la vida allá, con jerarquía pero choteo y bromas de por medio.

Mientras tu hermano saca de los caballos las tazas con arroz que tu madre hizo para todos desde la noche anterior, “¡Porque no me voy a levantar a esas horas a cocinar!”, yo corro a traer agua a los caballos, hay un pozo cerca y baldes suficientes, también una vez saciada la sed del caballo a cargo mío, corrí por unos limones dulces que vi desde temprano, el caballo es un animal fiel e inteligente, se comprueba en como hace exactamente lo que necesito para tomar los limones sin bajarme de él.

La cuchilla de tu padre tiene un filo excesivo, pero así es como debe ser, solo hago una herida que se encuentra en la parte alta de los limones para facilitar remover la cascara con las manos. Sabes cuánto me gusta comer una fruta directo de la rama, con aquel calor, aquel sabor inocuo, aquella sensación de plenitud, nada se busca y todo se encuentra, porque en uno está la natura y en la natura está el hombre. Tu padre se duerme, tu hermano me molesta, eso de almorzar toma demasiado tiempo para ellos, yo quiero montar a caballo pero no me quiero ir por si comienzan a trabajar en cualquier momento, pero ya tu padre ronca, no parece que sea pronto, agua fresca para la boca de un cuerpo que suda copioso, que reclama el esfuerzo bajo aquel inclemente sol, quizá no sea mala idea cerrar los ojos por unos minutos, hasta tu hermano lo hizo. ¿Cómo no ser feliz aquí?, por supuesto que eres feliz, mi vida.

Llegas a buscarme un par de horas después, ya con el trabajo reanudado, caminaste esa distancia porque el trabajo de ensillar no lo amerita, además siempre te gustó pensar mientras caminas. ¿En qué pensabas?

Te ve primero tu padre que siempre está atento al derredor.

-¡Hola, mi hija!

Sé que eres tú, no porque el corazón te llama, sino porque tu hermana mayor es sumamente débil al sol y no saldría de la casa a esa hora, aún hay sol y aquí es fuerte hasta que se oculta, calienta los huesos para toda la noche.

Sonríes al saludo de tu padre, sin decir nada, él lo adivina, después de todo el motivo del viaje no era conocer a tu familia sino pasar más tiempo juntos,

como si eso hiciera falta:

-Vienes a buscar a este muchacho- se acerca a mí y me jala de la camisa, con manchas de sudor en la espalda pecho y axilas, poco falta para que me lance hacia ti, y eso lo dice todo, le agrado lo suficiente como para que apruebe que este contigo, y hasta ese momento lo entendí, me estaba probando, quería conocerme y solo tiene una manera de conocer a los hombres, por medio de su trabajo. Mantuve mi distancia,apestaba verdaderamente. Pero como siempre mi necesidad de mantener una buena imagen contigo no tiene nada de importancia te encantan mis defectos, te acercas y me rodeas el brazo para limpiarme el sudor de la cara con la mano, me obligas a usar el pañuelo que amarre a mi muñeca para cumplir esa tarea.

-Vamos a caminar... -dices con voz suave para que nadie más escuche Sé que no podemos caminar ahí, estuvimos evitando eso con los caballos todo el día.

-¿A dónde?

-Conozco un lugar.

-Claro, déjame decirle a tu padre...

Lo aprueba sin más, ya fue suficiente avance con una sola tarea, todavía hay mucho que hacer y lo puede hacer sin mí, aunque tenga que exigir del hijo.

-Móntate, yo te sigo.

-No...

-¿Por qué no?

- No...

-Por favor, igual yo iré caminando.

-Bueno, entonces los dos.

Miro al caballo, compruebo que es lo suficientemente fuerte para llenarnos a los dos sin problemas, vos en la silla yo atrás, de todas maneras el animal conoce el camino a casa, musculoso y pinto sin problema alguno llegaremos.

-Bien... vamos.

Tu padre nos mira alejarnos, no podemos perder oportunidad alguna para hacer escenas dignas del romanticismo de una película.

Tomo una ducha extra, en este lugar podría tomar hasta 4 baños en un día, debo admitir que no me molestaría para nada pasar aquí una temporada larga, pero no me quiero sentir demasiado cómodo, puede que caiga en el error de actuar imprudentemente. Aunque me lo dijiste antes, quizá mientras iba gritando a las

parejas en San Valentín que alquilaran un cuarto desde la ventana de tu auto, en aquella ocasión que fuimos a tertuliar con mi guitarra y a fundirnos en un abrazo para besarnos por primera vez aunque tenías pareja, y que dijiste que no le querías ver y propusiste que nos viéramos en el día que solo las parejas se ven y los solitarios mandan mensajes de amistad a conocidos. Me dijiste que nunca fuera algo distinto a lo que soy, solo por estar en tu compañía. Y lo entiendo odiarías descubrir que soy una persona distinta a la que conociste por cierto tiempo.

Estoy listo, y te busco por la casa para encontrarme con Guillermo que corre desde tu lado a mi frente casi al punto de chocar contra mí.

- Yo quiero ir con mi hermana pero ella dice que debo preguntarte a ti Este niño es dulce y noble, eres cruel ¿Cómo puedes, siquiera, contemplar la idea de que depende de algo si él puede ir?, ¿Cómo pensar en decirle que no al niño que te quiere de esta manera?

Mientras le despeino el cabello más rubio que el de su hermano mayor, sonrío –La única condición es que debes llevar a los perros- le digo mientras notaba que ya tenía la correa en las manos.

No se molesta en siquiera decir nada más, va a por los perros, me acerco a ti y te beso, siento que ha pasado una eternidad sin besarte, ¿Acaso soy adicto a ti? Vamos caminando por el lastre del camino, siempre ascendiendo, podremos llegar a un lago para el atardecer, un atardecer que me dedicas, que has esperado mostrarme desde muy al principio, desde las paredes blancas que llenan de hastío del hospital. Durante el camino, cuido de no caerme las piedras del camino están casi sueltas y ceden al ser pisadas, los perros se exasperan jalando la correo y olfateando absolutamente todo, marcando un territorio que no es de ellos con demasiada insistencia, tu hermano lleva al más pequeño de los dos, pero que es el más impetuoso, quizá por la misma edad, y vos llevas al más grande que aunque hala y estira tu brazo pronto vuelve a tu lado, es como si todas las criaturas nobles quisieran estar contigo y bueno... también yo.

Una vez a media noche, de la nada, me llamaste llorando, apenas nos conocíamos, pero querías escucharme, o quizá solo escuchar a alguien, no sé porque no a tu novio de ese momento, pero parece que siempre fui un buen sustituto, lo cual no reclamé en aquel entonces ni lo hago ahora.

-¿Por qué lloras?

- Estaba acostada en mi cama, con los perros a mi lado y se me quedaron

viendo como si fuera un ser maravilloso... y no lo soy... no lo soy.

- Pero lo eres, y el hecho de que lo cuestionas es la misma evidencia, quizá solo no lo sepas, pero eres tan benditamente maravillosa.

-¿Cómo es posible? Me ven como si, no lo sé, con una ternura increíble.

-En definitiva te quieren un mundo, o eres el mundo para ellos y te deben extrañar cada semana.

-Disculpa que recurra a vos de esta manera, no debo tomarme ese derecho.

-Ni pienses en ello, siempre que pueda ayudar lo haré con gusto, solo tengo una pregunta.

-Dime.

-¿Qué harás cuando te miré de la manera en que quiero mirarte?

En ello voy pensando cuando me interrumpes con el rodear de mis costillas:

-Ya pronto llegamos- dices con la voz entrecortada del cansancio

-¿Quieres que llegue al perro?

-No- mientras mueves con insistencia la cabeza y te despeinas y el rubio de tu cabello brilla con el sol anaranjado, parece que vos también les extrañas desmedidamente.

Llegamos a la orilla de un lago que cubre una vieja ciudadela, todavía se puede apreciar la cruz de la iglesia en el campanario siendo sin duda la edificación más alta de todas las ruinas, es un lago artificial que se construyó con fines energéticos, para complementar una represa. Hay personas al derredor de la orilla, con bicicletas, otros perros y cámaras para intentar grabar como el sol se oculta con un manto de plumas de colores vivos (según cuenta mi abuelo). Y ahí me pierdes porque me haces recordar la maravilla mitología de los pueblos que dominaron las tierras antes de la venida de españoles, portugueses y hasta como tu familia, italianos. Y ya no tengo ojos para nada más, ni Guillermo que corre por la orilla sin calzado con los perros sueltos, ni para las demás personas que ríen cerca nuestro y solo con la seguridad de que estas a mi lado me basta para mirar en paz el atardecer. Un sol definido, sus rayos ya son netamente anaranjados y rosas en su parte más alta, mientras la mitad del cielo ya es oscura, se desdibuja en el agua del lago que no cesa en su ondear, como un mar en miniatura. Hay algo que debo ver antes de que el sol se oculte por completo y es a ti bajo esa luz naranja. Te miro y estas tan ensimismada como lo estaba yo hace un segundo por el rito del sol por ir a dormir, pero notas que te miro y me vuelves a ver sin buscar

nada, solo por la inercia de mirarnos a los ojos.

- No... no me mires a mí con esta luz, mira al sol y déjame contemplarte. Sonreíste tan ampliamente con mi petición y me dejaste libre para ver cada detalle de tu piel, cada surco y cada poro, y ahora como despidiendo al sol con su luz roja que asemeja una primavera de un país lejano, te beso a ti en la mejilla y él se oculta ya casi dormido. Y nunca pensé que sería posible despedir al sol para que tenga un buen sueño y menos darle un beso de buenas noches, pero a través de ti, que se dan todas las maravillas de la natura, besarte a ti es como besar todo lo que es bello.

Vos me das un beso muy breve en el cuello y notas como se erizan los vellos de mi brazo, te beso como un impulso, sostengo tu mentón y vos me despeinas, sos tan apasionada como la vida misma y podríamos hacer el amor ahí mismo. Me detengo para ver tus ojos, con esta luz de primavera roja lucen inverosímiles, toda tú eres idílica.

Ahora solo unos minutos más acostado en el césped contigo en mi brazo derecho, unos minutos más para esperar por las estrellas, unas tímidas van saliendo, pero pronto será un mar repleto de luces.

Te cansas de mi constante romanticismo, pero siempre lo compensamos con el humor tan raro, tanto que nadie más lo comprende, hemos pasado por tantas cosas, desde aquellos primeros días en el hospital hasta este punto, para ir a parar ¿adonde? ¿Quién lo sabe? Y ¿A quién le importa?

Así que fastidiada de mi admiración que te genera tanto conflicto porque te niegas a creerme que eres tan maravillosa, que asombros; te levantas y sin decirme nada emprendes el camino de vuelta, el camino surcado y trazado por otros amantes, de vuelta a casa.

Ahí va un mal chiste de mi parte, lo ignoras, porque piensas en una respuesta mordaz pero te limitas a sacudir el pantalón lleno de hierba verde, y ahí me pierdes por unos segundos, deberías agradecerle a tu madre por heredarte tremendas caderas, que hacen juego con las piernas exquisitas y cada curva de ti. Por unos segundos viajo a los primeros días en que hablamos en persona, cuando yo desconocía que otro hombre rodeaba tus caderas y te besaba y me atreví a sentarme muy cerca de ti, justo al lado y rozar tus piernas que duplicaban las mías para aquel entonces en que mi cuerpo apenas se recuperaba del letargo y darte un cumplido sobre ellas, ahora sabes que no soy lo suficientemente maduro para anteponer una necesidad primitiva, si quiera un impulso y por eso lo hice, por seguir una parte de mí que decía: “acércate

lo más que puedas pues la vida solo es una, di algo de sus piernas, toca su rodilla pues la oportunidad es este instante” y recuerdo tu expresión perdida, quizá fui muy lejos, solo tiempo después descubrí que la expresión escondía verdadera admiración y recelo de que otro hombre, que no era él, pudiese tocarte.

Me saca de esas cavilaciones, el resbalón que me obliga a poner mi mano derecha en la hierba para evitar caer por completo, te vuelves para bromearme acerca de no beber a escondidas y seguimos el camino, pero algo queda en mí en ese momento, una duda clara. ¿Cuál era el nombre de ese tipo?...

9

Aun cuando las semanas pasaban no podía adivinar nunca que pasaba por tu maravillosa mente, que tanto me advertiste no debía explorar pero yo soy muy necio y decidido a perderme en ti me intrigaba por tus pensamientos. Las

personas solían burlarse de tu sonrisa constante mientras tus ojos buscaban algo que nunca parecía estar ahí. Como una niña que busca su muñeca favorita, o al gato de la casa sin poder encontrarla nunca, sin ningún tipo de angustia por ello. Por mi parte asentí con la cabeza siendo condescendiente con esos comentarios, porque para mí, esa sonrisa constante era el incentivo más vehemente para besarte.

¿Qué buscabas? ¿Qué te causaba tanta gracia?

Nunca lo supe, no sabía de la culpa, del dolor, del conflicto que cargabas, nunca lo mencionaste. Tenías esta costumbre de mostrarme solo tu lado sano, que no necesitaba ayuda, que era generosa y feliz, que me rogaba no cambiara nunca y que esto iba a ser suficiente.

Al menos tenías las conversaciones, para especular que pasaba por mi mente, mis palabras escritas y habladas, mis raras líneas, justo antes de que todo se terminará de tan manera abrupta... tan solo unos días antes:

- He tenido miedo estos dos últimos 2 días, miedo de perder quien soy, está bien, vienes tú y pones mi mundo de cabeza, lo entiendo ¿Cómo podría ser de otra manera si eres tú? Incluso me gusta. Pero me veo en la penosa necesidad de hablar porque de no hacerlo, puede que explote ¿Qué es lo que me oprime el pecho?

- ¿Qué pasa?- el tono dulce nunca abandona tu voz y el inclinar hacia el lado derecho de tu cabeza, empático con un dejo de lastima, de preocupación.

Era un café ameno, un lugar donde las personas pasaban y nos miraban como quien encuentra un espécimen en peligro de extinción, dos enamorados. De esos que aunque escasos, existen, hablan calladamente, y se interrumpen entre risas y miradas, de esos que generan cierta extrañeza hasta que se es víctima de ese ímpetu que es querer a alguien con el alma. Ajenos completamente a los pasos de otros, a sus miradas furtivas, a su burla benévola, podíamos hablar con libertad, sin que se escape una palabra.

- Tengo miedo Marce, yo que me jactaba de no temerle a nada, por primera vez en muchos años siento dudas, yo que nunca contemple consecuencia alguna para accionar, me siento tan vivo de nuevo, pensaba estar completo, y más que todo esto, me reclamo a mí mismo que no tengo ninguna certeza de ¿A qué le tengo miedo? Me pregunto: ¿A qué exactamente? Podrían ser sin fin de respuestas ya te lo he dicho, lo único que sé con seguridad es que te quiero a vos en mi vida. Aunque tengo miedo de enamorarme de ti, no porque seas mala influencia, como tanto temes, todo lo contrario, juntos somos muy alegres, nos

sentimos bien, ¿Cómo podría ser eso malo? Pero me da recelo porque quizá tu corazón está dividido, no por mí y otro hombre sino por la alegría y la culpa. – parece que di justo en el blanco, tu mirada cambio por un micro segundo y me hace dudar de si debo continuar, porque me prometí nunca ser una razón de tristeza o dolor para ti.

-No me arrepiento de nada, ni de los suspiros, ni de los besos, de las palabras, de nada pero tengo miedo, si desde ya esto nos provoca sufrimiento ¿Cómo será si llego a amarte?

- ¿Sufres? Me preguntas con una intriga evidente, es seguro que no me quieres hacer daño, aun si esto significa que vos sufras por los dos.

-Temo por quien soy, porque me entregaría a ti y me sería muy difícil definir donde empieza mi cariño por ti y mi identidad. Hasta tengo miedo de si te dejo saber estas palabras, te alejes como varias veces lo has propuesto. Nunca había tenido miedo en mi vida... Y aquí estoy... aterrado.

Ya he avanzado demasiado, pero no hay vuelta atrás, después de hablar trivialidades por horas el tema se torna delicado y serio y vos adoptas un lenguaje corporal de rendimiento, como quien quiere recibir los disparos sin resistencia.

-Varias ocasiones has cambiado el paradigma de nuestra relación, en ocasiones me alegra porque de seguir en medio de besos y pasiones, es más probable perderte, aunque... sinceramente una parte de mí, la que si desea enamorarse de ti perdidamente y desea con mayor intensidad construir algo duradero y saludable, piensa que por alguna razón vos y yo nos veremos mucho en el camino de la vida. A esa parte de mi le sería muy dolorosa tu lejanía aun estando en el mismo mundo, en el mismo cuarto, compartiendo el mismo aire.

- Y sabes bien que no quiero perderte-continué- pero aquí viene la dualidad que se pregunta “¿Por qué temes perderle? ¡Eso no es saludable! Se supone que debes ser estable para poder relacionarte con los demás” Y no tengo respuesta, porque es la primera vez que me pasa. Y sé que puedo sobrevivir a lo que sea, incluso tu letargo hacia mí, es tan solo que no quiero, no quiero tener que sobrevivir a ello.

- Aja... - dices como para dejarme saber que estás ahí, pero yo siento que te alejo, ¿A dónde quiero llegar con esto?

- El miedo es la antítesis de la vida, paradójicamente, el miedo a la vida sin ti es lo que te puede alejar. Pero aquí estoy, descargando mi sinceridad en

palabras porque es el mejor intento que puedo hacer para ser valiente, para no perderte. –Creo que lo vas entendiendo porque me miras con cariño una vez más, tienes la certeza, estoy hecho un caos por ti.

-Y ese ser invencible que soy contigo, titubea: “¿Y si al escuchar todo esto huye para salvarse?” Por primera vez lamento ser una vorágine.

- Nunca te disculpes por eso. –me tomas la mano, con la tuya, que hace un rato escondías. Y yo podría besarte en ese momento pero aún no he terminado, falta descargar tantas cosas.

- Hay algo que me carcome minutos del día, me encuentro con la mirada en el vacío y pensando, intentando con ímpetu comprender, si quiera adivinar que pasa por tu cabeza. El consuelo y el tormento es lo imposible de encontrar respuesta. Me gusta pensar que no soy un conflicto en ella, en ti. Pero me temo que muy probablemente mi necesidad, mi afán de verte, mis ganas de besarte son una incomodidad para ti, agradables en cierta medida pero incomodidades al fin.

En una canción te dije que me hubiese gustado ser viejo y muy sabio y poder decir todo con claridad, con calma, no de esta manera.

Sonríes con el recuerdo de la canción, te encanta escuchar mi guitarra, un poco menos mi voz pero te gustan mis canciones, no dices nada, quieres que continúe y yo quiero continuar.

-A veces siento que he perdido algo, sin saber que o como buscar, lo hago en mi habitación, en las canciones, en los viajes y curiosamente cuando estoy contigo no hay ansias, no hay dolor, ni frío, es ese encantamiento romántico que tanto buscan algunos y ahora que “ello” me encontró me siento tonto por temer. Pero no me puedes culpar, debo cuidar de mí, para poder darte la mejor de mis versiones y sin duda si me dejo llevar por este sentimiento, ahora mismo saldré herido. Porque quizá de otro son los derechos que yo tanto anhelo. Creo que una vez dije que mi miedo a enamorarme de tu residía en la probabilidad de alejarte, pero hablando creo que me doy cuenta que quizá es recelo por mi integridad. Quiero enamorarme de ti, mas no quiero pagar un precio demasiado alto, un peaje usurero. Debemos congeniar en muchas cosas más que lo físico y la pasión. Las metas, la convivencia, valores y principios, por ahora todo pinta bien pero es algo que debemos descubrir lentamente. Y yo como eterno enamorado no podré controlar mis ganas de comerte a besos,

mis palabras que se esmeran en describir el mar de emociones y sensaciones. Porque, como sabes, no soy el ser más estable del mundo y para mí eso está bien, me hace quien soy y debo decir que todo se calma contigo pero basta un desliz y una crisis se desata que al final se arregla con un beso... en ocasiones ese beso tarda en llegar.

La alegría siempre fue mi marca personal “Que nunca pierda la alegría, porque sin ella nada soy” Es una frase que tengo en la pared de mi habitación, la tuve también en el hospital y me ayudó a sobrellevar aquel ambiente y los dolores intensos de cabeza de un mejor humor. Así que cuando las enfermeras, mis hermanos y la psiquiatra notaban en mí, molestia, tristeza, lo notaban con facilidad y no se preocupan, porque sabían que volvería a mi humor alegre... vos te preocupas, mucho en realidad... Y no tiendo a sufrir, me gusta animarme a ser feliz. Aunque aún lo estoy descifrando, creo que algo tiene que ver con ser tu naranja con sabor a manzana verde, puede ser que me equivoque... me gusta equivocarme contigo, siempre me sorprendes maravillosamente.

Siempre te dije que te apoyaría, que contarás conmigo, hay ocasiones en las que soy un desastre y puede que necesite de vos, más que nada de tu sonrisa, de tu voz, cuando me escuchas y me aconsejas, cuando me enseñas a ser mejor alumno, porque contigo aprendo el arte de querer con intensidad, de vivir con el cariño a flor de piel, no hay carácter frío que se rehúse a sucumbir a tus mimos.

-Escuchabas con paciencia, sin preparar una respuesta, es la primera vez que hablo tanto, debí saber cuándo detenerme pero continué hablando.-

-No te mentiré, a veces siento dolor, pero es en tu ausencia, porque no me duele nada cuando estas, no siento que seamos una mentira, no parece o se siente como algo nocivo, algo malo o incorrecto. Hay electricidad en el aire cuando nos permitimos ser... estar juntos.-Dije como tratando de arreglar todo el reclamo, como para animarte a estar conmigo, convencerte de ello-

Contrario a lo que quiero decir con esto, de igual manera me disculpo, perdóname si te complico, si te confundo, me gustaría que fuese claro y simple, y podría serlo, como un beso o un abrazo, donde todo se siente correcto, como los nuestros.- no te moviste un centímetro-

-Algo con lo que debo aprender a lidiar, debo entender, es esta lucha que debes estar afrontando, no es justo y temo hacerte daño, no quiero lastimarte de ninguna manera, como no quiero salir herido ¿Es eso lo complicado? Nos gustamos, nos importamos, queremos estar juntos y no lo logramos con calma

en la consciencia, con paz en el corazón, sin celos por el bienestar del otro. Es digno de sentirme tonto, yo no quisiera privarme de este sentimiento hermoso, pero parece que depende de ti netamente. No quiero... ni puedo... pedirte nada ¿Bajo qué amparo? Solo tengo la leve idea de lo que me dices y la duda de lo que callas.

Aún si yo no fuese un tercero y las circunstancias fueran más favorables, quisimos ir con calma, como si nos importará cuidarnos mutuamente. Solo puedo ser yo mismo, lo que sea que eso implique, como mejor intento por el bien común de una relación de dos.

¿Sabes que duele más que la lejanía? Saber que otro era quien te rodea, te abraza, te besa y todo lo demás que sigue. ¿Sabes que duele aún más que eso? Preguntarme si te gustaba, si quieres luchar por lo que dejaste incompleto, duele no saber si él te hace bien o mal, si correspondes sus besos y si acaso cruzo tu mente en tu soledad.

Ahora vas a... recapitular las últimas líneas y pensar: “¿Debo alejarme! ¿No quiero hacerle daño!” Lo sé, te conozco lo suficiente. Y me odiaré si te empujo lejos, debes saber que prefiero estar contigo como amigo que perderte... seguramente ya lo sabes. Debes ser mi mala costumbre de hablar, esto suponía era solo una pequeña conversación, ahora mira, una letanía. Pero debes admitir que contigo puedo callar y no es un silencio incómodo, sino un silencio de concordia, para confirmar que eres tan hermosa como el primer día, que tus ojos me atrapan con gran facilidad y me leen cabalmente; Entonces cabe la duda ¿Podré besarte? Me pregunto si será como la vez anterior, la misma sensación, el mismo sabor y entonces digo un mal chiste, como quien quiere romper tensión, pero es un arma de doble filo porque ríes divertida y me pierdo en tu boca y no me cabe duda, debo besarte y solo necesito una señal y no sé qué piensas.

Al final, besarte es como describir la emoción más fuerte, la adrenalina cubierta por un sentimiento cálido y noble... como debe ser un beso.

No me besas solo a mí, sino a todo lo que puedo ser, besas mis heridas, besas mi sonrisa, besas a una naranja con sabor a manzana verde.

Besas hasta mis nudillos rotos de golpear cosas inertes que dañan más de lo que sufren y al hacerlo siento un cariño tan nuevo, ajeno a mi experiencia hasta ahora. Como si pudieras hablar con el niño que alguna vez fui y le dieras el beso que tanto necesitó, que tanto anheló.

-Bebo del café que ya está un poco frío, te lo menciono y te ríes brevemente y

yo sonrió idiotizado, me encanta como ríes por todo, hasta por los más pequeños y absurdos detalles.-

En este punto, podría yo volverme más loco, prometerte el cielo, prometer eternidad, mientras suena una canción de fondo despacio y dolorosa: “Si tú eres mi pecado, quiero escapar contigo hasta el infierno” y me veo tentado, pero... vos lo dijiste “no de esta manera”, “no debemos dar paso a algo enfermizo”

- El amor incondicional es peligroso para nosotros dos... - dijiste

- Quiero decirte, quiero prometer, trabajar para estar bien, darte mi apoyo en la medida que me sea posible, regañarte porque no te tomas los medicamentos, porque no consultas al médico por la tos, prometo hacerte reír, serte sincero, puedo prometer lo humanamente posible, algo real para protegernos a ambos. Si llega la oportunidad y podemos entregarnos a la locura del romance, lo haremos, juntos y seguros. –Suspiras, y no sé qué quieres decir con ello- Es la primera vez que me pongo límites ante un enamoramiento, paradójicamente con la mujer que más fuerte me ha impactado, pero me gusta pensar que presento algo pragmático porque me importa demasiado, quiero funcionar, es la primera vez, solo necesito que funcione una vez.

- Siempre tan técnico, metódico, como un médico para todo- ese es todo tu reclamo.

Por lo general cuando hablo, pienso antes de abrir la boca para cerciorarme que tiene sentido, pero hasta ahora no lo he hecho, no aquí... Esta lengua falla en ocasiones, la voz oscila entre lo apenas audible y el enfatizar, pero nada de ello me importa, ni repetir palabras, ni la poca luz de la habitación y es porque me enseñaste que lo imperfecto aguarda con su belleza, ¿Qué importa la estética? Importa sentir, no hay normas que valgan, si puedo hablar y expresarme contigo.

- Y quiero que sepas que disfruto el conflicto que es querer estar contigo, placer y recelo, puedes ver que me inspira, me hace sentir vivo, me obliga a descubrirme a mí mismo, curioso y ansioso, siempre feliz de que llegases a mi vida. – Y esas palabras te gustaron, siempre te sentiste atraída a mi interior a la introspección y me enseñas tus dientes perfectos y me tengo que interrumpir por un minuto...

Y llegando al punto donde el desahogo da paso a la razón (después de tantas líneas) y me pongo a pensar: “¿Serán evidentes los cambios anímicos entre

líneas? En ocasiones quiero parecer lógico, paso por el ruego vehemente y después una relativa tranquilidad ¿puedes ver eso? Porque así es como me siento.”

Y descubro que no sé qué quiero obtener de esta conversación. Quizá solo debía dejarlo salir.

Como vos puedes ser tan Marcela conmigo como con nadie más, y yo puedo ser tan Jo... a ver ¿Cuánto soportas?

Por ultimo con un tono más suave, a modo de consejo, a modo de favor te pido considerar todo lo que somos, todo lo que podemos ser.

Nos podemos dar mucha alegría, debemos cuidar no sufrir, nos importa tanto el uno y el otro que somos delicados y sensibles cuando se trata de lo que hacemos y dejamos de hacer. No te pido que huyas conmigo solo te pido avanzar, trabajar, al menos hacer nuestro mejor esfuerzo.

- Perdona que no pueda ser claro en mis palabras pero si alguna vez dudas, solo observa cómo te miro, observa como sonrío por ti y quedará claro... aún si yo no lo sé. Si no sé qué decir o sentir, solo mírame a los ojos y vos lo sabrás por mí.

Si tan solo hubiese sabido que sería de las últimas tardes que compartiríamos hubiera... no, en realidad no, yo no cambiaría nada, nada.

Al fin el día ha llegado, el día en el cual me siento liberado cual presidiario, tendré de alta. Podré salir permanentemente del hospital para volver solo por chequeos regulares. Fue repentina esta buena noticia.

-Ya no encuentro porque deberías quedarte aquí, pareces estar bien- dijo el médico indiferente sin darse cuenta que me daba una de las noticias que recordaría por el resto de mi vida. ¡Soy libre!

Fue tan espontanea la decisión que me hace creer todo era una figuración de parte de los especialistas, quizá no estaba yo tan crítico como me lo hacían creer. Para cuando era seguro que podría irme pedí a mi hermano que me llevara ropa digna de celebrar, la camisa vino más sedosa que estuviera en mi armario, la corbata del mismo color con un estampado conversador y elegante, el pantalón más oscuro y bien conservado que pudiera encontrar, mis zapatos bien lustrados por mí mismo, y los accesorios como la faja y el reloj. Al colocar el reloj en mi muñeca noté que era necesario ajustarlo más de lo acostumbrado, un agujero más estrecho algo alejado del más usado, entonces noté que toda la ropa en si misma me quedaba algo grande, aunque ya podía caminar sin problemas, aún quedaba la evidencia de que no era el mismo de antes, demasiado delgado para lucir bien, demasiado pálido para asemejar la piel que me heredó mi abuelo, frente al espejo y con decepción miraba esos detalles, pero no pasaban de ser nada más que pequeñeces, cosas sin importancia, hoy nada podía arruinar las buenas nuevas. No más camilla, no más paredes blancas, noches oscuras y frías, el toser y el llorar de mis compañeros, todo ello y más se acabó y aunque dejando un poco de melancolía en mi corazón rampante, mi sonrisa se asomaba involuntariamente exagerada.

Al salir fue como encontrarme en una obra de teatro completamente nueva y ajena antes para mí, la primera sensación fue de un calor excesivo, aún con ello decidí dejar la corbata en la misma medida ajustada, quería permanecer lo más pulcro posible para mi nueva introducción al mundo exterior, seguido por un ruido de autos lejanos, y el pasar de la gente, me acompañaba mi hermano como cuidando que no cayese de pronto en la acera, desplomado. No podía parar de mirar cada detalle, cual niño que liberan de un aprensivo castigo, miraba el césped de un color verde claro, casi seco, el cielo que parecía más azul que antes, el viento me golpeaba la cara y hacía arder mis ojos, era refrescante como despeinaba levemente el frete de mi corto cabello, coloque los lentes en su lugar para mitigar el escozor que provocaban las

ráfagas de aire, y para mi mayor sorpresa todo tomaba una textura más clara y viva.

Mi hermano que caminaba unos pasos atrás se aburría con mi admiración, pero al voltearme hacia él, con los ojos húmedos, clavo su mirada calma en mi expresión, era yo realmente dichoso en ese momento, vi mis manos algo huesudas pero ya firmes y sin temblor, cerré los puños con fuerza y aun así no temblaban, era como si la luz del sol me diera las fuerzas que tanto huían de mí en las paredes del edificio que dejaba atrás.

Por un momento en el último vistazo que daba al Hospital que me cuidó por tanto tiempo, mientras caminaba de espaldas sin cuidado alguno, recordé a Tony, a Fernando, incluso a Marcela, los médicos que miraban mi expediente como quien lee un diario, la Psiquiatra que con sus observaciones me hacía sentir como un chiquillo desdeñado, en ese lugar conocí personas buenas e interesantes, dejarlas atrás parecía algo deleznable. Me prometí volver, volver a visitar, volver a acompañar, a trabajar, sería este quizá el lugar donde ejercería yo toda mi carrera, pero solo el tiempo lo diría, mientras tanto me ocupaba de saborear la dicha de ser libre.

- Tardé en llegar- Se escuchó la voz clara de Marcela, con un vestido blanco y negro que no era tan corto como mis ímpetus hubiesen deseado, pero era tan acorde a ella y lucía tan bella.

- Hola... - fue todo lo que pude decir, solía tomarme por sorpresa – No es tarde, es justo a tiempo.

- Escuché que hoy sería tu último día aquí.

-Si... es una suerte ¿no crees?

- Si- dijo no muy convencida y continuo de manera tan dulce que me sorprendió aún más y a mi hermano que dio unos pasos atrás- Pero nos volveremos a ver ¿cierto?

Sonreí, ahí estaba la escena que nunca nos podía faltar, fue la primera vez que me acerqué a ella con cierta intensidad, una mano por inercia fue a su hombro izquierdo mientras la otra rozaba su brazo, no sé qué pensó ella en ese momento pero con la mirada clavada en mi corbata se sonrojó, y pensé en lo fácil que siempre fue subir el rubor a su rostro.

- Hey... siempre...

Dije en voz baja, mientras pensaba “Siempre, siempre te veré, siempre te querré ver, cuando llegas tarde, cuando no estas, cuando no te quieres ir, cuando solo tu recuerdo me acompañe, siempre”. El tiempo me enseñaría que

ella siempre llegaría a mí, incluso cuando la distancia forzada era mi acompañante vespertino, su recuerdo, aunque tardaría en llegar, lo haría siempre infalible y certero, al despertar, al dormir, en sueños, en todo.

11

Era refrescante salir a la calle, en las mañanas soleadas o las tardes lluviosas tan características de la época de lluvias, aunque todos aún me miran como si estuviera enfermo, en mi siento las ganas de vivir que siempre me caracterizaron. Los estudios universitarios no comenzarían de nuevo hasta dentro de unas semanas, lo cual me daba la oportunidad de retomar mis pasatiempos primero, mi vida poco a poco, enfocarme en recuperar mi fuerza, o al menos el peso adecuado, siempre debía volver a la terapia psicológica y a los chequeos físicos periódicos.

La primera semana, como en muchas ocasiones añoré en la cama del hospital, fui con la única compañía de un libro al parque céntrico de la ciudad, como solía hacerlo como adolescente, por el afán de sentir el calor suave de un sol

de atardecer, ver pasar a las parejas y correr a los adultos mayores, ver salir la misa, los payasos que insisten en vender jabón para burbujas a los padres de los niños que se distraen en perseguir palomas, cada tarde lo hacía, sin ningún sentido de culpa en el ocio, sentir que perdí mucho tiempo por algunos meses en lugar de apresurarme en mis quehaceres, me recordó que solo puedo vivir un minuto a la vez y que eso es suficiente, solo un minuto a la vez me es bastante.

Seguí escribiendo, encontraba viejas paginas entre los libros de mi biblioteca en casa, escritos carentes de calidad, a veces hasta de sentido, pero míos al fin y ella dijo que se podía llegar a enamorar de mis escritos, quizá eso explicaba porque escribía mi mano con tanto afán. Retomando, caminatas para dar paso a carreras largas, retomando la guitarra y el piano para dar paso a canciones que hablan de ella, retomando mis apuntes de medicina para dar paso a la vocación de la que nunca me pude eximir, fui encontrando poco a poco entre siestas y actividades mis recuerdos, poco a poco, al despertar cabían cada vez menos dudas, tenía la seguridad de saber quién soy y la angustia y felicidad que esto conlleva. Me encontraba a mí mismo hablando de sucesos pasados sin darme cuenta que era la primera vez que los recordaba después del golpe. - El volver a su viejo ambiente y viejos hábitos le será más fácil recuperar sus memorias- advirtió la psicóloga.

En medio de todos los días felices que huyeron de mí por tanto tiempo, estaba ella, con su sonrisa tan propia de sí misma. Tenía en mí el efecto, más que deseado, mi humor no decaía nunca, activo y distraído al mismo tiempo, noble, amable, un mejor hombre. Ella solía decir: “No soy más que una estudiante”, nunca fui mejor estudiante como lo fui a su lado.

Empezó a nacer, implícita y oculta, una historia perenne de amor entre nosotros que no éramos más que amigos... al menos al principio, convenientemente compartíamos las tardes libres y en ocasiones todo un día. Debo decir que conforme nos conocíamos me procuraba una extraña sensación pero altamente adictiva, como si cada día fuera más evidente una locura, quizá un dolor, una manera de ser totalmente nueva que no había descubierto en nadie más antes, y en la misma medida unas ganas inexorables de verle, de estar cerca de ella, me sentía mucho más joven y tonto pero me encantaba ese conflicto.

El tipo alto que le acompañaba a la entrada del hospital, era su noviazgo de meses atrás, pero de él, pensamiento alguno nunca me cruzó la mente en esas

tardes tan amenas, en las cuales para ser justo me olvidaba de absolutamente todo, no cabía rutina ni responsabilidades demasiado importantes o grandes para hacerme huir de ese estado de encantamiento.

Una de esas tardes, fue cuando sin duda alguna la epifanía llevo, “Me estoy enamorando de ella y se me está volviendo inevitable.... Pero ¿por qué? Siempre fui tan racional y ahora ella me atrapa, sin ni siquiera tratar, quizás sin afán de ello”

Afeitándome frente al espejo, en una mañana que planeamos comer algo juntos para tertuliar como tanto le gustaba a ella, me encontré convenciéndome: “Esto no es una cita... esto no es una cita... esto no es una cita” lo repetía cual mantra, mientras cepillaba mi negro cabello.

“Esto no es una cita...”

-Entonces deja ya de verte en el espejo-gritó mi hermana menor entre risas por mi ridiculez.

Nos encontramos en el centro comercial, que se convertiría en un lugar simbólico, no podría caminar esos mismos pasillos y las mismas tiendas sin recordarle vivamente, ella llegó tan solo un poco tarde de la hora acordada, lo suficiente para encontrar a una vieja conocida que después del obligatorio cuestionario de mi recuperación preguntó:

-¿Qué haces aquí? Esperando a una chica...- insinuó con malicia

- No... es una amiga y esto... esto no es una cita- pero una vez más lo decía como convenciéndome a mí mismo más que para informar a otro.

Al encontrarnos y verle tan naturalmente linda, seguía reteniéndome, no podía verle a los ojos por mucho tiempo o caería en un sortilegio poderoso del cual no opondría resistencia.

Caminando sin rumbo entramos en una librería llena de muchas otras bagatelas fuera de los valiosos libros, hablamos de lo leído de lo que quisimos leer, en mis malos trazos de intentos fallidos de escritor, acomodaba los estantes de los libros, por tamaño, por color, por tema, con esa pequeña obsesión perfeccionista.

En esa librería pendientes no hacer demasiado ruido fue fácil no perder el control, lo fue por casi la totalidad del día, en medio de unos estantes altos le escuche susurrar:

“Su colonia...”

Creo que esa fue la primera vez que se encontró a sí misma en un conflicto, en

dicotomía, parece que la atracción que pudo sentir levemente se manifestó incompleta por un momento.

Quise hacer caso omiso de esa sospecha, no sentía propio el derecho de acercarme a ella con intenciones conquistadoras, solo nos conocimos por casualidad y nos llevábamos bien, debía estar tan cansada de tipos que quisieran estar con ella, tan cansada de pretendientes, tan cansada de sentir sin sentir nada realmente. Además estaba su pareja y eso... pues bien...

Fuimos a buscar un lugar donde almorzar, ella tenía un apetito cultivado desde horas tempranas, yo por mi parte la costumbre de comer sin medida con el objetivo de recuperar el peso y olvidar la comida del hospital pero retrasamos ordenar, hablando (y olvidando su apetito insensiblemente de mi parte) le escuchaba reírse, carcajadas no paraban de salir de su linda boca, una mujer con su hijo en una silla nos miraba sonriente, y pensé: “No señora, no es lo que usted cree... esto no es una cita”, hubo quienes nos miraban curiosos por un breve espacio, “son solo unos enamoramos”, pero aún no, no en ese momento, convencido de que era una amistad sin posibilidades para más, hablamos de otras cosas, nuestro respectivo incidente que nos llevó al hospital, la familia, como pensando que seríamos amigos por muchos años nos explicábamos como no llamar a la madre de cada uno, quienes eran los hermanos y de donde veníamos, era la primera vez que hondábamos tanto uno en el otro, pero lo más importante siempre fue sentirle reír, verle tan feliz, tan natural, tan ella.

Por lo general las ganas de ofrecer una imagen idílica a la persona que nos atrae conlleva mostrar solo lo mejor de nosotros mismos, lo que ella llamaba: “Hipocresía de novios” pero nunca tuvimos ese problema, nunca fuimos nada más que lo que éramos realmente, quizá por ello era tan hechizante toda la experiencia, desde un principio sentir que puedes mostrarte completa e íntegramente como eres, quizá a ello debía mi infinito deseo de verle.

Para cuando el sol ya se cobijaba con un manto de colores pastel y nos sentamos en una banca exterior (también simbólica) algo cansados de vagar pero cada minuto más satisfechos de vernos, debí recostarme completamente para contener las ganas de rodearle con mi brazo y ella extrañada tratando de entender mi lenguaje corporal, recostado repasaba la jornada y más las canciones que me hizo escuchar donde ella cantaba tan inauditamente bien, esos versos que salían con tanto sentimiento me hacían querer robarle, tomarle y besarle en demasía, pensado en ello me encontraba pensando cuando de

pronto me levante con el impulso de mis brazos.

- ¿En qué piensas? Preguntó

No le podía decir, sería romper la promesa implícita de ser amigos y nada más que ello.

Le miré, en sus redondos y claros ojos cafés, los mismos ojos sonrían, sin decir nada y para evitar un accidental placer le tomé del cuello hasta la parte baja de su rostro y con su expresión de sorpresa pendiente que se interrumpió con cada beso con su cerrar de ojos y entreabrir de labios, un beso lento en la mejilla izquierda, otro más marcado en la mejilla derecha, en su frente amplia, uno en su nariz perfecta y basta porque no puedo responder de mí , no puedo confiar en mí.

- No hagas eso- dijo sin verme a la cara

-Lo siento.

12

Con la suerte de aquellos que en medio del ocio son capaces de ocuparse pasaban las primeras semanas, no me era difícil encontrarme bien, celebraba cada día como una bendición del sol, tenía la estúpida cara de quien se

encuentra feliz sin razón aparente, pero tenía muchas razones válidas, ella era la primordial, la principal, en ocasiones la única, en la mayoría del tiempo la de mayor valía. Siempre le reclame a esa parte de mí que se rehusaba a actuar con frialdad, si quiera estoicismo al respecto, pero era más fácil o placentero sucumbir a la sensación de bienestar y altercado contra mi integridad, después de todo cabía la posibilidad de que todo lo vivido no fuera más que una mentira formulada por mí mismo, tal vez no más que una ilusión y esto tenía su inconsciente atractivo. Si ese llegó a ser el caso, no tengo aprensivas reclamaciones contra ninguna de las muchas facetas que se vio atrapada en ese encantamiento, no podía, ¿Con qué derecho? Di libre paso a ese sentimiento, fue tan apropiado cada devenir, cada suceso, cada pequeño detalle, nos elevaba con esperanzas, o al menos una duda, una posibilidad, el regalo que podía ser solo verle.

Con inusitado aplomo:

- Este día de los enamorados me quedaré en casa comeré helado y veré películas cursis que me hagan llorar- los dos sabíamos que mentía pero el cliché era una buena manera de abordar el tema- ¿Qué harás tú?

Su mirada se alteró notablemente. Continué como para aliviarle.

- Es la primera vez en muchos años que lo paso solo, será interesante ver qué pasa, es una nonada. ¿Lo pasaras con tu novio?

Aún sin decir nada, movió la cabeza como en un semicírculo, no pude adivinar si quería decir un “sí” o un “no” al fin pudo decir.

- No lo sé...

Hice una expresión algo fingida de sorpresa, sabía de alguna manera que esa afirmación no era la más apropiada, pero después de todo, en cierto modo, estaba en medio de todo y mi alegría debí disimularla

- Es la primera vez que me enamoro de la persona equivocada...

Apenas lo pude escuchar, apenas lo pudo decir, quizá no lo quería creer, o quizá solo no entendí lo que quiso decir. Cuando el día llegó, en la mañana con un dolor de cabeza leve por olvidar los lentes o quizá porque de cuando en cuando me achacaban esas molestias, ella con su actitud atrayente musitando preguntó:

- ¿Quieres hacer algo más tarde? Solo vernos y hablar...

En el día cuando las parejas van a restaurantes, no hay entradas disponibles para el cine, los cafés no tienen mesas disponibles y las tiendas de regalos y flores hacen su agosto en pleno febrero, me preguntaba si quería verle...

Siempre quería, pero...

-¡Por supuesto!... ¿Y qué hay de... tú sabes... él?

- No lo quiero ver hoy.- Con una inusual convicción

“Hoy” justamente hoy, está bien, es mejor cerrar los ojos y solo saltar, ese siempre fue mi método.

En la tarde con la guitarra en mi hombro y a su lado, caminamos por el campus de la universidad hasta encontrar donde sentarnos, debíamos representar una imagen graciosa para los transeúntes del campus, un tipo afinando la guitarra y una chica que lo mira con dulzura, cantar en el día que las serenatas están a la orden del día, pero como era la costumbre todo esto carecía de importancia, ella estaba ahí, conmigo, fuera el día que fuera, eso era lo importante.

Algunas canciones pasaron con la garganta seca no fueron lo importante de la velada, lo que cambiaba mi universo era su comportamiento de ese día, por primera vez tenía una iniciativa conquistadora, con sus manos buscando en las curvas de mi ropa, se acercó para besarme muy despacio recorriendo los bordes de mi lampiño rostro, besar mi cuello con el afán de hacerme perder el control, torturándome sugiriendo que no le besara en los labios porque no es lo correcto aunque los dos nos muriéramos de ganas, el fundirnos en un abrazo casi eterno, el sentirse tan feliz, tan absurdamente feliz, es una historia muy personal de dos, supongo que solo ella y yo podemos entender lo que fuimos, y solo nosotros sabemos con certeza cuanto nos abarco ese cariño, esa pasión, ese amor que no tuvo oportunidad de madurar.

Eventualmente nos besaríamos, pero esa historia ya está escrita, y tan mal descrita, insuficientemente detallada, hacía falta estar ahí, ser uno de nosotros.

13

Poco tiempo después, en una tarde lluviosa ella encontró un corazón anatómicamente correcto dibujado en un llavero, era un viejo llavero que compré en la facultad de medicina de mi universidad, lo adquirí porque me gustaba los colores que utilizaron para representar cada ventrículo, arterias y venas, era un corazón completamente diferente a todos los que se podrían portar en las llaves de la casa. De manera inconsciente se lo ofrecí, quería que lo tuviera, incluso ahora no sé con qué objeto, solo quería que ella tuviera algo de mí, quizá, siempre fue una costumbre ceder algo simbólico, solo era un estúpido corazón, un estúpido llavero, era una bagatela, una tontería, solo el tiempo me enseñaría que una pequeñez como esa puede herir el ego de una manera tan abrupta.

Ella intento devolverlo en una ocasión.

-Déjate...

- Está bien, y lo colocó en su collar, caía perfectamente céntrico en su esternón y me alegre mucho de ver ese corazón que era mío tan cerca del suyo.

14

Hubo una noche particular, no me atrevería a decir que fue mágica pero sin duda dejó en mí una fuerte impresión. Después de una velada en los teatros del centro de la ciudad, conciertos de guitarra de algunos artistas desconocidos interpretando en ocasiones canciones difundidas, la filarmónica nacional haciendo gala de su gran diversidad en el gusto musical, volvimos a casa, a su casa, un pequeño departamento muy pulcro y limpio, donde le esperaba un zorro rojizo verdaderamente lindo y vivaz, donde se refugiaba de toda la ciudad pero se atrapaba a sí misma, a veces se enojaba contra sí, altercaba contra sí, pero esa noche no... pues yo estaba ahí y aunque lejos de ser un tipo de mérito para acompañarle, dentro de mí era claro el ideal de ser lo suficientemente digno de ser el tipo más afortunado del mundo y ser quien puede compartir con ella las horas, una pequeña historia. Y así de una manera tacita, cada uno hacía una mejor versión del otro, sin esmeros solo por el simple hecho de vernos a los ojos.

La media noche nos alcanzó algo fatigados, con una reminiscencia de la gripe que estaba de moda, rogábamos por una ducha, y una cama pero de un humor contradictoriamente bueno.

-¿Quieres usar la ducha primero?- le pregunté y ella se acercó mucho a mi pecho, como queriendo quedar dormida de pie, me hizo preguntarme en que pensaba o qué planeaba

- Si quieres ve tu primero. –Siempre fue muy condescendiente, y chocaba con mi terquedad.

- Ve tu... no hay prisas por nada... - le pedí suavemente y era cierto, la seguridad de quien te espera al final del día, de una persona que te quiere y se importa por ti dona generosa la sensación de integridad, no hay prisas, aún si el mañana es un día ajetreado, la cama puede esperar, el sueño siempre será reconfortante y revitalizante, en el primera infancia es la madre quien cumple un papel tan desinteresado e importante, conforme crecí descubrí que enamorado y correspondido es una pareja quien sustituye esa parte de la noche y muchísimas más de la vida misma.

- Podríamos tomar la ducha juntos... pero no creo que tus piernas lo soporten- se burlaba tan seductoramente de mí.

-Créeme que la idea es muy tentadora, pero tienes razón mis piernas no son las de antes- sonreí y mientras ella con la toalla en el hombro se encaminaba a la puerta del baño, le seguí, unos pocos pasos seguidos volvió levemente la cabeza para verme sobre el hombro y percatarse de que le seguía.

-¿Te me unirás?

Solo me adelanté y le llevé de la mano.

Una vez el uno frente al otro, le quité de encima la toalla y la colgué con excesivo cuidado para ser solo una prenda, pero era suya, aún sin besarle y casi sin poder verle a los ojos por la pena que me abarcaba, como si fuera de las primeras experiencias, poco a poco desabrochaba los botones de una blusa blanca y ella se quedaba quieta, con una docilidad forzada porque sé bien que contenía el impulso de romper mi camisa. Una vez ella desnuda, punto al cual llegué casi sin darme cuenta por mí ensimismamiento, ella inicio el rito reciproco; Inicio de igual manera con los botones de la camisa, una camisa de un rojo vivo, para dar paso a un torso que miré con cierta alegría, ya las costillas no eran perceptibles, poco a poco la musculatura había vuelto, siguió con el cinturón que cedió con facilidad, el pantalón cayó al suelo como atrapando mis pies del cual me liberé con un par de movimientos.

Bajo el agua, con ese su ritual de caer por la piel perfecta de las mujeres hermosas, el agua con sus burbujas de jabón resbalaban rápidas por las curvas de su cuerpo y yo me esmeraba en salvarlas y hacerlas subir a sus hombros y a sus pechos, me enloquecía en esta tarea y ella aún quieta sonreía, quizá después de todo ella tenía también la certeza de alguien que le quiere y que espera a la noche que llega como un regalo para los dos.

No hicimos el amor, pero fue una ducha larga, altamente relajante y mayor aún en placer, cuando los rastros de jabón se perdieron en los caminos que improvisaron, dieron paso a piel más tentadora que antes, si eso es posible, y el apetito de mis labios y dientes por ella se manifestó con cierta intensidad. Primero los labios, para los cuales ya las palabras son pobres para describirles, besar hasta sus parpados, ella creía que vivía enamorado de su rostro, pero este no era más que la expresión más cercana de su alma, un alma hermosa. ¿Cómo podría ella comprender y recibir el afecto que sentía yo por sus muchas facetas si me dedicaba exclusivamente a sus pechos, caderas y piernas? Me encontraba en la inconsciente necesidad de enamorarme de ella y expresarlo al mirarle a la cara y besarle en un intento noble pero insuficiente de expresar mi admiración por sus creaciones, por sus sonrisas, por su alma de mujer y niña, de estrella ardiente y tímida amante.

Seguí con su cuello, que tanto le hacía perder el control, tan rápidamente, siempre me divirtió esto y aprendí rápidamente a usarlo a mi favor.

Sabía que en mi personalidad adictiva siempre fue una costumbre dar placer, como si esto me fuese más satisfactorio que recibirlo egoístamente, siguiendo esa línea me encontré recorriéndole toda, mientras el agua seguía cayendo como ajena a nosotros, ella con la espalda contra una fría pared de lozas, pero le fue agradable esa sensación chocante de frío. Yo oscilaba por todas las partes de su cuerpo, recorriéndole apoyado sobre una rodilla, de pie, casi a la altura de sus pies, no podía parar, alguna fuerza bastante más grande que mi autocontrol me dictaba seguir. Al final al encontrarla temblando con los ojos cerrados y con la boca entreabierto de la manera tan característica de ella, me detuve a la altura de su abdomen, no había querido detenerme en un solo un punto pero una vez más no tenía yo control alguno sobre mí mismo en ese momento. Bajé lo suficiente, solo lo suficiente para encontrar un paraíso, en el cual me perdí voluntariosamente, con gran placer, con infinitas ganas de más, podía escucharle, pero era como no estar ahí. Siempre hacer el amor con quien de por medio hay un sentimiento tan primordial y noble al mismo tiempo, es

como entrar en un estado alterado de consciencia, muchos lo han descubierto, civilizaciones completas han encontrado caminos espirituales a través de la sexualidad misma, pero nosotros, éramos dos jóvenes que se devoraban, las horas más agonizantemente felices pasaron en medio de toda esta pasión, para cuando terminé mis afanes en el punto más sensible de su cuerpo, nos secamos con la misma toalla, los dos medio mojados, medio secos, buscamos las prendas acostumbradas para dormir, en silencio sin decir palabra alguna, ya no hacía falta.

Como un resfrió se asomaba caprichoso opté por abrigarme bien de ropa y esto ella lo notó con cierto alivio.

- Hoy dormirás con ropa...

- Solo quiero evitar enfermarme, si es posible.

La noche pasó silenciosa, como abrigándonos y protegiéndonos de cualquier ruido, una noche muy serena, pasó rápido entre mi roncar leve que tanto le molestaba a ella y su manía de dormir tan pegada a mí como le era posible, acurrucada en mis brazos durmió placida, fresca, dándome la oportunidad de sentir su piel, era aún más suave que la sedosa tela de su pijama. Siempre tuvo el sueño leve, así que debía contener mis ganas de besarle dormida, pues sabía que la despertaría y aunque nunca me reclamaría por ello no quería interrumpir algún soñar agradable. Me gustaba pensar que soñaba con todo lo que desease, solía sonreír dormida y cambiar esta por una mueca, en ocasiones se le escapaba un lamento bajito y me preocupaba por un instante y me daban ganas de despertarle pero siempre al abrir los ojos una sonrisa sincera iluminaba su expresión y mientras se estiraba sobre toda la cama, empujándome lejos volvía a cerrar los ojos como queriendo volver a dormir pero solo se le escucha musitar:

- ¡Qué lindo día!, sin siquiera ver la ventana, escuchando la lluvia o el viento que movía ramas de los árboles que estaban en las calles, siempre se sentía dichosa, le agradecía a la vida misma estar viva y me enamoraba su optimismo, sus ganas de vivir, la música de su voz al despertar un poco más grave que de costumbre. Ella era sabia, sabía vivir, sabía nacer cada día y sabía dejar al pasado enterrar sus propios problemas, era clemente pues me miraba y con sus labios me solicitaba un beso de buenos días (como si fuera necesario que lo pidiera).

La mañana siguiente a esa noche memorable, despertó como quien se encuentra completamente sola y lanzando la sabana lejos y ocultándose bajo

ella se empujaba hacia la cabecera de la cama con sus piernas fuertes.

-¿Quieres que haga el desayuno? ¿Prefieres café o jugo de naranja?

- Quiero que hagas lo que sea que tengas ganas de hacer

- Quiero hacerte el amor

-Eso no...

- Será mejor que colabores, sino podría ir a la cárcel.

No dijo ya más, con su mirada me dio su aprobación, colocándome sobre ella, comencé a besarle como la noche anterior, pero el efecto era diferente, ella no tenía tiempo que perder, además de ser los dos un par de románticos, éramos también lujuriosos, siempre creí que tenía un libido alto, hasta que le conocí a ella.

Ella me sacó la ropa con apremiante velocidad, y me envolvía con sus piernas, entonces supe que existían trampas en las que caes y no quieres escapar.

15

Nada, absolutamente nada, es para siempre. La vida es un ciclo y para que este se cumpla se debe dar vueltas, ganar y perder son ramas del mismo árbol, lo bueno y lo malo aun como inventos modernos deben pasar por nosotros y cada una de estas experiencias tiene caducidad, porque una vez más, nada es para siempre. Puede ser un verano, una noche, dos semanas, puede ser 100 años, lo que duré un amor, pero vencido, se acaba y aunque no muere, se muda, y el corazón queda cual casa desolada.

Si... la historia más intensa, incluso la más hermosa termina siendo efímeras, porque nunca serán lo suficientemente duraderas, nunca serán infinitas.

Siempre quise disculparme con ella por no entender con mayor rapidez lo que éramos realmente, solo una ilusión, un pequeño escape de la realidad, nunca lo

entendí bien, ni con la suficiente prontitud, para mí enamorarse sería el premio de cada beso, para ella, quizá el beso mismo era lo más lejos que podría llegar. Pensar en ella con la insistencia con la cual se afanaba mi mente era la usura de su cariño, ella debía pensar en muchas otras cosas más, algunas con dolor, algunas con placer, pero en definitiva no era yo quien ocupaba su mente en la mayoría del tiempo y esto no porque solo fuese yo la víctima del encantamiento de cada tarde y noche, jamás podría acusarle de mentirosa siempre tuve en mí la certidumbre de su cariño, mas nunca la exclusividad de su pensamiento, nunca el oasis completo, fui y me temo siempre ser una crisis para ella, un problema, uno grande aunque en cierta medida agradable. Siempre culpé a sus besos, ellos eran los culpables de mi estado, de mi alegría de mi buena recuperación, pero ella quizá en la misma medida en que ella disfrutaba de nuestros roces románticos le hacían sentir un conflicto. Yo no estaba preparado para enamorarme, la recuperación mental y física requerían de todas mis energías y sin embargo ella me abarco como un tren golpea, ella hizo latir mi corazón con ímpetu aun cuando una parte de mi deseaba que este se detuviera por completo. En un tiempo en el cual encontrarme a mí mismo se convirtió en la única obligación, en mi inexorable destino, ella llegó para poner todo de cabeza, para cambiar cada domingo, cada razón y causa, me ayudó a recordar, pero más aún a encontrarme, a redescubrir al niño, al adolescente y al joven que era todo al mismo tiempo. Me enseñó a amar a nuestra manera tonta y equivocada pero tan real. En ocasiones creo que lo único que necesitábamos era el momento correcto, ella era demasiado virtuosa para dejarse llevar por un impulso del corazón, aunque ese impulso fuera tan fuerte siempre correspondería primero a la fidelidad, a la decisión menos dolorosa; Aún ahora recordando me duele mucho pensar en todo ello, nos hubiera bastado unas semanas más y la historia sería completamente distinta, el final de estas páginas sería otro totalmente. Sin estar seguro de cómo sería, dudando altamente de que funcionará con facilidad no me cabe duda de que sería maravillosamente divertido, cálido, seguro, o al menos no sería el fin de todo, el final que nunca esperé. Ahí estaría yo como el apoyo al que siempre recurrió y ella siendo lo mejor de mí, sin ser parte de mí, tal vez solo mi inspiración, mi impulso, mi sensación de ser invencible. Debí entender lo que fuimos, lo que sea que fuese. Hay días en los que recuerdo con mayor viveza y exactitud cada gesto y cada sensación. Días que soy más sensitivo, cuando con rara alegría le extraño, tal

vez porque en la distancia logro comprender que está bien que todo sucediera así, de esta manera. Verle es lo verdaderamente difícil y mis ganas que me siguen llevando a ella, para retar mi autocontrol, poner a prueba la retención de mis palabras, de mis miradas fortuitas hacia ella, las ganas de estar cerca de ella tan solo para verle más de cerca, pone a prueba todo lo que soy, o era con ella.

Ya no debe haber conflicto, la edad es solo un número si no has vivido a la máxima esos años, ya no tenemos 15 años, estamos en nuestra segunda década de vida, bien vividos, y contrario a lo que decía mi abuelo: “No te afanes demasiado en crecer, entre más viejo más tonto te haces, quédate niño, eso es lo mejor” A cierta edad siento la necesidad de actuar con desapego, pero con ella es difícil, quizá una debilidad más por ella, una necesidad más por ella, quizá solo un café más con ella...

Mis contemporáneos saben cómo lidiar con esto, avanzan por las calles de la misma ciudad, se conocen y siguen adelante por su vida, esta vez fui golpeado por ella, como debe ser, de pronto y perdurablemente, sin arrepentimientos, pero una historia incompleta. Si ella llegará a saber todo esto, se molestaría, primero con ella misma, después conmigo, porque me recordaría que una vez le dije: “No puedo estar triste por ti, sería como traicionarte” Aquí estoy, sin huir de la tristeza o la felicidad que es pensar en ella, ya no escapo de esas sensaciones, ella me ayudó a recordar todo, recuerdo que nunca escape de mí mismo, sino que dentro de mí y la escritura encontraba la respuesta a todas los “acaso...” de la vida.

“Lo que teníamos aunque irrepetible e intenso, fue solo una quimera. Hermoso, sin duda, pero no se hizo de la manera correcta, ya nada se hace bien en estos tiempos, podíamos haber amado con el corazón, tú escuchaste a tu cabeza y yo a mi estúpido ego.

Todos miran tus caderas y tu andar yo me hipnotizo con tu risa, tu misma me llamarías mentiroso si digo que eres hermosa... lo sé... te conozco lo suficiente, pero ¿Cómo puedes acusarme de mentir cuando no te has visto con mis ojos, tan benditamente hermosa, con un beso suave pendiente en tus labios? Cabe la posibilidad de que nunca entenderé nada...

Al final de los días me pedías que me alejara, ¿Cambió tanto, todo? ¿Cómo pudo ser que cambiaste tanto tú? Quizás no era el momento, no era nuestro momento... aunque se sintiera tan correcto y feliz.

Podría recordarte, si me lo permites que nunca busqué nada a cambio... solo

compartir el alma, las partes buenas que nos hacían bien a los dos, pero discúlpame por insistir, puede ser que el hecho de perder me hizo tan impertinente, sin duda me hecho sentir muchas ígneas sensaciones, melancolía, enojo y la misma alegría de perder, siempre que se traté de ti estaré confuso, divertidamente errático.

¿Qué es lo que extraño más de ti?

“Solo con el corazón se puede ver bien, lo esencial es invisible a los ojos”

Eso es lo que más extraño de ti.

Al poco tiempo me encontré pensando como la pérdida de memoria me hizo encontrarme, como a un herido, el inconsciente que despierta de un largo sueño insípido, se convirtió en mi destino explicito, debía redescubrirme, encontrarme, y de esa manera mi papel en esta vida. Pero siempre escogí quererle, escogí el camino de la locura y me quedé en el hasta las últimas consecuencias, pero con plena consciencia de ello. Y este era sin duda el reclamo de aquel sueño febril.

No sabía, lo que realmente se enmarañaba en este trio amoroso, lo que sucedía me era oculto, estaba demasiado distraído siendo feliz e ignorante. Todos esos meses en el hospital, el incidente mismo, las secuelas, me hacían pensar que estaba dañado, que no era merecedor, difícil de querer, ella era como la medicina, ella me hizo sentir sano y salvo, con una tranquilidad desconocida por mucho tiempo.

Nada es tan remotamente ideal como se describe, como parece, como quisiéramos...

16

Los días pasaban con su hábito de no darle importancia a la crisis de los hombres y mujeres, como si supiera que eventualmente, su mismo pasar que se convierte en semanas y meses daría paso al alivio, al olvido, quizá puede que hasta a la sanación. Pasaba yo entre mis vacilaciones, entre caminar, correr, nadar, dormir, soñar, escribir, leer, para que llegará de pronto e interrumpiera cualquier actividad en cualquier momento, con tanta facilidad. Uno de esos días en medio de un andar lento me encontré pensando en su ausencia: De tener un momento a solas contigo pondría a prueba toda barrera, Dime ¿Cómo puedo evitar besarte? Ni si quiera eso, digamos ¿Cómo podría no abrazarte?, ¿Cómo hacerlo sin pasión? Cierto... es imposible y me quiero disculpar porque no te quiero fallar pero no me disculpo porque verte, hablar contigo, sostenerte, besarte es lo que más quiero hacer y es algo hermoso y noble. ¿Por qué habría de disculparme? No es justo. Pero no puedo pedir nada, mucho menos justicia, aunque en ocasiones quisiera dejar salir un ruego.

Quieres leer todo lo que escribo por habito en los cuadernos que guardo desde hace años, así es como más te gusta descubrirme; confías en mí, me cuentas detalles de tu vida tan ajenos para tantas personas y así es desde el primer día aun así solo confías en cierta medida, sonrías levemente al verme, y no es el único indicio de que te alegras con mi llegada, interrumpes cualquier actividad para verme justo al rostro, para rozar tu mano con mi brazo para besarme en la mejilla con calma... aún con todo ello no sé qué pensar no sé qué esperar, ni si quiera sé si debo esperar.

Nadie deja a nadie por nadie... y no te pido que dejes a nadie por mí, solo te pido que no me elimines tan cruelmente de tus ganas, de tu alegría.

Me dijiste una vez que querías estar sola, que no querías hacerme daño y yo me divido entre el tipo que derrumba muros por verte y el que no desea brincar al abismo aterrador del enamoramiento... al no menos no desea brincar solo, ¡no solo!

Pero debo aclarar que nada de esto me parece malo, sentir todo esto por alguien, que esta persona corresponda mis sentimientos, que exista una barrera entre nosotros, o sea la culpa que sientes o un tipo que estaba antes que mí, tus ganas de besarme, la locura de la pasión, nada de eso es malo, no... ¿Nuevo? Si, ¿Aterrador? Sí, pero nunca malo. ¿Cómo puede ser malo sentirse vivo? ¿La sonrisa que me generas es mala? Jamás.

Quiero que sepas esto: ¡No podría estar más feliz de conocerte! ¡De vivir esto contigo! ¡Por ti!

Y te diré cuál es mi peor miedo, que es muy egoísta, ya no es enamorarme perdidamente, ya no es que te alejes, como lo dije en otras ocasiones, mi peor miedo es que yo no sea tu elección, no contra nadie, sino en tu corazón, ahora recordando me doy cuenta que no temo salir herido, sino que temo que ni siquiera tenga la oportunidad de herirme, de luchar, de estar contigo como solíamos estar.

Y podría sobrellevar tremendo golpe, por inercia debo seguir viviendo pero es evidentemente más peligroso para mí seguir avanzado por la vida sin nunca haber tenido la oportunidad de ser lo que pueda o quisiera ser para ti, contigo.

Y si la vida pinta difícil sin tu amistad, sin tu pasión ¿Qué tal la muerte?

Lúgubre... ¿Qué tal si muriese hoy? Todos los textos, todas las promesas tacitas, el cariño implícito, todo quedaría incompleto, puede que hasta deje de importar. Perdona, pero esa idea me impulsa a vivir sin arrepentimientos sin restricciones, cuando la vida misma me parece un recordatorio insuficiente.

Las canciones de Silvio, de Mraz, de Serrano y otras anónimas recobran sentido, se exacerban al paladar, se escuchan con mayor claridad, así sé que alguna hebra profunda has tocado y me alegra.

Y ahí está saltando como el lobo estepario de Hesse, el yo que quiere razonar, pero tiene buenas intenciones, me quiere tranquilizar, me dice: “Hazme caso, aunque sé que no lo harás” ¿Qué puedo decir? Eres tu Marce, la mujer en cuestión, la musa, la analista, podría decir la víctima. Espero no una víctima de mis crisis, de mis errores sino una víctima de mis ganas de crecer, de mejorar, víctima de un cariño saludable, presa de una pasión agradable.

Uno más uno siempre serán dos, y cada cabeza permanecerá un mundo y debo admitir que nosotros dos como conjunto no sería fácil pero nada que valga la pena lo es, además sería, sin duda, hermoso.

Perdona en ocasiones pienso que sería tan fácil, cuando en realidad no sabemos ni por dónde empezar.

¿Cómo la vez del primer beso?: “¿Y después qué?” me preguntabas.

“Después... veremos” contesté, solo podía pensar en tus labios. Y perdona que insista en ese detalle pero se debe a que siempre tendré la duda de si fue real o no. Déjame contarle como si no hubieses estado ahí. Ya que por lo visto tiendo a hablarle a tu recuerdo, palabras que nunca escucharas.

Fue exactamente como lo describiste, me pregunto, ¿Cómo pudiste ser tan acertada? Se siente bien la certidumbre de un beso, un beso lento y duradero, profundo y apasionado. Tú eres apasionada, verdaderamente lo eres.

Me retiré un poco, como lo dije antes, no quería obligarle nada, si ella quería besarme, ella daría el último paso, como si eso me diese la certeza de algo, que ingenuo de mi parte.

Me retiré porque no deseaba acorralarle, crucé mis brazos como renegando de la situación, algo raro porque un segundo antes podía haberme fundido con ella, pero no a la fuerza. Yo no podía tomar la iniciativa, tal vez porque dependía de ella que un beso pudiese darse, tal vez porque estaba demasiado ensimismado.

Con lo que no contaba era con su fuego, con su belleza, con el encantamiento, con este sentimiento. – y ahí está ese ademán particular que hago al decir “sentimiento” como si mis manos sostuvieran algo contra mi pecho, algo cargado de emoción, algo que aceleraba el pulso, como lo haría un loco que habla solo, que cuenta una historia que nadie entiende, pero igual sigue

adelante aun percatándose de lo orate que luce.

Tomó mi mano izquierda la más próxima a ella, la besó en los puntos exactos como si la conociese de antes, incluso los nudillos rotos, con un gran cariño. Lamió con su manera que congenia pasión con juego, primero un poco, después todo el índice, para ese momento yo estaba perdido, ella seguramente lo sabía. Volteo mi mano para ver la palma. Con mi pulgar toqué sus labios, quería comprobar si eran tan suaves como soñé, los sentí pero aún no lo sabía con certeza. Ella se acercó un milímetro más y me hizo sentir sus dientes con su leve filo, creo que no pude respirar en todo ese tiempo, con su sonrisa divertida por mi mirada perdida y al mismo tiempo enfocada en ella se detuvo por un instante. Moví la yema de mi dedo a la comisura de su boca y aún no sé si soñé o era suya la voz que susurró, como si estuviese milimétricamente cerca de mi oído, tal vez dentro de mi mente o alma.

“Bésame, Jo”

Tan despacio, tan suave y claramente.

Ella sucumbió al impulso, yo por mi parte a la tentación, era el momento y no cabía duda.

Eso fue todo para mí, estaba perdido totalmente, era todo lo que esperaba, todo lo que necesitaba, más que una señal, era una pequeña petición.

Con el impulso de todas las pasiones reprimidas por ella me acerqué sin culpas, sin miedos y la besé con la potencia que me acerco a ella, como lo hacen los jóvenes en la flor de la vida, la tomé por el cabello y llevé mi mano a su cuello como por instinto sabía que le gustaba, estar con ella en esa manera se sintió tan correcto, tan habituado que cabía preguntarse si no lo hacíamos desde hace ya tiempo; ella me besó y fue exactamente como lo describimos unos días antes y sus labios eran tan suaves como adictivos y ese beso... ese beso... mi expresión cambia de solo recordarlo. Un beso abierto a posibilidades, con la profundidad y la duración de dos enamorados, por ese momento que parecía tan breve podía ser invencible, podía jurar haber encontrado el tesoro más grande del mundo, indulgente beso que se prolongó para saborearle, para cerciorarme que era tan real y yo tan dichoso, altamente adictivo, tan lleno de un maltrato cariñoso, una mordida dulce, como nunca fue un primer beso, como debe ser un primer beso, pero no podía ser uno, no solo uno, debían ser todos los posibles, todos los que el desconsiderado tiempo nos permitiera dar.

Esa manera de besar, como si el mundo se acabara al derredor y hay cariño,

familiaridad pero emoción y desenfreno ¿Qué podría detenernos? Nada... es como hacer el amor solo a besos, tan inesperado, impetuosamente dulce, con ese afán de ser infinito, sintiéndote respirar y temblar tan cerca. Sabrás cuando se termine, quieres llegar a ese punto pero no deseas que el viaje a ese destino termine nunca. Es como debe ser un beso. Debía ser un sueño porque era imposible que fuese tan... adecuado, tan perfecto.

Se interrumpe, como para tomar aire, para descansar, para ver la expresión en él otro. Se recuesta en mi hombro y eso me da la oportunidad de besar su cabello que tanto me gusta, no me importa que no lo sienta, que ni siquiera lo note, quiero besar su cabeza y tengo la certeza de que sonrío mientras recupera el aliento y no es un logro haberla besado, no celebro vanidoso, sino que me rindo colmado de bienestar: “La besé”

Con la agonía hermosa de un beso, después de tantas horas, después de todo “Me besó”, ya poco importa todo, ya nada puede arruinar la noche.

Cualquiera que hay estado enamorado, con ese impulso innegable, esa locura de adolescente o mejor aún de niño, quienquiera que haya sobrevivido a ese tipo de amor tendrá una ínfima idea de la emoción que abarca ese primer eso, ese rendirse al momento.

Los besos fueron permisivos, poco premeditados dejándonos sentir cada rincón y cada detalle, el relieve de tus dientes, la agilidad de tu lengua, el buscar de sus manos en mi ropa, en mi cabello.

Nos interrumpió el reloj alertándonos que se hacía tarde, inconsciente de su frialdad. Pero la sesión se reanuda, quien o que podía separarnos, no hay culpa, no existe mal, ¡que arda el mundo a mí, en realidad, no me va a importar! Con la suavidad paradisiaca de los últimos besos, era justamente como lo imagine, ¿Cómo pudimos adivinarlo con tanta exactitud? ¿Acaso eres tú la mujer de mi vida?

¿Ya ves? Era inevitable, siempre supe que iba a sucumbir a mi pasión, simbiosis de vos y el escribir.

Lamento si me propasé al contar detalles que ya conoces, pero esa es mi costumbre. Es quien soy y no tengo miedo de ser, contigo. –Me encontré hablándole a tu fantasma de nuevo, y se debe a que es un hábito difícil de reemplazar.-

Tu mirada de esa ocasión como gritándome “ahí estas tu... siendo... tu” ya todo recobra un orden al carecer de lógica. Todo lo contradictorio, lo conflictivo se sana, los ardidés ya no existen, lo único que importa es ese

momento, es ese presente que ya pasó, es ese regalo y el recelo de que se acabe. Es simplemente como deber ser la vida, un minuto de alegría a la vez, risa, un segundo de contemplación, una tormenta de besos.

Hay algo que no he hecho aún y es agradecerte, claro he dicho “gracias” por leerme, por escucharme, por existir pero quiero agradecerte por quedarte, por no temer cuando no teníamos que temer, por tus palabras dulces, gracias por las sonrisas que me regalas y las que me generas, por ser Marcela... Marce, por aquel beso.

Acabo de notar que soy más congruente y facundo cuando me dejo llevar por la pluma, o por la corriente de un relato, o al escribir lo que el corazón a veces teme dejar salir.

¡Gracias por enseñarme eso! Me muestra quien soy aunque sea por un vistazo efímero.

17

Como para no perder la costumbre de llenarme de hastío, cansado le comentaba a la psiquiatra como el escucharme hablar a mí mismo se convertía en una tarea odiosa pero parecía imparable el vomitar sobre mí y los demás

que me prestaban sus oídos aunque no siempre atentos, las palabras, las dudas y las historias mismas, mis más allegados amigos llegaron a cansarse de mi compañía pues no había tema que valiera que no fuera mi despecho. Y es que mi vida continuaba exactamente como antes, no había dolor, solo disconformidad, una necesidad intensa de respuestas a preguntas que nunca pude plantear. ¿Es posible que alguien haya fingido un sentimiento como el que ella demostraba? ¿Qué es lo que Sebastián podía darle que lo hacía tan indispensable para ella? ¿Qué se supone que debo hacer con todo lo que ella me dijo? Ni hablar de los besos, las memorias, las tareas incompletas, todas las experiencias que nos faltaron por vivir, que sin duda alguna llevarían a enamorarnos más uno del otro, porque no pasamos de ser dos personas que se conocen para maravillarse cada vez más, así fuera con todos los frenos que quisimos incluir pero que se rendían ante la sensación de compañía. ¿Por qué me odia tanto? ¿Qué hice para merecer eso? Acaso no fui claro en que yo no quería una cana al aire, acaso no fui claro cuando le dije que me importaba, que ella arreglaba todo, que hace años no me sentía así.

-Parece que he madurado, porque aunque debe estar cansada de escucharme quejarme, doc. Ya no me pregunto ¿Cómo la vida es tan cruel? Ya no, ahora siento que puedo continuar con mi vida, es solo que sucedió exactamente lo que no quería, alejarla, sucedió lo... inevitable.

Me cuesta creer que alguien puede negarse una oportunidad como la que teníamos, no por mí, no. Siempre he estado muy lejos de ser algo digno de admirar, bastante menos algo que pueda considerarse una “oportunidad”, pero la oportunidad de todo lo que podíamos ser, del reír y reír, del amor. ¿Acaso soy un necio, Doc? Puedo ser tan idiota para hablar de amor, para darle fuerzas con palabras tan grandes a una relación efímera, siento que ya no la visito por el trauma del accidente, siento que la visito por estas preguntas de adolescente de las cuales yo pensaba ya no sufría. Usted debe estar cansada de escucharme.

-No negare que es un poco ilógico todo lo que me dices, pero en estos asuntos no manda la cabeza, ni hay lógica que valga, me temo que debes aceptar el hecho de que nunca sabrás porque ella hizo lo que hizo, lo que puedes hacer es aceptarlo y empezar a recuperarte de ello. Y no te sientas tan mal, más de la mitad de los pacientes de mis colegas están en consulta por amores

- ¿En serio? ¡Vaya!

- Ujum... -musito para asentir

- La cuestión es que yo lo acepté, puedo aceptar que se quede con él, si él la hace feliz, puedo aceptar que no me quiera volver en su vida... no, no es cierto eso no, pero lo que quiero decir es que yo no quiero ser romántico con ella, no quiero que volvamos al mismo conflicto, no quiero ser el problema que fui, quiero que sea feliz, quiero que vuelva a bailar y cantar como solía hacerlo sin razón alguna, quiero saber de ella, pero quiero saber que ella está bien, ¿Sabe? Una vez me dijo: “No sabía que un sentimiento tan hermoso podía generar tanta confusión” “Una chayotera”... si... dijo que tenía una chayotera en la cabeza, -reí- era tan campechana.

La doctora se admiró por un segundo

- Y yo quería decirle que era simple que me besará a mí, que se quedará conmigo, que yo haría lo que fuera, que si necesitaba tiempo hasta eso, que yo sería su oasis, yo no sé... lo que fuera necesario, solo con tal de tenerla en mi vida y eventualmente enamorarme de verdad, pero nunca lo hice, nunca pude decirlo. Tuve que leer un libro con avidez que trataba de cómo definir los amores sanos y los insanos, y aunque a mí me abarcaba una locura notoria por ella, unas ganas innegables de estar con ella, quería también ofrecerle una relación duradera, yo estaba listo, una relación sana, era lo que los dos queríamos, también me dijo: que me quería, que extrañaba mi compañía, me dijo incluso que ella no quería hacerme daño, así como también me dijo que todo era mentira, que ella nunca sintió nada por mí, también me dijo que lo amaba a él que por mi culpa no supo apreciar lo que tenía... me dijo tantas cosas en tan poco tiempo y yo las recuerdo todas, todas, con lujo de detalles, cada día, lo bello y lo hiriente. –Y me tengo que detener porque me doy cuenta que todo suena como la mayor de las crisis, pero así es como me sucede, mi vida avanza y los días son buenos pero de un pronto a otro viene tan inesperado como el golpe de un bate en la cabeza, ese mar de emociones y si no lo dejo salir me hará huraño. Pero ya estoy harto de escucharme a mí mismo.

Ya ha pasado tiempo y te reclamo en la distancia ¿Por qué no te vas? Ya fue suficiente, ¿Por qué insistes en volver en forma de recuerdo? en arruinar todo con ello... los atardeceres como los que dedicabas, las canciones que cantabas, todo se volvió insípido por ti, las mañanas, la risas, el sexo, todo lo arruinaste con tu ausencia. Así como todo lo mejoras, porque al final siempre sonrío con todo lo que vivimos, con todo lo prometido.

Por tanto tiempo pensé que no podía estar enojado contigo, pero en realidad

solo era que no podía estarlo por mucho tiempo, no cuando todo lo curas con un beso y de ello temía porque ¿Quién tiene tremenda poder sobre alguien? ¿Así de sencillo? Es algo para tener cuidado, pero siempre me pude enojar contigo, solo no quería. ¿Recuerdas cuándo...? no, por supuesto que no, así que te lo contaré:

La primera vez que estuve molesto contigo, estábamos entre las paredes grises del hospital, entre el trajín de las enfermeras y el aburrimiento de los pacientes, cuando aún no jugabas conmigo por la indecisión entre dejarnos llevar por el sentimiento y la pasión o la culpa y tus dudas. Hasta ese día, yo me desvelaba esperando por tu llegada al hospital, era lo único que rompía la monotonía del lugar, todo carecía de importancia, bueno ya sabes todo ello. Poco a poco había recuperado mi fuerza hasta el punto de que me era posible levantarme sin problemas en la misma cama y andar en la silla de ruedas a considerable velocidad aunque aún me mareaba con facilidad.

Un día al llegar te sentaste a mi lado, como era tu costumbre, y empezamos a hablar, solías jugar con la punta de mi sabana, con mi mano incluso con mis pies no podías dejar las manos quietas, pedíamos a la enfermera, a la única que era excesivamente amable, que nos trajera yogurt de fresa, tu favorito y hablamos por horas, de temas tan delicados como la infancia dolorosa y tus viejos temores que me provocaban besar tu mejilla y otros temas más livianos y banales, quizá por ello es que llegamos a conocernos tan bien, pero nunca pasaban 15 minutos sin reír, era imposible, solo nosotros nos escuchábamos en toda la habitación, mientras Tony dormía placido y el joven médico miraba la televisión. Solo nosotros nos escuchábamos a través del pasillo, nuestros silencios eran los silencios absolutos, a excepción de las enfermeras claro está.

Ese día las últimas horas se tornaron ligeramente románticas, cierto es que buscamos nuestra compañía pero ese día algo había, te lo juro que nunca fue mi intención enamorarme de ti desde un principio pero fue algo que me golpeo de pronto como una ola, y vos por tu parte poco a poco cedían las barreras que ponías para que yo no penetrará, aún sin intentarlo. La jornada no pudo ser mejor, incluso en los dolores intensos de mis costillas que me hacía cuestionarme por la integridad de mi pulmón izquierdo.

Sentía el dolor agudo y constante en la cara anterior del torso, en las costillas flotantes, amigable recordatorio de la caída de las escaleras, lograbas

adivinar el evidente dolor en mi rostro, debía ser algo intenso y notorio pues yo intentaba ocultarlo.

- ¿Qué anda mal?

- Lo que sea que era... ya lo has arreglado.

Me diste esa expresión dulce y estallaste en carcajadas. Por mi parte quise reír pero temí provocar una hemorragia interna.

- ¡Eres tan ridículo!- entre risas.

Y tenías toda la razón pero de cuando en cuando mis torpes líneas que nadie compraría por la moneda más devaluada llegaban a ti y detenías todo para mirarme justo a los ojos como queriendo adivinar si era sincero, creo que nunca creíste completamente todo lo que te decía, porque esa expresión nunca cambio, porque aun cuando sostenía tu rostro después de besarte y te decía lo hermosa que eras, me mirabas condescendiente y me lo negabas porque no te bastaba que te viera hermosa al sostener tu rostro, querías que te viera hermosa incluso cuando llegáramos a tener 70 años. Y cuando lograba decir algo que te conmovía te sonrojabas de esa manera tan característica de ti y con tu sonrisa que enseña la fila superior de tu dentadura me decías conmovida:

-Me encanta cuando me hablas despacio, me encanta cuando hablas bajito.

Con mi sonrisa torcida pensaba en toda una vida de susurros para ti, nunca te lo dije pero la razón por la cual mi tono de voz bajaba tanto, la razón por la cual las palabras salían lentamente era porque en ocasiones apenas podía hablar, me dejabas sin habla, más que eso sin la necesidad de hablar fuerte, sabía que fuera como fuera me ibas a escuchar y sabrías exactamente todo lo que quiero decir, como lo sabrías de un silencio.

El último instante de ese día fue un giro total, justo antes de irte, caminamos juntos hasta el elevador, yo en mi silla me adelante un poco, parece que nunca pude ir lento en ella y vos llegaste unos instantes después, esperaba un abrazo de tu parte, un beso discreto, esperaba cualquier cosa menos esas palabras que dijiste mirando al suelo pulido.

-Creo que me tengo que alejar de ti...

- ¿Por qué?

- Es que.... –no te deje terminar-

- ¡Esa no es la solución! ¡Ve! ¡Hablamos después! – pensado en que más tarde tendrías la cabeza fría, yo no estaba lo suficientemente calmo para hablarte, por eso me fui dejándote con las palabras en la boca esperando por el elevador con la mirada perdida en los botones encendidos del control. Odiaba

que recurrieras a esa idea cada vez que te sentías próxima a mí, aunque a decir verdad en ese momento no lo sabía. Pero sabía que odiaba tu ausencia.

Al día siguiente cuando llegaste lo primero que hice fue disculparme, como si de verdad no estuviera molesto cuando aún lo estaba:

- ¡Hey! disculpa si pareció que estaba molesto, no es así, es solo que no me parece buena idea que te alejes, quizá si estaba molesto pero necesitaba tiempo para calmar la cabeza, no quería escuchar lo que ibas a decir después.

- No te tienes que disculpar, pero de verdad creo que debo alejarme de ti.

“Entonces ¿Qué haces aquí?” – Pensé pero después dije- Solo somos amigos- no sé cuántas veces nos dijimos esa mentira. Pero esa fue de las primeras ocasiones.

El día siguiente al irte, el borde de la cama sentado mirando a mis rodillas huesudas comparando como solían lucir. Me despedí dulce pero brevemente.

-¡Ciao!

- ¿Eso es todo? ¿No me vas a acompañar?

- ¿Quieres que lo haga? Después de lo que me pediste, distancia.

- Solo quiero que me acompañes al elevador si quieres.

- Solo estoy un poco molesto contigo, y me alegra.- me miraste con una expresión que nunca olvidaré, en tu boca el labio superior se escondió ligeramente y tus ojos se ablandaron para arquear un poco tus cejas y me preguntas apenas con un hilo de vos

- ¿Por qué te alegra?

- Porque significa que tenemos espacio para algo saludable y no un cariño idílico e irreal. ¿De verdad quieres que te acompañe?

- No lo sé, tú eres el que está molesto conmigo- otra vez esa voz, fue la única vez que no fui al elevador contigo, fue la única vez que vi esa expresión de sincera incertidumbre. Nunca te quise lastimar y lo sabes pero me pedias alejarme, me pedias no ser romántico, me pedias omitir lo que era inevitable en nosotros y yo no sabía cómo, por supuesto que ese “estar molesto” quedo completamente olvidado al día siguiente con tu presencia y por supuesto que te acompañe al elevador siempre.

18

Una tarde conocí al tipo que estaba al otro lado de todo, me fue desconocido por todo el tiempo, desde el día en que en guardián del hospital burdamente lo mencionó hasta esa tarde soleaba y ventosa no tuve cara o voz para él, aun sabiendo de su existencia, fui negligente al respecto, no deseaba conocerle, para mí lo único importante era Marcela, y entrometerme más entre ellos parecía una calamidad que nos podríamos ahorrar todos. Caminando por una acera gris y limpia, mientras el viento lanzaba mi renuente corbata contra mi cuello, con carga pesada en el bolso por lo libros y demás artículos de la universidad, caminando con los audífonos dejándome sordo a los problemas del mundo, él me esperaba sentado en un muro pequeño que estaba a cierta distancia. Era de una piel más clara que bronceada, un corte militar de cabello, alto, vestía una camiseta de un color vivo, aunque no recuerdo cual, de un rostro lampiño, con la quijada tensa y en realidad tensa era toda su expresión, su frente y su sien demostraban una verdadera molestia. Descubrí sin duda que se dirigía en mi dirección pues al verme se levantó rápidamente, lo cual me extrañó un poco pero no lucía él cómo alguien que intentaría robar mi bolso o billetera, seguí caminando mientras luchaba por acomodar la corbata, y este emprendió el camino hacia mí, notando esto pero ignorando que deseaba hablarme, me desvié levemente a mi derecha, pero él siguió mi trayectoria, completamente seguro de que tenía algo que ver conmigo levanté mi mirada buscando una explicación, mientras removía los audífonos y así mi sordera.

- ¡Aquí le mandan de vuelta!- frenó mi paso con su mano, estaba presionando algo contra mí pecho.

Era el corazón del llavero, nunca pensé que lo recuperaría, nunca lo quise de

vuelta, nunca imaginé que sería él quien lo presionara contra el lado derecho de mi pecho. Si Marcela lo hubiese retenido por un tiempo, incluso con la idea constante de lanzarlo a mi rostro, esto hubiera dejado una leve esperanza, una mentira de que quizá no quería estar tan lejos de mi como lo declaró, tal vez una mala excusa para acercarme: “Hola... ¿recuerdas mi corazón? Aún lo tienes... guárdalo bien” En una ocasión, sin recordar bien bajo que amparo le dije que: “No me rendiré en lo nuestro”, sentir que ese corazón se lo recordaría era mi inmadura manera de mitigar lo mucho que le extrañaba, rendirme sería el momento exacto en el cual le mentiría a Marce por primera vez y eso no lo podía permitir, mas ella se encargó de resolver todo por los dos, envió al novio a devolver el corazón, la tontería que tan reconfortante me parecía por un tiempo que ella tuviese.

Miré a mi pecho mientras atajaba con la mano el llavero que quiso caerse, le di unas vueltas rápidas entre mi mano y una sonrisa nerviosa se esbozó lo cual hizo cerrar el puño de Sebastián estaba verdaderamente molesto, después de todo yo era el tipo que beso a su novia, o al menos no la dejaba en paz. Sonríe porque no podía creer lo que mis ojos me demostraban irrefutable, “De verdad ella no quiere tener nada que ver contigo”

-¡Ya sabe qué hacer con eso!- dijo en tono amenazante para sacarme de mi distraído reflexionar.

- Si señor- logré decir mientras lo lanzaba sobre el césped, fue un impulso, pero me alegra haberlo hecho, mi ego herido lo lanzó como asqueado por la manera recibido, pero no tenía yo el derecho de decir nada, tampoco quería escuchar una palabra más, seguí caminando bajo la mirada molesta de Sebastián que reanudo su paso en dirección contraria poco después.

Caminando encolerizado, pensando en lo que pude decir, en lo que debí hacer, lo que fuese que aliviara mi orgullo herido, me encontré con el puño cerrado, como una reacción pueril, decidí olvidarlo lo antes posible, era desagradable pensar demasiado en ello.

Me alcanzo un conocido de la universidad, notando mi clara alteración:

-¿Qué le pasa?

- Nada importante- mentí

19

¿Perder? Claro que puedo hacerlo, es solo que estoy cansado de ser el tipo

indicado en el momento erróneo. Eso fui para ella, quizá, nunca lo sabré con certeza.

Porque llegaron otras, antes y después de ella siempre habrá más mujeres e incluso sin duda llegará quien me deje aún peor o mejor, así es como funciona, es inevitable. A veces me pregunto si es por ella o si es por cómo se dieron las circunstancias que no quiero olvidar, que aún guardo una esperanza tonta de verle sonreír. Ella nunca me sonrió después del fatídico día. Poco tiempo después de separarnos tan radicalmente una mujer vino a mí, jovial e impetuosa, pero no el ímpetu de la pasión sino el impulso del capricho de las mentes inmaduras, desde el primer día me beso, al segundo no se despega de mí, al poco tiempo estuvimos en la cama. Ella no despertaba en mí nada, apenas un leve deseo, al contrario adormecía el dolor, con sus besos en mi cuello me hacía olvidar al menos por unas horas que Marcela hacía lo mismo con Sebastián. Ella nunca fue una medicina, nunca pensé en ella como el clavo que sacaría a otro clavo, pero me conozco y sé que no podría decirle que no a una propuesta de amor, si así se le puede llamar, y más que eso a la oportunidad de seguir a delante de forzarme a fingir estar bien, a las risas de mis malos chistes, a la endorfina de una mujer desnuda a tu lado. Esta mujer llegó a considerarme idílico y fue muy sencillo serlo, por la falta de conflicto e intensidad debido a la falta de pasión, atractivo, quizá por ser tan diferentes en el fenotipo, en fin un buen prospecto, pero ella sabía también que yo no estaba disponible sentimentalmente hablando, no quería más que el sexo que ella podía proporcionar, algo que cualquier otra mujer podría hacer. Y aunque para ella eso estaba bien, era así una vez más el tipo indicado en el momento menos propicio, siempre para una mujer distinta. Creo que yo me busco esa problemática, después de todo uno puede escoger de quien enamorar y de quien no, pues siempre elijo a la más inalcanzable, a la que dentro de unos meses partirá en un viaje eterno, a la que tiene esposo, a la que carece de cordura, siempre supe escogerlas bien.

Llegó a darse cuenta, pero Marcela supo que esta mujer me besaba en las oportunidades que tuviera. Y quizá fue culpa mía por intentar contactarla pero en ese entonces la extrañaba tanto como el primer día, quizá como ahora. Marcela, dudo que herida sino más bien indignada y asqueada me dijo claramente que me alejará de ella o iba a conocer a un verdadero ser que podía odiar con el alma, con las entrañas, como ella me odia ahora, hubo vocabulario soez de por medio, una certera sensación de desprecio. Declaró

que todo lo que yo representé para ella no era más que una mentira barata de palabras viejas y usadas, ella juraba que no era más que una mujer del montón, claro que ni siquiera ahora sabe cuan equivocada esta, no sabe todo lo que he pasado por ella, que pueda ser ni le importe, solo tiempo después me di cuenta de que verdaderamente yo estaba en medio de un dolor intenso, cuando caminando por la calle recordé los días en los que podía pasar en un silencio total, cuando fingía con tanta pericia estar bien y en realidad tener ganas de salir corriendo hasta donde los pies soportaran.

Ella dijo que nunca sería un trofeo más de una colección que me pertenecía. De verdad en su cabeza no cabía más pensamiento que el desprecio por mí. Se sentía engañada, pensaba que yo era un habilidoso conquistador, pero no es cierto, si ahora las mujeres y que son pocas, buscan en mí un amante, solo se debe a que ven al tipo del corazón roto, al eterno enamorado que ellas creen pueden curar, pero ¿Qué pasa si no quiero ser curado?

Pero Marcela lo sabe bien, que no era una mentira, que ella no es una del montón, que yo realmente le quería con el alma y con el corazón, no solo con los ojos, ella sabe bien que no era un ardid o una trampa, que mis intenciones nunca fueron menos nobles que verle feliz, odiaba tanto representar una crisis para ella, una confusión o una lucha que no era placentera, me prometía a mí mismo, tanto como a ella, que nunca sería un trabajo o un problema sino más bien su lugar de reposo, su apoyo, su amigo y ella lo sabe todo esto, lo sabe en el fondo de su corazón, tanto como yo sé en el fondo del mío que ella si se estaba enamorando de mí, que se quedó con él por cualquier otra razón menos amor. Que podría casarse con el hoy mismo y yo sé que no sería por amor... mas ¿Qué puedo hacer? Ya nada, ya no tiene importancia, ella escogió y escogió bien, aunque sea por las razones equivocadas.

Y quizás sea yo quien se equivoque, quizá la lastima puede dar paso a amores eternos. Quizás después de todo lo andado y lo planeado sucedió exactamente lo que debía suceder y es lo mejor que pudo pasar.

Cabe la posibilidad de que mi idealización no me permita ver que esquivé una bala, que aún con todo el cariño de por medio en ocasiones no es suficiente para ser felices plenamente, pero de veras que estábamos encantados uno del otro.

Tal vez las terceras personas con su cabeza fría y su costumbre de saber vivir la vida ajena mucho mejor que la propia, podrían entender que sucedió, tan siquiera especular y deducir que no vale la pena la pernicioso costumbre de

recordar, de anhelar pero yo en medio de todo y sin ella es mucho pedirle a quien soy. Antes de ella yo no estaba pasándola mal, tenía todo lo que podía pedir un hombre, claro a excepción del golpe en la cabeza. Pero cuando ella llegó, todo tomo forma y fuerza, la mejor versión de mi salió a flote, puede ser que no logré explicar cabalmente lo que por ella nacía en mi pero cualquiera que haya sobrevivido en el tempestuoso torbellino de un enamoramiento tendrá una leve reminiscencia de lo que yo sentía.

Un conjunto de sentimientos cándidos y pensamientos alegres, la seguridad del cariño como si estuviera predispuesto que llegáramos a amarnos, como haber encontrado un tesoro pero de los que no tienen precio, que reducen todo a “hoy nos veremos” y eso es todo lo que importa.

Existe la posibilidad de que yo me estuviese enamorando más que ella, al fin yo no tenía barrera alguna, en cambio ella podía hablar conmigo, disfrutar a mi lado para al instante siguiente recordar el nombre Sebastián, recordar alguna risa que él le generó, tan solo saber que al besarme se convertía en algo que repudio toda la vida, recordaba lo que era estar del otro lado del triángulo amoroso, del lado donde te traicionan, del único lado que tienes derecho a estar molesto. No es una posibilidad, sin duda yo caía más rápido en el vértigo de los sentimientos, mientras ella se frenaba a sí misma, se reprimía y castigaba, tal vez por ello nunca se animó a dejarle, a darse una oportunidad, no conmigo, sino para con ella misma.

Repasando las páginas de mis viejos cuadernos siempre encuentro algo sobre ella, la última vez encontré esto:

La manía de escribir me queda incluso antes del incidente, al principio lo hacía para ayudarme a recordar para matar las horas aburridas del hospital, así fue como poco a poco ella me fue leyendo, ahora escribo por el hábito y casi siempre el tema eres tú, desde el principio fuiste mi musa y eso te gustaba. Me gusta escribir porque es como hablarte ahora que no me lo permites, sacarle provecho y hacer algo productivo de todo este embrollo en mi cabeza, en ocasiones es verdaderamente simple, solo alegrarse de todo lo sucedido y seguir adelante para darle a la vida otra oportunidad de que te golpee con un bate, pero si solo camufló toda esta lección no podré realmente decir que la he superado, que he aprendido, no quiero solo enmascarar lo que me pasa, quiero vivenciarlo y solo entonces seguir adelante, con el orgullo silencioso de las conquistas sobre uno mismo. Estuvieron los días en los que

con este afán, me deje consumir por el enojo, me mentía talvez, para hacer más llevadero un dolor.

Yo fui tu amigo, en mi pobre entender era de quien te estabas enamorando, fui el único que por poco enamora tu alma ¡Como me incitabas a hacerlo! Y al final me pateaste lejos, justo en el abdomen... no debí querer enamorarme de ti. Soy repetitivo lo sé pero como negarle a mi pluma la oportunidad de dejar salir lo que, a mi alma, angustia y enoja.

Seguro que entiendes que no puedo rogar o mendigarte nada, no palabras, menos cariño. Me molesto siempre ser tan necio, pero contigo... es difícil superar lo que nunca sucedió, deja un mal sabor de boca, una intriga, un puño cerrado que se pregunta lo que pudo haber sido.

Debes estar besándolo a él y huyendo de mí, sin saber yo a quien le mentes más y puede que sea a tu misma. Y te quiero y te odio y no me dices que hacer y qué no hacer y no me dices nada y ahí es donde pierdo quien soy, porque ya no llegaré a ser quien quiero, que era o es o sería tu amante autentico, porque aunque va de la mano con el caballero que una vez describiste acompaña a un deseo intenso de comerte a besos, de explorarte de nuevo, porque todas las veces eran como la primera, siempre nueva y siempre tú.

Al final juraste que todo era mentira y engaño... No es cierto, pero entiendo porque lo dices. Yo también me cuestiono sino me besaste y dejaste enamorarme de ti por venganza hacia él, sino lo hiciste porque él era un novio mediocre y yo solo estaba ahí... disponible. ¿Y sabes por qué me lo pregunto? Si todo era una mentira, porque en mi cabeza no cabe la idea de alguien diciendo que te quiere, que te extraña para un día después ordenarte que te alejes a cualquier costo, que no te acerques jamás, un día después... te odia. ¿Lo ves? ¿Cómo no preguntarme si todo era mentira? No digo que el derecho sea exclusivamente mío, pero si me pertenece, tengo derecho a preguntarme todo eso, tengo derecho a enojarme, a pedir respuestas.

Pero lo siento, nunca debí besarte... Dijiste que estabas enamorada de la persona errónea, dijiste que no lo amabas, incluso que él te mintió. No debí besarte...

San Valentín, me invitaste a salir. Pregunté por él “¿Y qué acerca de su novio?” Sin omitir “¡Por supuesto que saldré contigo” Ese fue mi error, el día que debes pasar con tu pareja, me quieres a mi...

“Bésame, Jo” Ahora, después de todo este tiempo, no sé con seguridad si lo escuché de tus labios o lo soñé.

Aún con todo esto, me eliminas terminantemente de tu vida, sin respuestas, sin explicaciones, con odio. Ya he pasado por esto, ya he perdido al amor de mi vida y no quiero sufrir, no quiero mendigar. Podré sobrevivir sin duda, extrañándote, preguntándome ¿Cómo sería esta tarde con ella? ¿Dónde estará ahora? Pensando si algún día podremos tomar aquel café juntos, si te volveré a besar y caer en ese encantamiento que nos atrapo antes.

Necesitamos... necesito cerrar ese capítulo y quisiera tener una tarde para sacar todo lo que tengo en el pecho y escucharte y abrazarnos como antes, cuando nada importaba.

Me abrí a ti, como con nadie antes, abrí mis páginas y pluma, abrí mi infancia y hablaste con el niño herido. Todo quien soy lo viste y te gustó, ahora me dices que fue un juego una mentira, que nunca serás “un trofeíto” más de “mi colección” una vez más, no sabes cuan equivocada estas.

Nunca fui un “Don Juan”, al enamorarme de ti no tenía cabeza para nada ni nadie más. Nunca te mentí, pero tampoco debí decirte la verdad. Y si ahora tengo en derredor mujeres que llegan con intenciones, a las cuales no puedo corresponder es porque quieren cuidar del herido, al corazón sufriente y ahí estoy sin estar realmente. Y vos crees que lo mío solo eran ganas de llevarte a la cama, ese deseo estaba ahí por supuesto pero acompañado de las nobles ganas de quererte y es quizá lo más doloroso, que dudes de ello, cuando yo sé bien que tú sabes, no es así, pero no sé porque dices eso, porque me acusas de ello.

Escogiste a tu pareja, ¿Qué puedo hacer yo? No sé qué hacer conmigo mismo, con el dolor, con las canciones que me hablan de ti.

¿Por qué haces esto? (“why you do this?”) Nunca pensé que lo diría con tanto sentimiento, ¿Por qué no me dejas hablarte? Dame ese tiempo, quedarme con todo esto pesa, pesa demasiado.

Te preguntas: “¿Cómo no lo vi antes?” Creyendo que te cubría de una red de mentiras, es una pregunta valida, pero déjame plantearte una pregunta a ti, quizás tú la puedas responder ya que parece lidiar con profesionalismo todo este conflicto: ¿Cómo detengo este dolor insano?

No tienes derecho a decir que todo fue mentira, es lo único que no puedes afirmar, lo único.

Es un poco extraño que en tan poco tiempo puedas germinar tantas sensaciones tan antagónicas, el enamoramiento más puro, el dolor más agonizante ese que

no se va nunca, el enojo que hace más daño al dueño que al objetivo, la alegría más auténtica de las cosas más pequeñas.

¿Cómo podrían culparme de olvidar por completo la existencia de tu pareja? Leyendo tus líneas, escuchando lo que me decías, con los besos de por medio, con tu evidente gana de estar cerca aunque fuera por el egoísta afán de solo reír conmigo para olvidar que él te reclamaba por los rumores acerca de nosotros. En todo ello había cariño, había emoción, en mi golpeada cabeza no cabía la idea de que en tu interior guardabas dolor y recelo por ser feliz. Mientras con él hablabas dulcemente, quizá o tan solo reportabas tu día como se hace con las parejas de mucho tiempo, me tenías a mí con mi pasión por ti, por el placer de fundirnos en un beso y más. En mi mente esa dualidad nunca sucedió tú eras la única consciente de todo ello. ¿Por qué escogí ignorarlo? No lo sé...

¿Cuántos “te quiero” o promesas para con él? Seguramente lo hacías cuando te alejabas de mí por algunas horas, a veces un día... Pero ya estoy harto de esto, de mí, de tu recuerdo constante, de la sonrisa que dibujas en mi rostro, ya todo fue un sueño difuso, ya no hay nada y nunca más me veras. Solo fueron meses y besos ¿Por qué insistes en quedarte en mí? Ya te lo he dicho la única anestesia contra ese dolor, en ocasiones, son otras mujeres, lo que podría decirse lidiar con el dolor a través de actos poco acordes.

Y me lo advirtieron, que debía alejarme de ti antes de que fuera demasiado tarde, pero nunca quise hacerlo, de alguna manera espera que tú lo hicieras por mí, y aunque siempre te fue altamente difícil al final lo hiciste de manera abrupta y absoluta, hasta el punto de odiarme.

La especulación de porque lo hiciste estuvo de boga, si éramos tan felices y nunca nos herimos el uno al otro porque ahora después de tanto tiempo me dejas para irte detrás de una relación nociva, no tiene nada de sentido, claro que el sentido común no manda donde los sentimientos son soberanos.

Si juntara todas las páginas que por ti nacieron sería evidente la montaña rusa de emociones. Debo reconocer que una parte de mí se ponía límites, los límites de la dignidad del amor sano, él que escondía la pasión por respeto o por las promesas que te hice. Pero al final todas las reglas y límites fueron rotas. Nada hubiese importado sino lo hubieras escogido a él, por la razón que fuese.

Esta ahí esa idea del tiempo que pasa e inevitablemente nos encontraremos de nuevo para complicarnos una vez más, como si no lo pudiéramos evitar, muy

probablemente nunca suceda y si llega a darse seguramente todavía me odiarás, pero me gusta pensar que al final de la jornada puedo vivir sin arrepentimientos. Como el hecho de que hayas leído tantas páginas de mis viejos cuadernos, las crónicas de mi abuelo y demás, por supuesto que no me remuerde pero ahora nunca sabré lo que piensas porque siempre pospusiste hablar de ello.

Ahora me queda el recuerdo de cada beso, como recordar cada minuto y lo que es mejor... o peor, lo que nunca se dijo o la costumbre de imaginar, imaginar tu abrazo, tu voz, tu mirada, hacerte el amor,... Para alguien que está cansado de sí mismo, de escucharse y leerse, no parece hartarse de imaginarte. Quizá después de todo debo agradecerte, gracias a ti escribo con mayor facilidad, algo inspirado podría decirse. Debes saber que te extraño, de ahí viene la inspiración, siempre brincas en mi mente, en el sueño, en el ocio, en la labor, en todo, con tu rostro, siempre vivo... ¿Por qué rayos no te vas? Me atas a ti y no nos merecemos, te convertí en algo que odias y me odio por ello... Tiendo a imaginar tu risa, tan claramente, por lo que digo y hago, te ríes plena, como lo hiciste todos los días, a cada minuto,... ¡pero vete!

Todas estas páginas y más tomaron su tiempo y tuvieron su turno, algunas más viejas que otras, por eso tienen un dolor o una ira claras, discúlpame por ello, no te quiero herir, pero escribiendo todos los días, con sus eventos cotidianos se convertían en inevitables las palabras nacidas del sentimiento.

Yo no luché por ti... no pude, no quise... y no sé si fue la decisión correcto, solo no quería que me odieras más...

Nunca tomé en cuenta que Sebastián podría estar verdaderamente enamorado de ti, ¿Por qué otra razón lo aceptarías como pareja? Discúlpame por ser tan egoísta. Nunca considere que el fuera bueno para ti, una vez más me engañé, tratando de hacerlo más fácil.

El sufrir en silencio, cantar con un nudo en la garganta y dormir con pesadillas me hace merecedor de esta historia pero nada más, no hay otro privilegio.

20

Un día me encontré sorprendido y sonriente, con un sentimiento muy claro en el pecho, una sensación agradable, un buen sabor de boca, recién acababa una sesión de ejercicio de las cuales participaba con afanes de volver a mis mejores días, bañado en sudor, con las manos temblorosas, con los ojos cerrados, escuchando una música suave que utilizaban para calmar los ánimos de quienes respiraban con dificultad y arrítmicamente.

Sentado con el abdomen inflándose tratando de tomar todo el aire al derredor, la frase vino a mí, suave y sin conflicto.

-Gracias, mi amor.

Gracias por aparecer en todo y dibujar una sonrisa, por enseñarme tantísimas lecciones.

Por primera vez en mucho tiempo ella llegó a mí sin ningún tipo de conflicto, después de las semanas que pasan, todas las letras, toda la música, tantísimas preguntas. ¿Por qué? ¿Por qué después de todo este tiempo llega a mi memoria ella y me hace tanto bien? Cualquiera en un sano juicio se alejaría de toda ella, incluso lo bueno, que en ocasiones es lo que más daño causa, ¿Cómo es que ella no se separa? y más importante ¿Cómo es que esto no me hace daño? Cuando le veo y me mira con sus ojos cafés y tristes, muy hermosos pero ya un poco vacíos, como si de todo lo que fuimos no quedará más que un vago y superficial residuo, cuando nos encontramos de frente o incluso en ocasiones a cierta distancia, es doloroso darme cuenta el recelo que tiene de ese encuentro, la frialdad de sus palabras, la falta de cariño en su tono de voz, todo es completamente diferente y ajeno a mí y en la misma medida pernicioso.

Y aun así en la distancia me ufano de la historia breve que ella representa, es extraño, como si estuviera verdaderamente feliz de haber vivido todo esto con ella, y aunque siempre se lo dije, era la primera vez en esa tarde fría que lo sentía con tanta veracidad, sintiéndome diáfano, pleno y completo.

Sería una mentira negar que me gustaría cambiar muchos sucesos, con esa costumbre tan necia de quienes no sabemos vivir bien aún, lo que cambiaría no sería más que pequeños momentos donde besarla siempre fue una

posibilidad.

Me pregunto qué pensaría ella si llegará a saber todo esto, pero sin sufrir solo me lo cuestiono. Supongo que así de profundo lo he interiorizado, al punto que no importa lo que nadie más pudiera pensar, incluso ella, lo importante se convirtió en la básica idea de saber que pasa por mi mente, y sacar de ello algún provecho y quizá algún día me animaré a acercarme a ella y rodearle como antes y besarle despacio, tan despacio como eterno.

21

Siempre me encuentro escribiendo como si hablase con ella, es gracioso quizá esté perdiendo la razón, tal vez es solo una vieja costumbre.

Pero la verdad es que han pasado semanas desde que cruzamos la última palabra, han pasado semanas desde que nos vimos por última vez y ella no habló, no respondió a mi saludo, fue muy ingenuo de mi parte creer que lo harías y al verme me regalaste una mirada que nunca olvidaré, de odio. Mis amigos que me conocen aunque yo apenas les recuerde o no del todo, afirmaban que nunca se me vio tan feliz y pensativo al mismo tiempo pero ahora que todo ha cambiado me recuerdan las lecciones de vida que ninguna persona en medio de un dolor logra encontrar prácticas: “Ya no te preguntes nada más Jo, no vale la pena” “Déjalo ir sigue adelante” “Olvídate de ella no te está haciendo bien” y nunca falta: “Solo es una chica más, ¡el mundo está lleno de mejores!” Y tienen razón pero extrañamente al despertar viene a mi mente, en las noches de insomnio que antes eran tan amenas a su lado ahora me quedo con su fantasma y en los atardeceres rojos, los mejora con su recuerdo, los arruinas con su ausencia y por ello le reclamo tan vívidamente: “¿Por qué no te largas de mí?” Y ya creo escuchar a mis más viejos amigos que me triplican la edad a los cuales si recuerdo con facilidad porque una vez más es más fácil recordar a quien te daba un cariño doloroso: “Solo búscate otra”

diría el que en su juventud gustaba de ser promiscuo “Eso no tiene importancia” diría el más fatalista. Y tienen toda la razón pero nada me cura, porque todo eso lo sé pero nunca me deja de importar, y las demás mujeres solo enmascaran con su calor, su saliva y su risa una falta que no se llena con facilidad y entonces me digo a mi mismo, como recapitulando todo lo sucedido:

“Esto de estar enamorado es como estar enfermo, en definitiva te quieres mejorar, pero pareciera que no depende netamente de ti”

Y nunca he estado tan equivocado, porque leyendo a psicólogos todos afirman de que puedes detener un enamoramiento, todos afirman de que puedes escoger de quien enamorarte, quizá ella pueda, quizá las personas maduras puedan, incluso aquellos que ya aprendieron la lección de la peor manera, pero no yo, o no al menos aún. En lo único que me concentro es en su recuerdo, incluso en las clases de la Universidad que solían ser lo que más alegría me daban, lo que más me realizaba ahora me encuentro distraído y todos creen que mi concentración se ve afectada desde el incidente y que nunca volveré a ser el mismo, pero no es eso, todo lo recuerdo sin dificultad, aun puedo volver a ser el mejor de la clase, pero no cuando entro menguado porque cada rincón me recuerda a ella.

Con ella visite por primera vez después de salir del hospital, algo prematuro pues apenas caminaba sin agitarme el lugar del incidente, sin duda alguna fue difícil para ella ir ahí también, era obvio pero no tenía claro ¿por qué? Y ahí, cerca de donde todo sucedió, estuvimos románticos y explícitos por primera vez y pensamos en el beso y ese lugar se convirtió en el peor y el mejor de mi vida.

Con el tiempo que paso y ya en mi soledad, volví a una banca cercana, siempre me siento ahí y sé, sin duda alguna, que ella ni siquiera ve ese lugar o lo recuerda porque lo odia, todo fue tan intenso para mí pero para ella era un dolor enamorarse mientras estaba con Sebastián y después dejarse llevar con un sentimiento que compartió conmigo la hizo tan feliz por un momento que la culpa fue todavía mayor y que llegara a odiarme solo era un síntoma un daño colateral, así imagino fue como llegó a no soportar verme sonreír y no soportar compartir el mismo aire.

22

Las semanas pasaron, llegamos a casi dos meses sin vernos sin hablar, casi llegué al punto de creer que estaba bien, sin dolor, sin pena ni gloria, pero no contaba con algo inevitable, tarde o temprano nos encontraríamos frente a frente y aunque me pregunta en muchas ocasiones como sería esto, nunca pude ser acertado adivinando el futuro.

Ver la revivió antiguos dolores y género nuevos, porque la mirada era cada vez más deleznable,

mas el dolor dio paso al letargo. Y ahí estaba:

-¿De verdad crees que todo era mentira? – no me explicaba a mí mismo el aborrecimiento, si esta no era la razón ¿Cual entonces? Pero ella sabe que no es mentira, o al menos eso esperaba... ¿Cuántas veces me he convencido a mí mismo de seguir adelante? Y sigo aquí en averiguaciones inútiles. Y vos ¿qué te dices en el silencio?, ¿qué haces cuando al final del día quedas sola en tu habitación? Quizá no te obligaste a detestarme.

-¿Por qué si me quieres.... me odias?

- Porque odio quererte

Ya no puedo creer nada... quizá después de todo lo haces auténticamente, me detestas.

23

Es agotador escucharme a mí hablar con la voz interna “¿Qué estará haciendo en este momento?” Especulando para nunca adivinar, muy probablemente en los brazos de Sebastián.

De pronto un llamado me hace voltear la cabeza a la izquierda recordándome de una contracción muscular que hace una expresión de dolor en el giro.

Es ella, está aquí, sin saber qué hace ni lo que hace en mí.

-No te estoy besando, no te puedes enojar... te tocó con mis labios pero no te beso... Dime que no quieres que me vaya, dime que te encantaría pasar la noche conmigo, dime que quieres hacer el amor, niégame, si es puedes, que llegarías a amarme...

Tiembla... su respiración es tan notoria y agitada, su pecho sube y baja y ella cierra los ojos en un esfuerzo inútil por calmarse y sigue mis órdenes... es tan mía como no quiero que lo sea, porque no es una relación de poder, pero la tensión sexual es tal que esto se provoca, tiene esa mirada, la mirada de una mujer de fuego.

Sostengo el bolso pesado en mi hombro... ella me detiene antes de que me vaya y me indica que olvido algo... tan pequeño tan insignificante, “pensé que querías quedará”, mueve la cabeza, oscila entre niña cándida y mujer poderosa.

-¿Por qué te hago perder el control?

-¡No lo sé!

- ¿Solo conmigo?

-Si

-¿Me quieres?

-No lo sé

-No... no lo haces, lo sabrías, pero podrías amarme... pero no quieres por la

estúpida manía de quedarte con él, ¿Qué es lo que él te da?

... Silencio... Nunca lo sabré y nunca lo entenderé.

Toco sus hombros con pocas pecas, piel perfectamente suave, este debe ser el paraíso terrenal.

-¿Por qué tengo la sensación de que quieres llorar? ¿Por qué tengo la sensación de que te quieres lanzar sobre mí?-Te pedí respuestas y explicaciones un par de veces nunca las obtuve y mira donde estamos ahora... ¿Por qué me invitas a perderme? ¿Crees que esto es un juego? Sabes perfectamente que no me puedo controlar, perfectamente te haría el amor aquí mismo... ¿Por qué no lo hago? ¿Por qué recuerdo tu mirada de odio? Y me tiendo a alejarme, ¿Quién puede actuar de esta manera? No quiero que te alejes, y esperaste hasta que el rencor llegará a mi corazón para acercarte, como si ignoraras que hace un tiempo hubiese hecho cualquier cosa por ti, ahora no... Quiero alejarme antes de que lo hagas tú con tu caprichoso proceder, tus ideas locas y ocultas...

Comienzan los besos profundos que todo lo borran con su lengua y muerde...

¿Por qué siempre te gustó tanto morderme? Y yo soporto el dolor... tenías razón... es dulce

Y me alivias con tus lamidas, ¿Cómo puedes ser tan diestra en este arte de besar? Podríamos hacer el amor ahí mismo, de pie, pero ¿Quién nos callaría? Ahí va mi camisa... siempre tuviste cierta prisa, yo soy el torpe que se toma su tiempo, siempre olvido la culpa que debe pesar como un yunque en tus hombros, te desprendo de cualquier otro peso y en ese momento sé que no hay vuelta atrás, esta vez mis manos se ocupan de recorrerte, mi boca no se puede desprender de la tuya, he extrañado esto, ha pasado mucho tiempo y eres tan liviana, ¿Cómo tus caderas puedes ser tan ligeras? Me rodeas como solías hacerlo... ¿Qué te tomó tanto tiempo? Lo he extrañado... ¿Y si uso fuerza excesiva? Lo siento, ya poco me puedo controlar, ahí está ese perfume, no ha cambiado nada, es una locura, lo único que no debo hacer, no debemos hacer, fuera de fantasear con esto mismo, es lo único que nos podría salir mal, así como lo único que podría salvarnos de esa vida, esa vida del uno sin el otro.

24

- Manzana verde.... No sé qué significa
- Con solo sonreír creas galaxias...no te quiero encerrar en mi pequeño universo...

Siempre hubo de por medio esa lucha, el no querer herir al otro, quizá somos demasiado jóvenes para entender que las mejores historias de amor son las

que no se completan, las que nadie escribe, las que poco cuidado exigen. La nuestra, la efímera historia, quizá solo valga la pena que tú la leas, tengo la impresión de que solo tú la entenderás, puede que ni te guste, puede que pienses que solo soy un necio, pero si cabe la ínfima posibilidad de conmoverte valdría la pena el intento, después de todo dijiste que podrías enamorarte de mis escritos, no de mí.

Una conversación después de mucho tiempo, encontrándonos en una de las calles de la ciudad que nos cobija con su hollín y su ruido, pero me dices: “Este no es el lugar ni el momento para hablar” como aprensiva, me pregunto de que tendrás tanto recelo.

-Entonces... dime dónde.

Un silencio un poco incómodo me da a entender que no existe el lugar ni el momento indicado, que ya esa oportunidad murió hace mucho tiempo.

-Prometo no ser romántico- dije en un torpe intento de persuadirte- solo es una charla, solo es un café. Percatándome de mi verdad a medias pienso en como los cafés han sido la excusa perfecta por tantísimos años para los viejos amantes.

Terminas accediendo, sin saber yo porque razón.

Una vez en un café el cual nunca visitamos pero nos atrajo con su olor a semillas secas y desinfectante, irónicamente estos aromas camuflaban la bebida caliente que buscábamos. Con su encanto semi-oscuro el lugar nos invita a la reconciliación, a evitar los reclamos, a hablar de cualquier trivialidad que te haga sonreír.

Pero ya sabes que fuimos geniales para arruinar los mejores momentos, o quizá solo era yo.

-¿Puedo preguntarte algo?

-¿No es esa la razón por la cual estamos aquí?-sonreí a su respuesta-

-Acaso... ¿fui una herramienta? Perdóname por insistir en este detalle pero ¿Cómo quieres que cierre este capítulo sin ninguna respuesta concreta o pista clara?

- Es mejor que no sepas nada- siempre tan estoica que me sorprende en ocasiones, es como hablar con una persona completamente distinta a la que me pedía no tener ambigüedad en mis mensajes, en mis palabras.

-Siento que... me siento herido... quisiera reclamarte, pero es toda mi culpa.

Por vez primera en tu presencia... una lagrima de amargura, quizá de rabia, pero muy probablemente una lagrima por ti, por lo que nunca llegamos a hacer, se asoma insolente y rueda con prisa por mi mejilla, a media altura de mi rostro la atrapo con mi pulgar en un gesto sorprendido.

Y al mirarte... ¡Dios mío!... ¿Cómo es posible que luzcas más hermosa?, es cierto tú ahogas el llanto. ¿Alguna vez tuviste lastima por mí? ¿Empatía? Siempre pensé que yo no cruzaba tu mente para despertar cualquier sentimiento indulgente o caritativo. Verte así es muchísimo más de lo que puedo soportar, nunca quise ser un problema para ti, y ahora míranos... ¿Por qué es tan difícil? Sé con prontitud cuando me enamoro, no pasa muy a menudo pero cuando se da, es rápido, y es una locura infinita, me vuelvo una bestia apocalíptica, creo que se debe a eso que me sea tan difícil ser entendido en este arte, sé que el tiempo pasara inevitable y eventualmente el dolor se irá y volverán los días felices y nos daremos cuenta que es mejor vivir este sentimiento y sufrir por él que haber sido omitidos por esa avalancha. Me queda el sin sabor, quizá tú no tuviste ese problema, no estabas enamorada de mí o al menos no con la misma intensidad, aunque por momentos no me cupo duda, lo estabas... es así de confuso y yo no tengo respuestas y sé que es estúpido buscarlas.

Dos personas lloraron por nuestra historia, (alguien tenía que hacerlo abiertamente) la primera fue una joven estudiante de medicina que encontrándome distraído en las clases, imaginando que era el trauma del incidente lo que no me permitía concentrarme, me pregunto:

-¿Está todo bien?

Despertando de mi letargo- Sí, solo estaba pensando-

Profesores y estudiantes nunca llegaron a tener esperanzas de recuperar al viejo Jo, el entusiasta que nunca se callaba.

Al salir de la clase la chica se colocó a mi lado para acompañarme en mi lento caminar, sentados en una banca donde esperamos el bus, escucho con paciencia y a cabalidad todo lo que tuve que decir, lo que podía recordar en ese momento, sin darme cuenta estaba llorando con un pañuelo en sus manos. Creo que lloraba por sí misma, deseosa de vivir algo similar a lo que le contaba, no atinaba a decir nada congruente aunque no paraba de hablar una vez que tuvo la oportunidad. Siempre dije que me era algo desagradable hablar de mismo y mis problemas y viejos traumas pero en esa ocasión soltar

todo aquello me aliviano la carga considerablemente, logré pasar algunos días con cierta tranquilidad.

La segunda fue un viejo amigo, me siguió hasta mi casa huyendo de la lluvia y la soledad, una vez en mi cuarto encontró algunas viejas paginas regadas por el escritorio de estudio, leyéndolas furtivamente mientras yo me distraía en ser un buen anfitrión, me grito:

-¿Qué es esto?

Dándome cuenta de lo que tenía en sus manos decidí actuar con indiferencia en un mal intento por esconder mi pena o ansiedad.

- Solo son algunas cosas que escribo cuando estoy cansado de repasar los apuntes...- y mi expectativa se caló.

- Es usted un idiota.

Sin pena alguna seco sus lágrimas, siempre fue un tipo de sensibilidad y parece que le gustaron las desordenadas palabras que se encontró.

-¿Qué sucedió al fin... con... ella?- me preguntó

Mi sonrisa torcida que se asoma- Nada, decidió quedarse con el otro-

-¡Vaya!, lástima, se suponía que debía escoger al otro... a usted, es decir, el idiota que llegó de la nada a confundirla

- Ni si quiera sé si la confundí...

-Ya veo, bueno, todos somos un mundo y sería difícil comprender sus razones.

Ver la reacción de estas dos personas me hizo preguntarme si valdría la pena tener algún mal registro de todo, organizarlo, tratar de colocarlo junto de la mejor manera posible, he aquí el resultado, segmentos, ideas vagas, capítulos de crisis y de las alegrías, imaginaciones y reclamos tácitos. De esta manera era la única forma en la cual pensar en ti sin sentirme tonto o culpable era posible, si al fin algunas páginas quedarían como pequeña muestra de todo lo que nace por ti, algo de provecho logramos sacar de ello, me gusta pensar que así será si llegas a leerlas.

“Por ti ser experimentado y pueril al mismo tiempo, tiene sentido, más que eso es inevitable. El no querer verte por la simple razón de que, ¿Cómo podría controlar? Cualquier sensación, acción, consecuencia. Aun te veo en todas partes, aun eres tan hermosa como el primer día y todo tiene tu nombre, tu sello. Dices que fue hipócrita el reclamo, lo único hipócrita fue darme por vencido cuando dije que no lo haría. Y lo único innegable es que te extraño y no saber si, si quiera, cruzo tu mente. ¿Qué tipo de recuerdo género? “

Y así en pequeñas piezas sintetizo mis pensamientos aleatorios, que reúno aquí, una vez más son solo un intento de grabar todo un mar de emociones, el mar que eres tú, el mar donde quise navegar, aunque me advertías tanto no hacerlo... me alegra nunca haber hecho caso de esas advertencias.

En algún momento me dejo de importar recuperar la memoria cuando podía hacer nuevos recuerdos y experiencias con ella

-¿Cuándo dejaras de estar molesta conmigo?, no tienes porque, no tienes el derecho de tratarme como si hubiese hecho algo malo. Se supone que soy yo quien debe estar enojado, porque me hiciste enamorarme de ti... Si yo hubiese sabido que este sería el resultado, jamás te hubiera besado, porque yo te quería en mi vida, era lo único que te repetía. ¿Acaso no extrañas ser feliz? ¿Acaso no extrañas reír? ¿Acaso no extrañas... a mí? Ya no hablo de algo romántico, hablo de lo que sea que podamos ser, algo que se pueda salvar y cuidar y trabajar... tendremos un fin sin duda, y quizá no sea el que yo deseo, pero no estaremos en este juego toda una vida, puede terminar mañana o quizá en años pero mientras tanto me gustaría estar bien contigo, es quizá lo único que importa, ¿podrías encontrarme a la mitad de ese camino?-seguía hablando en el café-

-¿Eso es todo lo que quieres? Que nos llevemos bien

-Si es todo lo que quiero, es todo lo que necesito, quiero que te importes por mi como yo me importo por ti o sino mi amor por ti puede morir y no quiero que eso suceda, quiero que estés bien quiero que seas feliz y si eso es con Sebastián perfecto que así sea, pero también te quiero en mi vida.-me detuve por un momento- ¿Qué significa lo de la manzana verde?

Una vez me encontraste mirando al vacío, siempre te preocupó mucho esto, como si tuvieras miedo de mis crisis, debes saber que me hacen mejor persona o al menos un poco más fuerte, te dije que solo recordaba algo, que no te preocuparas que te lo contaría después. Como te era imposible vivir sin respuestas esa misma tarde me preguntaste:

-¿En qué pensabas esta mañana?

- No, solo recordaba que...- me decidí a ser completamente honesto contigo- cuando niño, no era un problema estar privado de ciertas cosas, como dinero, después de todo eso a un niño no le importa o no lo entiende y no tenía de que

quejarme una cama con un techo y todas las frutas que pudiera robar (aun cuando en las tierras de mis abuelos abundaban los árboles frutales) pero había algo que siempre resentí una vez grande, un padre que nos abandonó y una madre que decidió prescindir de mí, nunca un cumpleaños celebrado, nunca un beso o abrazo recibido, no sabía yo que aquella desolación que me era natural de niño pesaría de grande al compararme con los demás. Tenía a mis abuelos que me querían a su manera e inculcaron lo mejor de mí, pero siempre tuve la sensación de no ser deseado, me pregunto ¿Cómo puedo ser tan feliz, vivaz y alegre? Será que lo camuflé con el bullicio, o tal vez tenga razón, las desgracias y situaciones difíciles nos hacen más fuertes y nos enseñan a valorar lo que logramos en la vida- Entre estas y otras confesiones de niño herido no dijiste nada más que:

- Sin duda eres una naranja con sabor a manzana verde.

- Me gustaría ser más una pera... son suaves y una vez que uno no tiene dientes son más fáciles de comer- dije pensando en una metáfora que tuviera sentido.

-No... manzana verde, me gustan más.

Ese cumplido, de esa ocasión fue la primera vez en mi vida y hasta ahora la única en que un elogio no llegó a mi ego, lo brinco y fue directo al niño que una vez fui. Esa hazaña me confirmaba que si al menos no era correcto enamorarme de ti, me volvía imposible oponer resistencia. De las poquísimas certidumbres de la vida.

Como la certidumbre de tu cariño, nunca me preocupó que una vez juntos decidieras que otro sería un mejor partido, otro merecía más tu compañía (puede que ese fuera el caso) sino que nunca te animarás a estar conmigo, que te alejarás, no lo sé, una parte de mí confiaba ciegamente en ti, nunca se formuló en mi mente algún mal concepto, sabía con certeza que eras noble y maravillosamente buena, con los valores y las metas arraigados. Es una buena lección, “Planea sorprenderte, es el único plan que no fallará”

25

Todo conduce a ella, hasta alguien que me llama cobarde. Un conocido común que me encuentra en calles alejadas a las acostumbradas, manejando para distraerme, me pregunta por ella y yo contesto con una risa burlona, se extraña y me dice que le ha visto, que tienes el semblante triste, pero que no demasiado, solo algunos días, que fuera de eso se le ve bien, que le preguntó por mí y que soy un cobarde por no intentar estar con ella, sin saber que lo intenté

Me encuentra para insultarme por miedoso, y para evacuar la duda de si ella me recuerda, de si alguna vez piensa en mí.

26

Hubo otro encuentro más memorable... con Sebastián.

Camino a la biblioteca lo encontré de frente, tiene su carisma, como un encanto que le funciona con todos, claro está que mi persona esta eximido de un buen trato, me es claro verle alterado, la mandíbula tensa, una vena en la sien o la frente. No puede sostener la mirada, supongo que la única razón es para evitar acercarse y golpearme justo en el rostro. Esta vez yo me acerqué a él, no sabía si tenía algo que decir, pero un impulso inocuo me llevo a hacerlo. - Si usted la hace feliz, si usted es todo lo que ella necesita lo mejor es que se queden juntos, yo no podría odiarle por eso, usted no me odie...

No dijo nada, pero estaba verdaderamente sorprendido, nunca nos hablamos, en lugar de una enemistad había más bien una indiferencia ofensiva.

Supongo que se debe al hecho de enfrentar el orgullo propio, es más fácil pensar que alguien no es digno de ser encarado.

Mi ética, hasta este punto no la he cuestionado, supongo que se ha ensuciado ya lo suficiente, pero mi moral que define la ética no es la misma que la de un occidental, inevitablemente en la vida nos ensuciaremos las manos, y siempre he pensado que no animarme a vivir es mucho más lamentable que reprimirme basándome en valores muy recientes, que no son malos, pero con los cuales no se me crio.

¿Cuántas veces deje escapar un amor? Ya estoy muy viejo para eso... la

cobardía de la cual se me acusó es cuestión de hombres pero no para los amantes.

Animándome a besar he encontrado respuestas favorables y sorprendentes y tan solo un par de bofetadas indoloras, me imagino que cuando las décadas pasen y haga yo un repaso de mi vida amorosa o de las páginas escritas pensaré que no era más que un torpe ufano que no sabía de lo que hablaba, por ahora mi consciencia está tranquila, es ahora lo único que es mío realmente y la vida que he construido ha sido solo un día a la vez, si nunca hubiese besado a Marcela, estas páginas no existirían, no hubiese entregado tanto de mí y lo que pudo haber sido no lo sabremos nunca, por ahora, es innegable que he ganado enemigos en la vida pero que son en más las historias de amores felices y amigos de toda la vida.

27

Tengo que decir que en ocasiones mi cerebro es cruel, o simplemente un idiota.

Recientemente, después de todo el tiempo que ha pasado y las cortas conversaciones con Marcela donde me reitera su desdén, tuve un sueño, largo pausado, duradero y de esos que lastimosamente no olvidas al despertar.

(¿Mis recuerdos? Pareciera que mi mente no se esfuerza en recuperarlos pero

un sueño como este “¡No hay problema!”)

Estaba en casa, el ambiente familiar de paredes que sé de memoria y puedo recorrer con los ojos cerrados. Sentía el cabello mojado, pero ya tenía cierta cantidad de ropa sobre mí, como si me preparara para salir, estaba saliendo de la ducha, de pronto junto al espejo aparece Marcela, con su expresión demasiado sería, la cual he visto por tantas semanas, viendo fijo a su reflejo, como evitando reconocer que existo y estoy próximo. Con los ademanes de quien se arregla, los dos pasamos un par de minutos al lado del otro, no tiene mucho sentido que ella estuviera en mi casa, que compartiéramos un espejo, pero después de todo era solo un sueño, no hay que esmerarse mucho en encontrarle sentido.

Al fin, como quien cancela los planes, bajé mis brazos y le mire por el espejo, ella al notar lo trató de seguir en su juego pero no pudo ignorar verse interrumpida:

- Yo no quería esto...

- Es lo que tenemos – dice como quien entiende a cabalidad a que me refiero.

- ¿Cómo te va con él?- al parecer en sueños hago preguntas que en la realidad no me atrevo.

- Bien...

Me gustaría adivinar si miente, como podía hacer lo con la mayoría de personas que conozco pero como ella no es común o al menos no para mí, nunca pude adivinar nada detrás de sus hermosos ojos, o su sonrisa maliciosa, para mí todo ese universo siempre tuvo un lado oculto.

Por alguna razón, sin cavilar, me acerque a ella, después de tantos meses de distancia, estaba cerca de ella, tan cerca como al principio de todo, tan cerca aunque fuese en un sueño.

Pero el calor y la emoción se sentían reales, el cerebro puede construir una realidad de la nada.

Ella no se retiró, como creo sería su reacción, sino que bajo su mirada a mi pecho, siempre le gusto ese espacio, eso lo sé de seguro.

Trato de encontrar su mirada, y cuando ella levanta el rostro, lo recuerdo perfectamente como el primer beso, es tan absurdamente hermosa, sus mejillas que sobresalen provocan tomarla y recorrer su cabello hasta la nuca, como la primera vez. Y no me cabe duda, tengo cara de idiota, pero ¿Cómo no estar idiotizado ante un rostro tan bello? Mis ojos expresan mi admiración,

entrecerrados como tratando de encontrar algún indicio de deidad.

No quiero pelear, han pasado tanto tiempo desde que no le toco, no quiero arruinar esta sensación de felicidad. Hace tantos años que nadie provoca una sensación semejante en mí, debíamos disfrutarlo, intenté que entendiera con mi cercanía que todo el cariño que siempre le proferí estaba ahí, latente, tan real como siempre, aunque ella no quisiera creerlo.

Ahora ambos cancelamos los planes y comenzamos a caminar por la casa, uno al lado del otro, cediéndole el paso solo donde era necesario, conversando con la tranquilidad de antaño, estando tan familiarmente cerca como siempre nos gustó.

Una vez postrados en el sofá individual ella casi totalmente sobre mí, con la televisión, programas estúpidos de fondo y un fantasma a su lado (no sé quién era, pero solo era un sueño). Nos concentramos en revivir lo que fuimos, entrecortados por razonamientos del presente:

-Ya no vivo donde antes- dijo súbitamente.

-¿Tenías miedo de que me apareciera de la nada y te buscase?- respondí en claro son de broma.

- Si -entre risas, continuo- que aparecieras de la nada en mi ventana tocando el vidrio, conozco lo vehemente que puedes ser.

- ¿Dónde vives ahora?- pregunté con mi autentica sonrisa torcida.

- Más lejos...

Mencionamos al tipo que baila con ella ahora y tiene los derechos del amante exclusivo pero nunca con odio de mi parte, nunca con culpa de la suya, como si fuera un tipo totalmente nuevo en su vida.

- Él es comprensivo, entiende cuando tengo malos días. –Para aquel entonces yo era el causante de sus malos días con solo aparecerme fortuitamente.- Un día me dijo: “No me preocupa que otros hombres te busquen, sé que eres muy linda, siempre será así”- y esto me pareció escucharlo con voz masculina, pero ella siguió: Por eso no me gusta arreglarme mucho, no quiero llamar la atención.

Le tome de sus mejillas suaves, como es mi costumbre, es decir, era mi costumbre:

- Suena como un tipo inteligente y maduro, tiene razón eres hermosa y tú... no puedes esmerarte en ocultarlo, porque está ahí y es demasiado evidente. – acercándome más le dije- En mi caso no puedo concentrarme en tu belleza, solo no puedo, siento que de hacerlo perderé la razón o moriría.

Y justo ahí, después de meses de no ver esa expresión, ella adopto una actitud tan profundamente dulce, me miro como solía hacerlo, como cuando profería amor por mí.

Incluso en este momento lo recuerdo con claridad, es injusto que sea tan bella. Nos besamos, porque ya era inevitable, con la misma pasión que siempre nos caracterizó, por un breve momento nada más, ella se detuvo para retomar aire, siempre tenía que hacerlo, por mi parte nunca me quería detener.

Me dejó hablando casi solo, para verme del pecho a los ojos y el cabello, como buscando algo, como si acaso fuera digno de admirar, comparado con ella, pocas cosas quedaban tan esbeltas, que ameritasen verse con detenimiento, pero ella lo hacía, conmigo.

Y con su particular manera de mirar antes de hacer algo malicioso o divertido, se acercó, pensé que quería iniciar un beso pero se desvió en el último instante para dedicarse a besar mi pecho apenas descubierto por un cuello de camiseta angular, primero como quien besa dulcemente la piel de quien ama, en seguida con el tempestuoso libido que ella siempre quiso retener sin éxito. Con sus dientes, con su lengua, logró sacar de mí un gemido ahogado y revivir como si fuera real el placer más ígneo. Nunca pude soportar sus torturas de este tipo, rápidamente tomaba un papel activo donde era yo quien le besaba y recorría, esto porque era insoportable sentir como sus labios quemaban y no hacer nada al respecto, si ella lograba sentir una ínfima parte de todo lo que me generaba con sus caricias podía yo darme por cumplido y buen amante. Solo en las mujeres que un hombre ama con veraz sentimiento se encuentran esas vorágines que son la tortura y el placer, el deseo y la idealización. Poco rato después desperté boca abajo con un brazo colgante en el filo de la cama, algo adormecido por la deficiente circulación, miré el reloj y un resoplido de mi nariz salió, como cuando se quiere reír.

“Estúpido cerebro... solo era un sueño”

Mientras mojaba mi rostro en el baño, el escenario inicial del sueño, me reía solo y trataba de entender que quiso significar ese sueño, mi abuelo siempre me dijo que no tomará a la ligera los sueños, después de todo están contruidos por nuestro inconsciente, lo más fuerte y poderoso que tenemos. Deduje que se reducían a tres las posibilidades, un sueño premonitorio, opción que es muy vaga y poco posible, pinta más como una esperanza a una posible causa, en segundo lugar un sueño que expresa mis deseos, sin duda alguna, extraño a esa mujer, sin duda le quiero y me gustaría que volviese a mi

vida, pero esto querría decir que mi cerebro es verdaderamente necio y yo un pobre diablo, así que por vanidad la dejé pendiente. En último lugar podía ser un sueño que representaba lo que ella quería, mi inconsciente leyendo e interpretando señales, mas esto requiere que ella me mirase de una manera amena, al menos por un instante, lo cual no ha sucedido en mucho tiempo, o no la he atrapado en ello. Por fin pensé, que como en otras ocasiones lo ha hecho, mi mente me jugó una mala pasada, un sueño para recordar que estar vivo incluye sentir, extrañar, añorar, luchar y de vez en cuando golpear una pared inamovible con los nudillos para recordar que el dolor es un estímulo, que se extinguirá eventualmente y que las heridas sanan con sus cicatrices, bellas heridas de guerra.

No sé hacer globos de figuras, no se despedirme trivialmente de ella, no sé dónde van a parar los deseos que nunca se cumplen, no sé dónde quedan las hojas las escritas, hay muchísimas cosas que no sé y que no sé hacer, demasiadas, no sé cómo no enamorarme, no sé cómo lidiar con ello... he tenido pocas certidumbres en la vida. Una de ellas era Marcela.

Aun sin saber todo eso se puede amar a alguien porque carece de importancia cuando se contrapone a ti... pero te dejo ir y te dejo que te quedes con el otro, ... porque así es la vida y no sé qué hacer y después de todo es el orden natural de las cosas y salgo con otras pero es por ahogar la angustia y al final vendrá alguien más que me dejará peor, pero aun no y así se avanza por la vida, es mi debilidad.

Y súbito como el mismo golpe que me hizo olvidar lo recuerdo, te conozco de antes... has estado en mi vida por mucho tiempo antes, no te conocí en el hospital, no, fue mucho antes, hace mucho tiempo antes, por eso me miraste con lástima, por ello te dolía tanto convivir conmigo, era verme recuperar y sabías quien solía ser y solo a ti te olvide por completo.

Antes de olvidarte no había pasión entre nosotros, ningún beso, ningún conflicto solo una éramos buenos amigos, y ahora todo esto que se dio, sin saber cómo, volver a conocerte me hizo enamorarme de ti y quizás verme herido convirtió tu simpatía en cariño y cuando se tiene química lo único que nos hacía falta era el momento correcto, y cualquier día es un buen día para enamorarse. Y no me explico cómo solo a ti te olvidé por completo, acaso debíamos enamorarnos o es que lo reprimíamos antes, no recuerdo pensar en ti de una manera romántica, hasta ahora, pero ¿Cómo estar seguro? Desconozco si recuerdo todo lo referente a ti, quizá siempre me sentí atraído por ti, es solo que hasta ahora has podido corresponder un poco. Y me abarcan unas ganas absurdas de verte, necesito preguntarte, tal vez tú lo sepas ¿Siempre te quise de esta manera?

Tú tenías... un perro.... Solías a salir caminar con él por el campus ¿no?... ¿Eras tu acaso?... Esto es confuso, corro hacia ti.

Siempre me pregunté porque nunca pude encontrar a la mujer del campus, siempre busqué en el lugar incorrecto.... Sigo corriendo hacia ti.

Por eso cambiaste el color de tu cabello, sabías cuanto me gustaba y pensaste que te reconocería por ello, querías conocerme o que te recordase, pero que no te reconociera como la víctima.

¿Me odias por haberte fallado? Como si no tuviera ya suficientes

incertidumbres, vienen nuevas preguntas aún más intensas. Corro como antes, hacia ti, espero esta vez no fallarte.

Por ello corrí con todas mis piernas aquel fatídico día, reconocí tu voz en los gritos ahogados.

Una sensación de impotencia me abarca, necesito verte y por eso corro hacia ti.

Te encuentro cargando bolsos en el auto, te vas de viaje.

-Hola... ¿qué sucede?

No dices nada... ¿No quieres o no puedes?, siempre tan habilidosa escondiendo tus sentimientos, así te recuerdo.

De pronto la idea de que eventualmente todo merma ya la misma pasión muere porque es necesario, pero sé que nacería de vuelta como un ave fénix, solo faltabas, solo era menester verte.

Todavía no hablas, así que me acerco con el sudor que cae por mi rostro y una respiración fuerte pero regular, parece que ya estoy completamente recuperado. Tomo tus manos que están cargando cajas, no es un viaje, es una mudanza.

- Marce... lo recuerdo todo... todo antes del incidente...

Sin alterarte, levantas la mirada seriamente, como inquiriendo si miento o no...

-Lo recuerdo

-Me alegra por ti- dices indiferente, ya hace un tiempo que no eres débil por mí y es doloroso pero me empeño en hablarte

- ¿Por qué no podemos ser como antes?

- No quiero...

-Ya veo... bueno solo quería decirte que lo recuerdo todo, y que lo siento.

-No te tienes que disculpar...

¿Sigue herida? ¿Quién no lo estaría?, es por eso que tiene una cierta inestabilidad emocional, siempre bromea diciendo que su bipolaridad tenía un atractivo. Pero quizá algún pensamiento pernicioso le hacía despertar con furia en sus ojos, en ocasiones se curaba con mis ronquidos que le despertaban recordando que estaba a su lado, yo era su medicina y el recordatorio de todo lo nocivo sucedido, pasó meses con estas ideas en la cabeza, y yo me cernía en besarle, en enamorarme de ella, en estar a su lado, sin saber que quizá era lo peor para ella misma, que el cariño que sentía por mí le hacía daño.

-“Odio quererte”

Ella misma lo dijo y yo nunca lo entendí, nunca lo pude deducir, soy un idiota. Sigues empacando no te quieres tardar demasiado, y no me dirás a dónde vas. Esto lo cambia todo, querer estar contigo ya no es tan simple, te hago mal, lo único que no deseaba para ti, soy un problemas, una crisis, te hago una víctima, no importa cuánto prometa ser virtuoso y quererte, solo verme cambia tu estado, por ello me mirabas con odio ¿no?... pero en ocasiones me mirabas con una dulzura infinita, con esa idea, buscando esa última miraba ahora que te vas te hablo, con el tono de voz tan bajo que siempre te gustó, incluso antes de...y no contestas como siempre fue tu costumbre:

-Aquí está este pequeño libro que *se trata de ti*, de todo lo que siento y sentí, antes de saber qué eras tú, quiero que te lo lleves a donde sea que vayas y espero que te gusté, de ante mano: Lo siento... recuerda que siempre seré el tipo que te recuerda, ya no podré olvidarte jamás, no como el loco que no te supera, más como el tipo que no quiere, no sabes cuán difícil es encontrar alguien como tú

Y estas destinada a ser feliz, no conmigo quizás, pero serás tan feliz... y eso es todo lo que importa, por favor no me odies, creo que nunca te pedí nada, no rogué por orgullo pero por favor esta vez no me odies

Tenemos un fin... y quizás este es... pero no lo será si me sigues odiando Estabas tan cerca de enamorarte de mí que ahora me odias. Soportas esa condición de no hablarme, se supone que él confíe en ti- suspiro- una vez más me disculpo, no es mi lugar decir eso, no debería verte, no debería hablarte pero es algo que no puedo evitar, tal vez debería cambiar cada lugar que visito mudarme lejos muy lejos para no recordarte todos los días, como lo estás haciendo tu ahora y quizás con los años nos encontremos y puede de que hayas olvidado cuanto me odias y por mi parte olvidaría cuanto te quiero y me importas, pero nunca olvidaría algo a ti.

Y tal vez solo quizás, nos podríamos llevar otra vez, suena como un lindo sueño ¿no? Gracias por todo por absolutamente todo, eres lo mejor que me ha sucedido en mucho tiempo, me enseñaste que me puedo enamorar otra vez desde un principio, que tu locura es lo más hermoso y me enseñaste que tal vez no soy tan malo como pensé.

Puedo vivir sin ti, no te preocupes, pero no quiero, no extraño solo a ti, extraño todo lo que fuimos, la locura, las risas, tus hermosos cafés, tu increíblemente suave cabello, todo... lo extraño todo junto, no solo por el

enamoramiento, sino la amistad, y estaré fuera de tu vida, me quedará el consuelo del recuerdo- sonrío- Debes saber que me volví mejor en mis cosas, porque no podía dejar de trabajar o me desesperaría, no tendrás la oportunidad de ver, lo que por ti, yo llegaría a ser, al menos podrás leer algo, es la única manera de dejar ir un poco de dolor, es la única manera de pensar en ti sin sentirme culpable. Por solo un segundo, por solo un momento tú eras la indicada, y pude haberte amado... por solo un segundo fuimos lo mejor que podrías ser para alguien, la otra persona significativa, la persona especial, tu y yo pudimos ser lo mejor, y es todo lo que puedo decir... pudo haber sido, pudo haber sido, aunque lo fuimos pero ahora ya no puedo hablar en presente, no estás en mi presente.

Créeme estoy bien, estoy feliz, trabajando en mí mismo, dando lo mejor de mí mismo y quería que estuvieras ahí para que lo pudieras ver, si lo sé, en algún punto me gustaría volver a besarte de nuevo, en algún punto cederíamos a lo que sentimos antes o ahora... creo que puedo decir que no te necesito, pude probarme a mí mismo de que puedo vivir sin ti, es solo que por un segundo, por solo un segundo eras la mujer de mi vida.

No he podido si quiera llorar, porque no me arrepiento de nada, la mejor crisis que he tenido, tu tan maravillosamente tú, y ahora no eres, no estas ni siquiera dispuesta a escucharme, a leerme, me da una sensación de solipsismo, no sé nada, no sé porque te gusté, porque decidiste que podías besarme, pero me alegra tanto que lo hicieras, porque fue la mejor sensación del mundo, tu, la chica que nunca pensé se fijaría en mi de esa manera, la primera vez que te vi lo dije para mí "Ella es hermosa, tan dulce... un poco loca, si, sin duda, pero tan natural" ahora lo recuerdo y supe que me podría enamorar de ti en un segundo y eso fue lo que paso, no en un principio porque no me diste la oportunidad pero después del incidente algo cambio y sin saber cómo pensaste en mi de esa manera por un momento y no sé si lo merezco y me gusta pensar que si... no debimos comenzar con tanta pasión, pero tratando de conocerte de nuevo no pude controlarme, mantener la compostura, y siempre dije que quería ser solo un amigo pero era una mentira, diciendo esto te mentía en menos medida que a mí mismo.

Me enseñaste a sentirme vivo, como besar, como superar dolores del alma, solo te quería a mi lado para mostrarte que todo era real y darte lo mejor de ti, sin saber qué lo mejor de mi te hacía tanto daño como cualquier traición, y siendo sincero, quería también poder besarte cada vez que naciera en mí el

deseo, esto porque no encontraba manera más inmediata para demostrarte cuanto quería cuidar de ti, solo besarte.... No me mires como si estuviera loco de nuevo, mírame de la otra manera, la mirada dulce y clemente la que conocí desde el principio, con tu sonrisa, con tu canto, con tu carcajada.

Lo siento siempre hago esto...hablar y no controlarme... no hay nada que ganar, nada que cambiar, y sigo intentando estar en tu vida de la manera que prometí, siendo algo bueno y no lo que soy ahora, pero no está en mis manos, no es mi decisión y nunca lo fue desde el hospital...

¿Sabes?, nunca te pedí que me eligieras, no porque no quisiera que lo hicieras, era más bien la falta de mi derecho.... Pero ¿lo sabias no? Sabías que moría por... y no sé porque pensé que quizás lo harías, entonces no sabía que yo era el recordatorio de algo tan desagradable y sin saber esto solía preguntarme si todo fue una mentira y está bien si lo fue pero tengo el derecho de saberlo ... Quería que me eligieras, que me besaras a mí, no me gusta pensar que perdí esa oportunidad o que nunca la tuve, tienes razón nunca fuiste mía pero nunca intente poseerte, solo estaba tratando de hacer lo mejor, de vivir correctamente lo que sea que eso signifique y tú eras eso en aquel entonces.

Mírame.... Puedo pasar toda la tarde pensando en ti, y todo estará bien, no me preocupa, me calma, pero ¿Estará todo bien contigo? ¿Tengo que perderte para siempre? Espero que no y no depende de mí, depende de ti y lo sabes pero no quieres hacer nada al respecto y tienes tus razones, no me gustaría rogar por nada, y no te quiero herir con mis palabras.

No somos malas personas, no sé bien que somos, pero tenemos potencial para el bien. No somos malas personas y lo sabemos mejor que aquellos que nunca se animaron, e incluso si consideramos que un beso como aquel es algo “malo” o poco ético, sabes bien que el verdadero pecado no es hacer algo o dejar de hacerlo, el pecado es sufrir por ello.

Debe ser difícil, darme una oportunidad, yo te dije que no me daría por vencido en lo nuestro... tú lo hiciste... y ahora sé el porqué.

Al final de todas esas páginas no escribí “FIN”... porque no conozco el fin aún.

Me temo que si alguna vez vuelves a estar en mis brazos.... no te querré soltar y será ese el momento de volver a empezar, como lo hicimos antes.

15/06/17